Ricardo Piglia



La ciudad ausente

Lectulandia

Junior heredó de sus antepasados el gusto por los viajes. Acaso para que pueda viajar, la ciudad desaparece. Un Buenos Aires incierto comienza a ser testigo de citas extrañas, conspiraciones, relatos clandestinos. Una historia de amor puede engendrar una máquina, una máquina en funcionamiento puede contar una historia de amor. La trama de desenlaces vertiginosos insinúa variaciones sobre un mismo tema: la ciudad como novela. El lugar donde todo ocurre y deja su trazo: el gaucho invisible y los mapas del infierno, la suicidad del hotel y la niña monstruo, los nudos blancos y la isla del lenguaje. La novela de Ricardo Piglia, sin embargo, es una novela política. Los personajes se relevan, los acontecimientos adquieren una velocidad desconcertante, y Junior, adentrándose en el núcleo de la intriga, accede a una galería inaudita de voces simultáneamente traidoras y fieles a la literatura argentina.

Novela de amor, novela política, La ciudad ausente es además un punto de partida y un gran logro estilístico. En un registro veloz, sensible a los matices y ritmos del habla, Piglia nos ofrece un libro brillante, una de las apuestas más audaces de la narrativa argentina de fines del siglo xx.

Lectulandia

Ricardo Piglia

La ciudad ausente

ePub r1.0
gatoyfelpudo 17.08.13

Título original: *La ciudad ausente*
Ricardo Piglia, 1992
Ilustración de cubierta: Acuarela sobre papel, Mark Rothko, 1930
Diseño de portada: Mario Blanco

Editor digital: gatoyfelpudo
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I. El Encuentro

1

Junior decía que le gustaba vivir en hoteles porque era hijo de ingleses. Cuando decía ingleses pensaba en los viajeros ingleses del siglo XIX, en los comerciantes y contrabandistas que abandonaban sus familias y sus conocidos para recorrer los territorios donde todavía no había llegado la revolución industrial. Solitarios y casi invisibles, habían inventado el periodismo moderno porque habían dejado atrás sus historias personales. Vivían en hoteles y escribían sus crónicas y mantenían relaciones sarcásticas con los gobernadores del lugar. Por eso cuando su mujer lo dejó y se fue a vivir con su hija a Barcelona, Junior vendió todo lo que quedaba en la casa y se dedicó a viajar. Su hija tenía cuatro años, y Junior la extrañaba tanto que soñaba con ella todas las noches. La quería más de lo que había podido imaginar y pensaba que su hija era una versión de sí mismo. Ella era lo que él había sido, pero viviendo como una mujer. Para escapar de esa imagen dio dos veces la vuelta a la República, moviéndose en tren, en autos alquilados, en ómnibus provinciales. Paraba en pensiones, en edificios del Rotary Club, en la casa de los cónsules ingleses, y trataba de mirar todo con los ojos de un viajero del siglo XIX. Cuando la plata de lo que había vendido le empezó a escasear se volvió a Buenos Aires y fue a buscar trabajo en *El Mundo*. Consiguió un puesto y aterrizó una tarde en el diario, con su cara de alucinado, y Emilio Renzi lo llevó a recorrer la redacción para que conociera a los otros prisioneros. A los dos meses era el hombre de confianza del director y estaba a cargo de las investigaciones especiales. Cuando se quisieron acordar, él solo controlaba todas las noticias de la máquina. Al principio pensaron que trabajaba para la policía, porque publicaba las notas antes de que los hechos se hubieran producido. Le bastaba levantar el teléfono y recibía las historias con dos horas de ventaja. No tenía treinta años pero parecía un viejo de sesenta, con el cráneo afeitado y la mirada obsesiva, típicamente inglesa, los ojitos estrábicos cruzados en un punto perdido del océano. El padre; según Renzi, había sido uno de esos ingenieros fracasados a los que mandaban desde Londres para vigilar el embarque de ganado en los trenes que venían de las estancias de invernada. Vivieron diez años en Zapala, donde terminaban las vías del Ferrocarril Sur. Después estaba el desierto, el polvo de los huesos que había dejado en el viento la matanza de los indios. Mister Mac Kensey era jefe de estación y se hizo hacer un chalet de tejas rojas igual al que tenía en Inglaterra. La madre era una chilena que se escapó con su hija menor y se fue a vivir a Barcelona. Renzi se enteró de la historia porque una vez vino una prima de Junior a buscarlo al diario y el loco no la quiso recibir. La muchacha era pelirroja y divertida, y Renzi se la llevó a un bar y después a un amueblado y a medianoche la acompañó a Retiro y la dejó en el tren. Vivía en Martínez, casada con un ingeniero naval, y pensaba que su primo era un genio incomprendido que estaba obsesionado por el pasado de la familia. El padre

de Junior era como junior, un delirante y un acomplejado, que se pasaba las noches blancas de la Patagonia escuchando las emisiones en onda corta de la BBC de Londres. Quería borrar los rastros de su vida personal y vivir como un lunático en un mundo desconocido, enganchado a las voces que le llegaban de su país. Esa pasión paterna, explicaba, según Renzi, la velocidad con la que junior había captado las primeras transmisiones defectuosas de la máquina de Macedonio. Una reacción típicamente británica, decía Renzi, adiestrar al hijo con el ejemplo de un padre que se pasa la vida pegado a una radio de onda corta. Me hace acordar, dijo Renzi, los tiempos de la resistencia, cuando mi viejo se pasaba las noches en blanco escuchando las cintas de Perón que le traía clandestinamente un enviado del Movimiento. Eran cintas de la primera época, que se salían y se desenrollaban, eran resbaladizas, color marrón; y había que ponerlas en un cabezal de este tamaño y después bajar la tapa del grabador. Me acuerdo del silencio previo y del zumbido de la cinta antes de que entrara la grabación con la voz exiliada de Perón, que siempre empezaba los mensajes diciendo «Compañeros» y haciendo una pausa como si esperara los aplausos. Nosotros estábamos alrededor de la mesa, en la cocina, a medianoche, abstraídos igual que el padre de Junior, pero confiados en esa voz que venía de la nada y que siempre salía un poco lenta y como distorsionada. A Perón se le tendría que haber ocurrido hablar por onda corta. ¿O no?, dijo Renzi, y miró sonriendo a Junior, desde España, en emisiones nocturnas, con las descargas y las interferencias, porque así su palabra hubiera llegado en el momento mismo en el que hablaba. ¿O no? Porque nosotros escuchábamos las cintas cuando ya los hechos eran otros y todo parecía atrasado y fuera de lugar. Me acuerdo de eso, dijo Renzi, cada vez que me hablan de las grabaciones de la máquina. Sería mejor que el relato saliera directo, el narrador debe estar siempre presente. Claro que también me gusta la idea de esas historias que están como fuera del tiempo y que empiezan cada vez que uno quiere.

Habían bajado al bar para comer un sándwich después del cierre, y mientras Renzi hablaba de la voz de Perón y de la resistencia peronista y empezaba a contar la historia de un amigo de su padre, apareció el Monito para avisarle a Junior que lo llamaban por teléfono. Eran las tres de la tarde del martes y las luces de la ciudad seguían prendidas. Por el cristal de la ventana se veía el resplandor eléctrico de los focos brillando bajo el sol. «Esto parece un cine», pensó el Monito, «como si fuera la pantalla de un cine antes de que empiece la película». Distinguía lo que hablaban en la mesa a medida que se acercaba, igual que si subieran el volumen de una radio.

—Era loco, pero loco, loco —estaba contando Renzi—. Gritaba ¡Viva Perón! y encaraba lo que viniera. Para ser peronista, punto primero, decía, hay que tener huevos. Era capaz de armar un caño en medio minuto, en cualquier lado, en un bar, en una plaza, movía los deditos así, parecía un ciego. La familia tuvo una armería en Martín García y Montes de Oca, así que nació jugando con los fierros, en el

Movimiento los muchachos lo llamaban Fray Luis Beltrán y al final todos le decían El Fraile, pero algunos que lo habían conocido en el principio, principio de la maroma, por el 55, 56, le decían Billy the Kid, que era el nombre que le había puesto el gordo Cooke, porque vos lo veías y era un gurí, flaquito, delicado, le dabas quince, dieciséis años y ya lo perseguían hasta los bomberos. Varios estaban rodeando a Renzi en la mesa de *Los 36 billares* y el Monito se distrajo un momento y se paró a escuchar la historia y después hizo el gesto de dar vuelta una manivela en el aire y Junior pensó que otra vez lo llamaba esa mujer por teléfono. «Es ella», pensó Junior. «Seguro». Una desconocida le hablaba por teléfono y le daba indicaciones como si fueran amigos de toda la vida. La mujer debía conocer las notas que él estaba publicando en el diario. Desde que se habían confirmado los rumores sobre ciertos desperfectos en la máquina, una serie de maniáticos empezaron a pasarle información confidencial.

—Oiga —le dijo la mujer—: Tiene que ir al Hotel Majestic, Piedras y Avenida de Mayo. ¿Apuntó? Fuyita, un coreano, vive ahí. ¿Va a ir o no?

—Voy —dijo Junior.

—Dígale que soy yo. Que habló conmigo.

—Ta —dijo Junior.

—¿Sos uruguayo?

—Inglés —dijo Junior.

—Dale —dijo ella—. No te hagas el gracioso que esto es serio.

La mujer sabía todo; Tenía los datos. Pero tomaba a Junior por un amigo de su marido. A veces ala noche despertaba para contarle que no podía dormir. Hay mucho viento, aquí, le decía, dejan la ventana abierta, esto parece Siberia.

Hablaba en clave, con el tono alusivo y un poco idiota que usan los que creen en la magia y en la predestinación. Todo quería decir otra cosa, la mujer vivía una especie de misticismo paranoico. Junior anotó el nombre del hotel y los datos de Fuyita. «Hay una mujer en una lata que es novia del gordo Saurio. ¿Estás anotando?», le había dicho. «Van a cerrar el Museo, así que apurate. Fuyita es un pistolero, lo contrataron de custodia». De golpe se le ocurrió que la mujer estaba en un manicomio. Una loca que lo llamaba desde el Vieytes para contarle una historia rarísima sobre un gángster coreano que cuidaba el Museo. Se imaginó un teléfono público en el hospicio. En la pared descascarada, en una galería abierta, frente a los árboles ralos del parque, ese aparato era lo más triste del mundo. La mujer hablaba todo el tiempo de la máquina. Le pasaba datos, le contaba historias. «Está conectada; ni ella lo sabe. No se puede desligar, sabe que tiene que hablar conmigo, pero no se da cuenta de lo que le pasa». Igual verificó todos los datos y se dispuso a ir al Majestic. Tenía que usar los informantes que encontraba. No había muchas opciones. Se estaba moviendo a ciegas. La información estaba muy controlada. Nadie decía

nada. Sólo las luces de la ciudad siempre encendidas mostraban que había una amenaza. Todos parecían vivir en mundos paralelos, sin conexión. «La única conexión soy yo», pensó Junior. Cada uno fingía ser una persona distinta. Poco antes de morir, el padre de Junior se había acordado de un programa sobre psiquiatría que había escuchado en una emisión de «Ciencia para todos» de la BBC. Había que tener cuidado al enfrentar un delirio de simulación, había explicado un médico por radio, por ejemplo el de los locos furiosos capaces de fingir docilidad o el de los idiotas capaces de simular gran inteligencia. Y su padre se reía, le silbaban los pulmones, le costaba respirar, pero se reía. Nunca se sabe si una persona es inteligente o si es un imbécil que *finge* ser inteligente. Junior colgó el teléfono y volvió al bar. Renzi ya estaba contando otro capítulo de la historia de su vida.

—Cuando era estudiante y vivía en La Plata, me ganaba la vida enseñando español a los derechistas checos, polacos y croatas a los que él avance de la historia estaba expulsando de sus territorios. En general vivían en un viejo barrio de Berisso llamado «El Imperio Austro-Húngaro», donde desde finales del siglo XIX se habían ido asentando los inmigrantes del centro de Europa. Alquilaban una pieza en los conventillos de chapa y madera de la zona y trabajaban en los frigoríficos mientras buscaban algo mejor. El Congreso por la Libertad de la Cultura, una organización de apoyo a los anticomunistas de Europa ole] Este, los protegía y hacía lo que podía por ayudarlos. En La Plata habían hecho un acuerdo con la universidad y contrataban estudiantes de literatura para enseñarles un poco de gramática española. Conocí muchos casos patéticos en esos años, pero ninguna historia tan triste como la de Lazlo Malamüd. Había sido un crítico famoso y profesor de literatura en la universidad de Budapest y era el mayor experto centroeuropeo en la obra de José Hernández. Su traducción del *Martín Fierro* al húngaro había recibido el premio anual de la Asociación Internacional de Traductores (París, 1949). Era marxista e integró el círculo Petöfi y sobrevivió a los nazis, pero se escapó en 1956 cuando entraron los tanques rusos en Hungría, porque no pudo soportar que lo masacraran aquellos en quienes había depositado su esperanza. Aquí lo rodearon los derechistas y para salir de ese círculo buscó el contacto de los grupos intelectuales, a los que se dio a conocer como traductor de Hernández. Leía correctamente el español, pero no podía hablarlo. Se sabía el *Martín Fierro* de memoria y ése era su vocabulario básico. Había venido acá con la ilusión de conseguir un cargo en la universidad y para obtenerlo sólo tenía que ser capaz de enseñar en español. Le habían pedido que dictara una conferencia en la Facultad de Humanidades, donde estaba Héctor Azeves, y de esa conferencia dependía su futuro. La fecha se acercaba y estaba paralizado de terror. Nos vimos por primera vez a mediados de diciembre y la conferencia estaba anunciada para el 15 de marzo. Me acuerdo que me tomaba el tranvía 12 y viajaba hasta el cuartucho de Lazlo en la parte baja de Berisso, atrás del frigorífico. Nos

sentábamos los dos en la cama y poníamos una silla como mesa y empezábamos a trabajar con el libro de Lacau-Rosetti. La universidad me pagaba diez pesos por mes y yo tenía que llevar una especie de planilla con la firma de Malamüd garantizando la asistencia. Lo veía tres veces por semana. Hablaba conmigo en un idioma imaginario, lleno de erres guturales y de interjecciones gauchescas. A media lengua trataba de explicarme la desesperación que le producía verse condenado a expresarse como un chico de tres años. La inminencia de la conferencia lo tenía sumido en tal pánico, que no lograba avanzar más allá de los verbos de la primera conjugación. Es taba tan abatido que una tarde, después de un larguísimo silencio, me ofrecí a leer en su lugar lo que él quisiera decir y entonces el pobre Lazlo Malamüd largó una risa que parecía un graznido para mostrarme que no había perdido su sentido del ridículo, pese a lo desesperado de la situación. ¿Cómo iba yo a leer su conferencia si era él quien tenía que dar clase?

—No trabajar entonces muerto de esta pena estraordinaria —dijo.

Era cómico, es cómico ver a alguien que no sabe hablar y que trata de explicarse con palabras. Una tarde lo encontré sentado de cara a la ventana, sin fuerzas ya, decidido a desistir.

—No más —dijo—. Una vida desgraciada. Yo no merece tanta humillación. Viene primero el juror después la melancolía. Vierten lágrimas los ojos, pero su pena no alivia.

Siempre pensé que ese hombre que trataba de expresarse en una lengua de la que sólo conocía su mayor poema, era una metáfora perfecta de la máquina de Macedonio. Contar con palabras perdidas la historia de todos, narrar en una lengua extranjera. ¿Ves? Me dieron esto —le dijo a Junior y le mostró un casete—. Un relato extrañísimo. La historia de un hombre que no tiene palabras para nombrar el horror. Algunos dicen que es falso, otros dicen que es la pura verdad. Los tonos del habla, un documento duro, que viene directo de la realidad. Está lleno de copias en toda la ciudad. Las hacen en Avellaneda, en talleres clandestinos de la provincia, en los sótanos del Mercado del Plata, en el subte de Nueve de Julio. Dicen que son falsos, pero así no la van a parar —se reía Renzi—. Si empezó con Cambaceres, la novela argentina, el verso patrio, sobre eso tenés que escribir, Junior, ¿qué estás esperando?

—Hay una mujer —dijo Junior—. Me llama por teléfono, me pasa información. Ahora dice que vaya a un hotel, el Majestic, en Piedras y Avenida de Mayo, hay un tipo ahí, un tal Fuyita, un coreano que trabaja en el Museo, un tipo de seguridad, el sereno. No sé, por ahí trabaja para la policía.

—En este país los que no están presos trabajan para la policía —dijo Renzi—. Incluidos los ladrones. Junior se paró. Se iba.

—¿Te di la grabación? —dijo Renzi—. Tené —le dijo y le alcanzó el casete—. Escuchala y después me chiflás.

—Perfecto —dijo Junior.

—Te espero aquí, mañana.

—A las seis —dijo junior.

—Cuidate.

—Sí.

—Está lleno de japoneses —dijo Renzi.

En la calle los autos iban y venían. «Vigilan siempre, aunque sea inútil», pensó Junior. El cielo estaba gris; a las cuatro menos diez el helicóptero de la Presidencia pasó por sobre la Avenida hacia el río. Junior miró la hora y se metió en el subte. Dirección Plaza de Mayo. Iba recostado contra el vidrio, medio dormido, se dejaba mover por el vaivén del vagón. Se miran unos a otros, los giles, van bajo tierra para eso. Una vieja iba parada, la cara hinchada de tanto llorar.

Gente sencilla, proletas vestidos de salir, ropa moderna, de Taiwán. Parejas tomadas de la mano, vigilando por el espejo del vidrio. Los morochos. Los peronios, como decía Renzi. «Entre todos me pelaron con la cero», cantó Junior en silencio. Soy el mudo. Canto con el pensamiento. El peluquero, un tano, de Constitución, no quería al principio. ¿Qué vas a hacer, pibe? No quiero piojos, dijo Junior. La bocha blanca se la lustraba con brillantina («No quiero piojos»). Miguel Mac Kensey (Junior), un viajero inglés. El subte iluminado cruzó el túnel a ochenta kilómetros por hora.

2

El Hotel Majestic, con su entrada de mármol y sus paredes descascaradas, estaba ahí, en Piedras y Avenida de Mayo. Al final de la escalera, en un entrepiso, había un mostrador y atrás un viejo que acariciaba un gato barcino, con la cara pegada a la trompa. Junior vio un pasillo alfombrado, varias puertas cerradas y la entrada de un sótano. Se detuvo, cauteloso, y prendió un cigarrillo.

—Este animal, así como lo ve —dijo el viejo sin levantar la cara—, tiene quince años. ¿Usted sabe lo que es esa edad para un gato? —Hablaba arrastrando las palabras con una entonación entre respetuosa y ladina, el cuello flaco hundido en una chaqueta de corderoy con solapas de lustrina. Estaba arrinconado entre el tablero de las llaves y una mampara de vidrio y sostenía el gato sobre el mostrador. El animal se empezó a mover torpemente, el lomo arqueado, las patas chuecas—. Es un milagro de la naturaleza este animal. Entiende como si fuera una persona. Lo traje del campo y nunca salió de acá. Un gato gaucho. —Al sonreír se le achicaban los ojitos—. Entrerriano.

Junior se inclinó sobre el animal, que respiraba con una especie de temblor, y le pasó la mano por el lomo.

—¿Está nervioso, ve? Se da cuenta de todo, no le gusta el olor del tabaco, ¿siente cómo respira?

Junior dio otra pitada y tiró el cigarrillo por el hueco del ascensor.

—Soy Junior —dijo—. Necesito ver a Fuyita.

—¿Y? —preguntó el viejo con su sonrisita recelosa.

—¿Sabe si está?

—¿El señor Fuyita? No sé decirle. Hable con el administrador.

—Lindo gato —dijo Junior y agarró al gato del lomo con un gesto rápido. Lo apretó contra la madera y el animal gritó aterrorizado.

—¿Qué hace? —dijo el viejo y se protegió la cara con una mano.

—Un número —dijo Junior—. Trabajo en el circo.

El viejo se había replegado contra la pared y miraba a Junior como si quisiera hipnotizarlo. Los ojos eran dos huevitos de codorniz en la cara arrugada.

—Lo único que tengo en la vida es este animal —rogó el viejo—, no me lo lastime.

Junior soltó el gato, que dio un salto y se alejó maullando como un bebé. Después sacó un papel de mil pesos doblado al medio.

—Necesito el número de la pieza.

El viejo trató de sonreír, pero estaba tan nervioso que le asomó la punta de la lengua. Una iguana, pensó Junior. Se acercó al billete y se lo metió en el bolsillito de arriba de la chaqueta con un gesto furtivo.

—Dos veintitrés. Pieza dos veintitrés. Fuyita es Cristo —dijo—. Le dicen Cristo, ¿me interpreta? —Sacó la lengua dos veces y se dio vuelta hacia el tablero de las llaves—. Suba —dijo—. Yo no estoy, no me vio. —Metía y sacaba la punta de la lengua de cara a la pared, para que nadie lo viera.

El ascensor era una jaula y el techo estaba lleno de inscripciones y graffitis. «El lenguaje mata», leyó Junior. «Viva Lucía Joyce». Se miró la cara en el espejo y le pareció que estaba atrapado en una telaraña; la sombra del enrejado de la pared le enmarcaba el cráneo afeitado, su calavera melancólica. El pasillo del segundo piso estaba vacío; las paredes amarillas y las alfombras sofocaban el rumor, áspero de la calle. Junior llamó en el dos veintitrés y el timbre pareció sonar en otro lugar, fuera de la ciudad y del hotel.

—¿Qué pasa? —dijo al rato una voz de mujer.

—Fuyita —dijo él.

La mujer abrió apenas la puerta y Junior pensó que quizá Fuyita no era un hombre. La Coca Fuyita, la Dama japonesa.

—Sos Fuyita —dijo.

La mujer se rio.

—El lenguaje mata —citó al oscuro. La mujer era un resplandor pálido en la penumbra de la pieza.

—¿Vos quién sos? ¿Te manda la Mudita? —dijo ella en un susurro y después alzó la voz—. ¿Por qué no se va a la mierda, diga, quién lo conoce? —Hubo una leve vacilación, un jadeo—. Él no está.

—Tranquila —dijo Junior—. Soy Junior.

—¿Quién? —dijo ella.

—Junior —dijo Junior empujando la puerta, que se abrió suave sin que la mujer se resistiera.

—Turro —dijo ella—. Guacho, andate de acá.

Habló en voz baja, como si gritara en un sueño.

En la pieza la atmósfera era turbia y el aire olía a alcanfor y a alcohol y a perfume barato. La mujer empezó a retroceder hacia la cama y Junior se acercó despacio, tratando de no perderla de vista entre la sombra pesada de los muebles.

—No me toques porque grito —dijo ella—. Me tocás y empiezo a gritar.

—Tranquila, sh —dijo Junior y extendió una mano—. Silencio en la noche.

Había terminado de acostumbrarse a la claridad verdosa del cuarto y entonces le vio la cara, había sido rubia, le habían pegado, tenía los labios hinchados, la boca rota, la piel llena de cardenales. Estaba vestida con una camisa que apenas le tapaba los muslos y calzaba un par de zapatos de varón, sin cordones.

—¿Por qué te pegó? —dijo él.

La mujer se movió arrastrando los pies y se sentó en la cama y apoyó los codos en

las rodillas, abstraída.

—¿Y vos quién sos? —dijo.

—Yo te voy a ayudar.

—Sí, claro —dijo ella—. ¿Te manda Fuyita? ¿Sos japonés? Dejame ver.

Prendió el encendedor y la llama iluminó el espejo del ropero.

—¿Te mandó él?

—Vengo a verlo —dijo Junior—, me citó acá.

—Se fue. No vuelve más. Pobrecito. —Empezó a llorar en silencio. Después se inclinó y tanteó el piso buscando una botella de ginebra. Estaba desnuda y los pechos se le salían de la camisa sin que ella se tapara—. Mierda —dijo empinando la botella vacía—. Ojalá reviente. —Hizo un esfuerzo para sonreír—. Dale que sos bueno y bajás a comprar.

—Ahora. Primero hablamos, después yo voy y te traigo ginebra. Prendé la luz.

—No —se atajó—. ¿Para qué? Dejá así. Dame un cigarrillo.

Junior le alcanzó el atado. Ella lo abrió con avidez y empezó a fumar.

—Miró si será podrido que se llevó la ropa para no dejarme salir. ¿Qué se pensó? ¿Que yo le iba a correr atrás?

—Se fue —dijo Junior—. Metió tu ropa en una valija y se fue. La Coca Fuyita. ¿Quiere usarla?

—Coca no uso —dijo ella—. Hace años. ¿Venís de La Plata, vos? ¿Sos un nene de Narcóticos? La culpa es de la Mudita, esa yegua, una drogadicta. Seguro está con ella. —Se inclinó para hablarle en voz baja. De cerca su cara parecía de vidrio—. Me quiere dejar por esa gata. A mí, por esa reventada. —Se paró y empezó a moverse en la pieza—. Después que yo, ¿sabés lo que hice yo por él, por ese hombre? —Se paró en un costado, enfrente de la silla donde él se había sentado—. Si vieras lo que soy —dijo, y levantó la camisa para mostrarle las piernas y juntó los pies calzados con los zapatos de suela de goma—. ¿No ves? Bailé en el Maipo, yo, bajaba toda desnuda, llena de plumas. Miss Joyce. Que quiere decir alegría. Cantaba en inglés. ¿Qué se cree, ésa? Desde los dieciséis años que soy primera bailarina y ahora la yegua viene y me lo saca. —Junior calculó que la mujer iba a largarse a llorar—. Decidió mandarme a Entre Ríos, ¿te das cuenta? Dice que yo acá estoy muy junada. Pero te das cuenta de lo que me quiere hacer, que me quiere enterrar en vida. —La desesperación la hacía moverse en su lugar y respirar con fuerza—. ¿Qué hago yo si me manda a Entre Ríos? ¿Qué hago, me podés decir?

—Es lindo el campo —dijo Junior—. Podés criar animales, hacer vida natural. El noventa por ciento de los gauchos cogen con las ovejas.

—Pero qué decís, degenerado. ¿Estás enfermo? ¿Por qué te raparon? ¿Sos ruso? Una vez vi una cinta con un ruso que llevaba la cabeza hecha una bocha, como vos. ¿Tenés tiña? ¿Sos del campo?

—Sí —dijo Junior—. De Gualeguay. Mi viejo es capataz en la estancia de los Larrea. Era, lo mató un peón, le metió una cuchillada a traición, borracho, cuando bajaba del sulky mi padre.

—¿Y entonces? —dijo la mujer—. Seguí.

—Nada —dijo Junior—. Se la tenía jurada porque una vez le dijo roñoso en un baile. Esperó el momento y a la final se la cobró. Son todos drogadictos, en el campo. Alucinados.

—Sí —dijo ella—. Lo que yo digo. En el campo no duermo. Para donde una mira hay droga y basura.

Caminó hacía un ropero antiguo, con espejo de luna, arrinconado en el fondo de la pieza. Junior alcanzó a ver el resplandor del cristal que cruzaba la penumbra cuando ella abrió y después un colchón arrollado y atado con alambre y una percha vacía. La mujer se paró en puntas de pie y empezó a buscar en los estantes altos. Desde atrás parecía muy joven, casi una muchacha. Cuando se dio vuelta tenía un frasco de perfume en la mano. Colonia La Franco Inglesa. Lo destapó y tomó un trago levantando la cara hacia el techo. Se limpió la boca y volvió a mirarlo.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Otra cosa, en el campo —dijo Junior—, son las langostas. Pata de serrucho. Hay que hacer ruido para que no bajen; bocinas, tiros, mi viejo hacía sonar la sirena del barco. O si no con humos, quemar los cañaverales, el pasto seco. Por eso me gusta la ciudad, no hay langostas. Hay mosquitos y gatos.

La mujer dejó abierto el ropero y caminó hacia el medio con el frasco de colonia apretado contra el vientre. Se movía despacio y miraba a Junior con expresión recelosa.

—¿Y vos para qué era que lo querías a él? —Traigo un encargo.

—¿Él te citó acá? Si lo querés ver, ¿por qué no lo vas a buscar al Museo? Decime, ¿no serás amigo del gordo Saurio, vos?

—Tranquila, sh… —dijo Junior—. Silencio en la noche. Fuyita me pidió que viniera acá. Ahora… si vos decís que él está en el Museo.

—¿Yo? —La mujer se empezó a reír, nerviosa—. ¿Yo qué dije, nene? —Volvió a levantar el frasco de perfume y bebió un trago. Después se volcó unas gotas en la yema de los dedos y se golpeteó atrás de las orejas. A Junior le llegó el aroma suave del perfume mezclado con el olor a encierro de la pieza.

—En el Museo por ahí está, por ahí no está. Si sos tan amigo del gordo Saurio, algo debés saber. Por qué no le decís a él que te cuente de la Mudita. —Se empezó a reír otra vez, como si tosiera—. Decime la verdad, ¿está con ella o no, él?

Había empezado a llorar y no podía parar. Se apretaba los ojos con los puños cerrados. Junior sintió pena por la mujer y le pidió que no llorara.

—¿Cómo no querés que llore, decime un poco, con lo que me hace?

—Tomá, vení —le dijo y le alcanzó un pañuelo—. Sosegate, no llores. ¿De dónde sos?

—De aquí, siempre viví en este hotel, soy la nena del Majestic. Pero vengo de lejos, vengo del interior, del sur, soy de Río Negro. Mirá, te lo manché todo —dijo, y trató de doblar el pañuelo, sonriendo—. ¿A vos te parece que me va a quedar la marca? —Se palpaba las lastimaduras con la yema de los dedos.

—No —dijo él—. No. Pero por qué no te limpiás. Vení, a ver.

Mojó el pañuelo con agua colonia y le limpió la cara herida y ella lo dejó hacer sin abrir los ojos.

—Ya está —dijo—. Ya está, esperame que prendo. —Fue hasta un velador de pantalla con volados que tiraba una luz azulada y después se miró en el espejo—. Madre santa, parezco un monstruo. —Empezó a acomodarse el pelo—. Se miraba la pierna. Igual yo estoy llena de lastimaduras y no tengo dolor, no lo siento mucho, ¿ves? —Se levantó la camisa y le mostró las cicatrices—. Esto fue una moto, esto un perro que me mordió, acá me golpeé con una parecita, me la llevé por delante. Pero no me duele. A la mayoría le duele cualquier moretón. Yo estoy toda golpeada por ese criminal. La gente se asusta por el dolor, pero yo no, en el momento no lo siento. Tiene que ver con las endomorfinas.

—¿Y eso? —preguntó Junior.

—«Endomorfina», es científico, nene, me lo explicaron en la clínica. Es un calmante que hace el propio cuerpo. Si vos tomás heroína, el cuerpo no hace más endomorfina. Stop. Por eso cuando la dejás te duele todo, porque no te alcanza la endomorfina. En mi caso, creo que hizo de más y las cosas no me duelen tanto. Por eso tomo, yo. Alcohol. En la provincia hay mucha heroína, en el campo, por el valle, todo el mundo consigue, andan con los sulkys, los chacareros italianos la llevan escondida en las botas.

—¿Tenés ahora?

—Jamás. No compro, me fui de ahí. Cuando estás con el caballo no sentís nada. Aparte el cuerpo te cambia, no te bañás una semana y no tenés mal olor porque no hay secreciones. No llorás, no hacés pis, no sentís ni frío ni calor, comés poco. Una podría ser heroinómana toda la vida, es sabido que una no se muere de eso, salvo que sea de muy mala calidad, de lo peor de lo peor, que te envenenás. Pero necesitás ser millonaria para poder comprar heroína pura. Porque eso sí, el día que te falta la dosis, te morís por los síntomas de abstinencia.

—No se puede dejar.

—Cómo no se puede dejar, sos loco, te tenés que ir a un lugar donde no hay, que no se puede conseguir aunque te mueras. Me fui del pueblo que te la venden hasta en los kioscos de chicle y vine a la Capital y me encerré en un baño tres días. Dejás la heroína y es todo al revés, transpirás muchísimo, yo estaba todo el tiempo toda

sudada, me levantaba de las baldosas y estaba totalmente mojada. Es terrible, porque estás nerviosísima y letárgica a la misma vez. Aparte llorás por cualquier cosa. Yo miraba un cenicero y lloraba. Empecé a tomar ahí. Tomaba Anís Ocho Hermanos, me acuerdo, al principio.

—Es mejor.

—La misma mierda. Para no ser alcohólica no hay que tomar sola. Yo ahora me despierto a la noche, tomo un poquito de ginebra y me vuelvo a dormir.

Junior miró a la mujer, que se arreglaba la cara, tenía la piel tirante y brillosa como si fuera de metal.

—Vení —dijo él—. Quiero que veas esta foto.

Era la instantánea de una mujer joven vestida con una pollera escocesa y un pulóver negro de cuello alto.

—Y ésta, ¿quién es? —dijo ella tomando la foto con las dos manos.

—¿La viste alguna vez?

La mujer negó con un gesto.

—¿Se la llevaron? —dijo.

—Murió —dijo él.

—¿Quién fue?, ¿Fuyita?

—¿Vos pensás que fue él?

—¿Yo? ¿Estás loco, pibe? Yo no sé nada. —Se agazapó en la cama y empezó a limarse las uñas—. A mí no me hagas caso, mirá que yo soy medio loca. Y a la pituquita ésa, ¿quién la conoce? —Alzó la cara—. La Mudita siempre anda con mujeres. ¿Fuiste al Museo ya? Hay una máquina, ¿sabés o no? En todo eso hay algo muy raro.

—Niet.

—Todo es *científico*. Nada maligno. Una vez conocí a un tal Russo que había inventado un pájaro de chapa que anunciaba la lluvia. Esto es igual. Ciencia pura, no religión.

—No —dijo Junior—. ¿La máquina es una mujer?

—*Era* una mujer.

—La encerraron.

—Estuvo un año en una clínica. No le digas que te dije porque te mata, Fuyita. No bien sepa que viniste. Es celoso como una víbora.

—En el campo las mataba con la horquilla. Así —dijo Junior e hizo el gesto de clavar algo en el piso—. A las culebras. ¿Te llamás Elena, vos?

—Yo no, ella. Yo soy Lucía. Una vez viví en el Uruguay, canté en el Sodre, con eso te digo todo. Ahí la vi, por primera vez, la exhibían en un salón, atrás de un vidrio. Estaba llena de tubos y de cables. Toda blanca.

—¿Está en el Museo?

—Sí. Fuyita se enamoró de la máquina y yo lo perdí, ya lo sé. Vive en el Museo. Piensa que en Entre Ríos no me voy a enterar. Si la conocen en todo el país. A mí siempre me quiso, él. Se enoja porque está desesperado.

Por la ventana llegaba el eco suave de una música que se perdía en el rumor de la ciudad.

—*Nosotros, que nos quisimos tanto* —cantó Lucía—. *Debemos separarnos… Nosotros*.

Parecía una nena, debía tener treinta años pero no envejecía.

—Cantás bien —dijo él, y se levantó—. No te dejes estar.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Ya te vas?

—Me voy.

—¿Y no me vas a traer la ginebra?

—Sí.

La mujer se cruzó la mano por la cara y trató de sonreír.

—Ginebra y si podés un poco de pan.

—Bueno —dijo él.

—Pan, un poco de salame, cualquier cosa.

—Está bien, ginebras y algo para comer —dijo Junior. Fue hasta la puerta acompañado por la mujer, que rengueaba atrás de él.

—Bajo y vengo.

Abrió y salió al pasillo, que seguía vacío, alumbrado por un par de lamparitas que colgaban desnudas del techo.

—Oíme —dijo ella.

Junior se dio vuelta, la mujer estaba parada atrás, agarrada de la puerta; con una mano se cerraba la camisa en el pecho para defenderse del trío.

—Traé lo que consigas, una latita de paté, lo que haya.

—Bueno —dijo él—. Sí.

En la calle era noche cerrada. Junior paró un taxi y le pidió al chofer que lo llevara hasta el Museo. Tenía que viajar más de una hora. La marcha era suave, empezaba a anochecer y toda la ciudad estaba iluminada. Se puso los walk-man. Sonaba Crime and the City Solution. En el techo de algunos edificios, los reflectores barrían el cielo con un haz azul. Tenía la grabación que le había dado Renzi. Era el último relato conocido de la máquina. Un testimonio, la voz de un testigo que contaba lo que había visto. Los hechos sucedían en el presente, en el borde del mundo, los signos del horror marcados en la tierra. La historia circulaba de mano en mano en copias y en reproducciones y se conseguía en las librerías de Corrientes y en los bares del Bajo. Junior puso el casete y se dejó llevar por el tono del que había empezado a narrar. Al costado la ciudad se disolvía en la niebla del otoño, mientras el auto tomaba por Leandro Alem hacia el sur.

La grabación

El primer anarquista argentino fue un gaucho oriundo de la frontera con Entre Ríos. Conoció a Enrico Malatesta en unos campos cerca de Bragado, una vez que los juntó una gran inundación. Pasaron tres días refugiados en el techo de una iglesia, cubiertos con la capa de goma del Italiano, viendo crecer el agua y flotar los animales muertos y los troncos que venían del Paraguay. Estuvieron acurrucados bajo la capa extendida, comiendo galleta mojada y tornando ginebra hasta que amainó la lluvia. En esos días, hablando una especie de cocoliche y ayudado con dibujitos y con señas, Malatesta convenció al gaucho de las verdades libertarias. Ahá, le decía el paisano, ahá. Y asentía con la cabeza. Ese gaucho se llamaba Juan Arias y recorrió a caballo las estancias predicando la Idea hasta que lo asesinaron unos matones del partido Autonomista Nacional. Lo apretaron contra el atrio de una iglesia un domingo de elecciones y lo mataron a cuchilladas, porque él decía que el voto cantado era una estafa a los humillados del campo y a los tristes. En la provincia lo llamaban el Falso Fierro, porque cuando no sabía cómo convencer a la gente y se quedaba sin palabras empezaba a recitar el Poema de Hernández. Los gauchos hablan en versos y los obreros son tartamudos, El Tarta, todos lo conocen, flaco, ojos saltones, mirada huidiza. En el mundo del trabajo, en las fábricas, no se habla así, de golpe, de primera. La palabra obrera, la palabra obrera es un balbuceo, tartamudea y tiene dificultades para expresarse. Se puede ver claramente en la televisión cuando, por ejemplo en una entrevista, se le pide a la gente del mundo obrero que exprese algo. Habrá que dejarlos entonces por lo menos cinco o seis minutos más que a los otros, porque sus palabras van entrecortadas por silencios, menos en el caso de los representantes sindicales que hablan como los locutores y hacen su frase en el momento. Es una expresión que yo conozco muy bien. Decí tu frase, decí tu frase, contá, y el hombre tiene dificultades para contar y decir su frase, su tragedia. La finada mi madre me había contado ya de un paisano al que lo fusilaron en una plaza, atado a un poste, con una escopeta. Nunca se pudo olvidar del hombre, que era bajito y extranjero, porque en los altoparlantes del pueblo seguían pasando la música y la publicidad como si nada; mientras lo mataban. Yo he visto cosas que quisiera empezar de nuevo otra vida, sin recuerdos, si ya estuve por dejar a mi mujer y a mis hijos, tomar un tren, irme a Lomas, a la casa de mi hermana en Bernal, a Chivilcoy, a Bolívar, aunque si uno se va igual los recuerdos vienen con uno. Los mataban como a gorriones, corriendo encapuchada qué puede hacer una persona, maniatada, los fusilaban a los dos metros y los tiraban en los pozos y después andaban con topadoras, haciendo tumbas y a veces a los mismos desgraciados les han hecho cavar la zanja para matarlos. Se veía como en un sueño, desnudos, a los cristianos haciendo el hoyo. Por ese entonces yo me encontraba trabajando con un señor de apellido

Maradey, Maneco Maradey. El campo está ubicado, comúnmente yo lo llamaba «Las Lomitas», al otro lado del bosque, un campo de dos mil, tres mil hectáreas, las cuales llegaban a La Calera, a Diquecito, La Mezquita, yo cuidaba los animales, hacíamos alguna siembra; tenía un tanto por ciento de los animales cuando se realizaban las ventas, no era sueldo fijo. Trabajé ahí con ese señor todo el mes de abril y había algunas anormalidades en esos campos, gente con armas, al fondo de todo, pasando la tranquera, un cuartel, un galpón más bien, ubicado sobre las, dos autopistas de Carlos Paz, no estaba habilitada la ruta, había un camino que se llama el Camino Viejo a La Calera, que estaba medio cortado por un asfalto, al sur de Malagüeño, al norte de Malagüeño, perdón, donde yo tenía un tambo, habría unos quinientos metros al pabellón ése; estábamos limpiando los tarros con mi mujer y yo tengo el incidente del ternero. Resulta que ahí, donde está el maizal, ve, hay un pozo en el cual a mí se me supo caer un ternero, un pozo, tenía dieciocho metros justos, yo le voy a explicar por qué tenía dieciocho metros justos, porque se me cae el ternero al pozo, así abovedado, de mayor a menor, no se observaba de afuera nada, balaba un ternero adentro y una vaca escarbaba, afuera, así, con la pezuña, balaba llamando el ternero, entonces voy y le pido a este amigo, Maradey, justo salía en camión, él, que me preste unos tablones que se me había caído un ternero en el pozo, en un pozo de molino, pensé primero, ¿no?, entonces voy con dos peones, para traer unos caballos grandes, unos percherones y yo me 'fui hasta Malagüeño y pedí una piola de cuarenta metros —me dieron—, justo, más o menos tiene cuarenta metros la piola; bueno, pusimos los tablones así y hasta que con unos espejos empezamos a alumbrar para abajo, para localizar el ternero era, vemos, no le puedo decir, este-hombre, Maradey, no le importaba, a él no le importaba nada, la imagen ésa, nadie se lo puede imaginar, lo que había en el pozo, esos cadáveres, y el hombre y yo armamos con esa piola una torre y alumbrándome yo con los espejos, doblé la piola y la agarré al medio; le hice una armada en una punta y la largo, el ternerito estaba parado, era un ternero negro, medio flaquito, alto, clavado en las patas, y a medida que iba largando la piola —miraba por el espejo— había cualquier cantidad de cosas terribles adentro, cuerpos, amontonados, restos, incluso una mujer hecha un ovillo, sentada, así, con los brazos cruzados, hecha un ovillo, joven la mujer, se ve, la cabeza metida en el pecho, todo el pelo para abajo, descalza, el pantalón arremangado, para arriba había como otra persona, yo pensé que era una mujer también, caída, con el pelo para adelante, los brazos, así retorcidos atrás, parecía, no sé, un osario, la impresión de lo que había, en ese espejo, la luz que daba, como un círculo, lo movía y veía el pozo, en ese espejo, el brillo de los restos, la luz se reflejaba adentro y vi los cuerpos, vi la tierra, los muertos, vi en el espejo la luz y la mujer sentada y en el medio el ternero, lo vi, con las cuatro patas clavadas en el barro, duro de miedo, lo empezamos a tirar para afuera, se había quebrado la pata derecha, casi en el lomo, sobre la paleta, lo

sacamos, pobrecito, los ojos como una persona. Lo lavé, me acuerdo, con una manguera y me mojaba la cara, yo, con el agua, para que Maradey no notara que estaba llorando, no podía casi respirar y le digo qué vamos a hacer, nada, me dice, dejar todo y no decir nada. Y ya no volví más, creo, medio que me fui de mi casa, a vivir con el viejo Monti, porque yo no quería, ni que bailaran las chicas, esas cosas de la juventud, ni que se divirtieran, no podía escuchar una radio, así que yo molestaba a todos y me fui, me hice una cama en el puesto, en el borde del campo, ahí estaba más a gusto, podía pensar, con don Monti, que las había visto todas, había estado preso con los conservadores. Nunca hubo nada igual, me dice, a esto. Él una vez había visto matar a un hombre, por los gendarmes, en el Puente Barracas, para escarmentar a la gente, lo pusieron contra la pared del fondo, un hombre grande, lo tenían así del pelo y lo mataron, ¿no? dice don Monti. Pero esto, dijo. Esto es como el infierno del Dante, dice, me acuerdo; fumaba un toscanito partido al medio, el viejo Monti, cuando le conté, un hombre preparado, que había trabajado en la capital y se le murieron la mujer y los hijos en un incendio y se vino al interior. Él fue el primero que me dijo lo que estaba pasando con la helada. Porque nosotros estábamos justo arriba, de este lado del alambrado, el tambo chico, en la parte de la pradera, la única zona de pasto, porque la loma El Torito, lo que se llama la loma El Torito, son todos campos naturales de piedra y pradera, todo pasto de raíz, el animal de vientre lo busca mucho, no se hace cultivo en esa parte, no se hacía nada en ese tiempo. Todo el campo yo lo he visto desde lo alto, la zona de la pradera, ¿no?, la única de pasto tierno, de tierra blanda que se podía cultivar y abajo los pozos, yo nunca puse una cruz, nada. A veces se veían volar los caranchos, no podían taparlo todo. Fueron cavando y cavando, a medida que se acercaba el invierno se vio más. Lo hacían a la noche todo y a la mañana con la escarcha, los cuadrados, el horror blanco. Había pozos que se notaba que les habían echado cal, la cal siempre salía arriba, el pasto no nace rápido y después con la helada que se quema el campo cuando hiela mucho, se quema, o sea se ve la extensión con esos cuadros blancos, casi uno al lado del otro, a veces pasaban cinco o seis metros, porque se observaban piedras que no se pueden cavar, a veces empezaban un pozo y a los sesenta centímetros daban con una piedra grande, así cavaban al lado, a veces hacían pozos un poco más finos, un poco más grandes, había pozos como de tres metros por dos, o algo así, y la tierra, cuando tapaban sobraba mucha tierra, los pozos nunca se cavaron uno a la par del otro, había algunos paralelos, pero eran casi uniformes, los pozos, porque a veces venían, los cavaban en un lado, otra vez en otro, y la tierra sobraba muchísima cantidad, mucha cantidad sobraba siempre, cavaban de noche, incluso cuando llovía; no sabían qué hacer con los restos. Yo digo que era un mapa incalculable la aproximación de pozos en la pradera. No puedo decirle qué cantidad, pero yo le calculo así no más sin errarle, arriba, de setecientos, setecientos cincuenta pozos, calculo, porque

posiblemente eran dieciséis hectáreas esa parte, quince, dieciséis, no aprecié muy bien, y estaba casi completamente cubierto, un campo santo sin cruces, nada, salvaje. Incluso había pozos que duraban seis, siete días sin que los usaran. En varios pozos cavados, sin ser sepultadas personas, yo de día me he metido adentro, de día no se ve nada, sólo campo y pozo, campo y pozo, incluso saqué una vuelta también unos perritos, algunas liebres se caían, a mí los pozos me tapaban, siempre me tapaban los pozos, ésos, posiblemente tenían más de dos metros, y a veces al otro día ya no estaban a la noche, a veces por la ventana se oía todo, se veían las luces, moverse, los faroles, gente con armas. Y con Monti, sentados en la sillita baja, en el patio que daba al llano, pensando hay que irse de aquí, pero cómo se va a ir uno, a dónde, en aquel entonces, yo pensaba me voy al Chaco que tengo mi compadre, pero donde fuera iba a ser peor, no se podía decir nada, por lo menos ahí estaba don Monti, éramos los últimos, pensaba yo, cuidábamos el tambo, los animales, esperábamos que pasara el invierno, sentados en la puerta del rancho, don Monti que levantaba la mano, me acuerdo, así, y decía, vienen de allá y de allá, metían el camión de culata y mataban lo que traían, todo lo que traían, maniatada la gente, encapuchada, qué iban a hacer, ahí nomás, sin apagar la radio en el coche, un auto sin patente, con música, con la publicidad, ¿eh?, don Monti, sentados en la puerta del rancho, en el puesto. Y sí, me decía el viejo, peor que los animales, peor que peor. Se quedaba callado, fumando el toscanito, levantaba la mano, me mostraba el llano, abajo.

—Sabe —me dice—, éste es el mapa del infierno. En la tierra, como un mapa, lo que yo les cuento, que le doy la certidumbre, era un mapa —quiero decir— de tumbas desconocidas, con una parte escarchada como una losa y después tierra o pasto. No se puede tapar y tapar porque a la larga la escarcha, la tierra removida, se ve, claro que el mal ya está hecho. Porque en oportunidades que sabían que había un montículo de piedras abajo, cavaban pozos como abanicos, incluso por ahí había unas zanjas largas, hasta que daban con unas piedras y dejaban ahí no más, ¿vio? En el invierno, se veía, eso, en la pradera de Las Lomitas. Que se había quemado el pasto con la helada y se notaban todos los pozos, principalmente los que estaban con la cal, se notaban uniformes, unos de una forma, otros a lo largo, se notaba mucha cantidad, le puedo decir. Un mapa de tumbas como vemos acá en estos mosaicos, así, eso era el mapa, parecía un mapa, después de helada la tierra, negro y blanco, inmenso, el mapa del infierno.

II. El Museo

El Museo quedaba en una zona apartada de la ciudad, cerca del parque y atrás del Congreso. Había que subir una rampa y cruzar un corredor con paredes de acrílico para desembocar en el salón circular donde se exhibía la máquina. Se la veía al fondo, sobre una tarima negra. En las paredes había diagramas, fotografías, reproducciones de los textos. Junior anotó algunos datos en la libreta y dio una vuelta por el salón siguiendo la historia en las vitrinas.

Primero habían intentado una máquina de traducir. El sistema era bastante sencillo, parecía un fonógrafo metido en una caja de vidrio, lleno de cables y de magnetos. Una tarde le incorporaron *William Wilson* de Poe para que lo tradujera. A las tres horas empezaron a salir las cintas de teletipo con la versión final. El relato se expandió y se modificó hasta ser irreconocible. Se llamaba *Stephen Stevensen*. Fue la historia inicial. Más allá de sus imperfecciones sintetizaba lo que vendría. La primera obra, había dicho Macedonio, anticipa todas las que siguen. Queríamos una máquina de traducir y tenemos una máquina transformadora de historias. Tomó el tema del doble y lo tradujo. Se las arregla como puede. Usa lo que hay y lo que parece perdido lo hace volver transformado en otra cosa. Así es la vida. Macedonio tenía en ese momento cincuenta años. En los recortes y las fotos de los diarios se veía su cara apacible y maliciosa dando explicaciones. No había querido vender la patente, porque no había nada que vender. Pensaba perfeccionar el aparato (lo llamaba así) con la intención de entretener a los paisanos en los pueblos. Me parece un invento más divertido que la radio, decía, pero todavía es prematuro cantar victoria. Pedía discreción y se negaba a aceptar el apoyo del gobierno. Iba a dictar una conferencia en la universidad para explicar los alcances del invento. («Forma parte de la serie de Los Aquenó», dijo Macedonio. «Los Aquenó: ¿Qué son? Son aquellos aparatos a cuyo funcionamiento precede siempre una expectativa incrédula.»). Las cosas habían marchado muy bien. Mejor de lo esperado; La máquina había captado la forma de la narración de Poe y le había cambiado la anécdota, por lo tanto era cuestión de programarla con un conjunto variable de núcleos narrativos y dejarla trabajar. La clave, dijo Macedonio, es que aprende a medida que narra. Aprender quiere decir que recuerda lo que ya ha hecho y tiene cada vez más experiencia. No hará necesariamente historias cada vez más lindas, pero sabrá las historias que ha hecho y quizás termine por construirles una trama común. Le parecía un invento muy útil porque los viejos que a la noche, en el campo, contaban historias de aparecidos se iban muriendo. El último que conocí, vivía en Coronel Vidal. Fue el que contó la historia del gaucho invisible, dijo Macedonio. La inventó él solo, de la nada, y la fue perfeccionando, mateando en el campo, de cara al viento de la Llanura. Una vez un primo me escribió para decirme que se la habían contado en España. La misma historia les pasaba a unos marineros en Tenerife. Y sin embargo la había vivido don Sosa, un paisano que se había quedado paralítico de tanto meterse en el agua a buscar

terneros guachos cuando trabajaba en las estancias de los Echegoyen por la zona de Quequén. Fue así.

El gaucho invisible

El tape Burgos era un troperito que se había conchabado en Chacabuco para un arreo de hacienda hasta Entre Ríos. Habían salido a la madrugada y a las pocas leguas se les vino encima una tormenta. Burgos trabajó a la par de todos para que no se desparramaran los animales y al final salvó a un ternero guacho que se había quedado clavado en un costado, con las patas abiertas en medio del viento y de la lluvia. Lo levantó sin bajarse del caballo y lo acomodó en la montura. El animal se debatía y Burgos lo sujetó con una sola mano y después se metió entre la tropa y lo dejó a salvo en el piso. Lo hizo para mostrar su destreza, casi como una compadrada, y enseguida se arrepintió porque ninguno de los hombres lo Miró ni hizo el menor comentario. Olvidó el incidente, pero lo fue ganando la extraña sensación, de que los otros tenían algo contra él. Sólo le hablaban si tenían que darle una orden y nunca lo incluían en las conversaciones. Actuaban como si él no estuviera. A la noche se iba a dormir antes que nadie y tirado entre las mantas los veía reír y hacer chistes cerca del fuego; le parecía vivir un mal sueño. En sus dieciséis años de vida no se había encontrado nunca en una situación igual; había sido maltratado, pero no ignorado y desconocido. La primera parada larga fue en Azul, a donde llegaron bien entrada la tarde de un sábado. El capataz dijo que iban a pasar la noche en el pueblo y que seguirían viaje a mediodía. Metieron los animales en un campito, al que todos llamaban el corral de la iglesia, en la entrada del pueblo. Se decía que antiguamente se levantaba una capilla en ese lugar, pero que los indios la habían destruido en el malón grande de 1867. Quedaban unas paredes al aire que servían de tapia para el corral donde se encerraba a los animales. A Burgos le pareció ver la forma de una cruz entre los ladrillos donde crecían los yuyos. Era un hueco de luz en la pared, marcado por la claridad del sol. Se la mostró entusiasmado a los otros, pero ellos siguieron de largo como si no lo hubieran oído. La cruz se veía nítida en el aire mientras caía la noche: Burgos se santiguó y se besó los dedos cruzados. En el almacén de la estación había baile. Burgos se acomodó en una mesa aparte y vio a los hombres reírse juntos y emborracharse y los vio salir para la pieza del fondo con las mujeres que estaban

sentadas en fila cerca del mostrador. Hubiera querido elegir una él también, pero tuvo miedo de que no le hicieran caso y no se movió. Igual imaginó que elegía a la rubia vistosa que tenía enfrente. Era alta y parecía la mayor de todas. La llevaba a la pieza y cuando estaban tendidos en la cama le explicaba lo que le estaba pasando. La mujer tema una cruz de plata entre los pechos y la hacía girar mientras Burgos le contaba su historia. A los hombres les gusta ver sufrir, le dijo la mujer, lo vieron al Cristo porque los atrajo con su sufrimiento. Si la historia de la Pasión no fuera tan atroz, dijo la mujer, que hablaba con acento extranjero, nadie se hubiera ocupado del hijo de Dios. Burgos escuchó que la mujer le decía eso y se movió para sacarla a bailar, pero pensó que ella no lo iba a ver y fingió que se había levantado para pedir una ginebra. Esa noche los hombres se acostaron al alba y todos durmieron hasta bien entrada la mañana; cerca del mediodía empezaron a arrear los animales del corral para volver al camino. El cielo estaba oscuro y Burgos no vio la cruz en la pared de la iglesia. Galoparon hacia la tormenta; las nubes bajas se confundían con el campo abierto. Al rato empezaron a caer unas gotas pesadas como monedas de veinte. Burgos se cubrió con el poncho encerado y cabalgó al frente de la tropa. Sabía hacer su trabajo y ellos sabían que él sabía hacer su trabajo. Ese era el único orgullo que le quedaba, ahora que era menos que nada. La tormenta arreció. Arrimaron los animales a una hondonada y los mantuvieron ahí toda la tarde, mientras duró la lluvia. Cuando aclaró los paisanos salieron a campear animales perdidos. Burgos vio que un ternero se estaba ahogando en la laguna que se había formado en un bajo. Debía tener rota una pata, porque no alcanzaba a trepar la ladera y se volvía a hundir. Lo enlazó desde arriba y lo sostuvo del cogote en el aire. El animal se retorcía y pateaba el vacío con desesperación. Se le soltó y cayó al agua. La cabeza del ternero boyaba en la laguna. Burgos volvió a enlazarlo. El ternero agitaba las patas y boqueaba. Los otros peones se habían acercado al pie de la barranca. Esta vez Burgos lo sostuvo un buen rato colgado y después lo dejó caer. El animal se hundió y tardó en salir. Los paisanos hacían comentarios en voz alta. Burgos lo enlazó y lo levantó en el aire y cuando el ternero estaba arriba lo volvió a soltar. Los otros hombres festejaron la ocurrencia con gritos y risas. Burgos repitió varias veces la operación. El animal trataba de eludir el lazo y se hundía en el agua. Nadaba queriendo escapar y los hombres incitaban a Burgos para que volviera a pescarlo. El juego duró un rato, entre bromas y chistes, hasta que por fin lo enlazó cuando estaba, casi ahogado y lo levantó despacio hasta las patas de su caballo. El animal boqueaba en el barro, con los ojos blancos de terror. Entonces uno de los paisanos se largó del caballo y lo degolló de un tajo.

—Hecho, pibe —le dijo a Burgos—, esta noche comemos asado de pez. —Todos se largaron a reír y por primera vez en mucho tiempo Burgos sintió la hermandad de los hombres.

Macedonio siempre estaba recopilando historias ajenas. Desde la época en que era fiscal en Misiones, había llevado un registro de relatos y de cuentos. «Una historia tiene un corazón simple, igual que una mujer. O que un hombre. Pero prefiero decir igual que una mujer», decía Macedonio, «porque pienso en Scheherezade». Recién mucho tiempo después, pensó Junior, entendieron lo que había querido decir. En esos años había perdido a su mujer, Elena Obieta, y todo lo que Macedonio hizo desde entonces (y ante todo la máquina) estuvo destinado a hacerla presente. Ella era la Eterna, el río del relato, la voz interminable que mantenía vivo el recuerdo. Nunca aceptó que la había perdido. En eso fue como Dante y como Dante construyó un mundo para vivir con ella. La máquina fue ese mundo y fue su obra maestra. La sacó de la nada y la tuvo años en la parte de abajo de un ropero en una pieza de pensión cerca de Tribunales, tapada con una frazada. El sistema era sencillo y surgió por casualidad. Cuándo transformó *William Wilson* en la historia de Stephen Stevensen, Macedonio tuvo elementos para construir una ficción virtual. Entonces empezó a trabajar con series y variables. Primero pensó en los ferrocarriles ingleses y en la lectura de novelas. El género se expandió en el siglo xix, unido a ese medio de transporte. Por eso muchos relatos suceden en un viaje en tren. A la gente le gustaba leer en un tren relatos sobre un tren. En la Argentina, el primer viaje en ferrocarril de la novela está por supuesto en Cambaceres.

En una sala Junior vio el vagón donde se había matado Erdosain. Estaba pintado de verde oscuro, en los asientos de cuerina sé veían las manchas de sangre, tenía las ventanillas abiertas. En la otra sala vio la foto de un viejo coche del Ferrocarril Central Argentino. Ahí había viajado la mujer que huyó a la madrugada. Junior la imaginó dormitando en el asiento, el tren cruzando la oscuridad del campo con todas las ventanillas encendidas. Esa era una de las primeras historias.

Una mujer

Tenía un hijo de dos años, pero decidió abandonarlo. Lo ató con una faja larga de una argolla en el techo y lo dejó gateando en la pieza, sobre una tela impermeable. Primero tuvo la precaución de correr los muebles y amontonarlos contra las paredes, lejos del alcance del chico, como si la pieza estuviera vacía. Le escribió una nota a la mujer que venía a hacer la limpieza y le dijo que había salido a hacer un trámite. Eran

las siete de la mañana y en cuanto el marido dobló la esquina con el auto y se fue a trabajar, ella llamó un taxi y se tomó el primer tren de larga distancia que salía de Retiro. Al día siguiente estaba en un pueblo en los límites de la provincia de San Luis. En el hotel se anotó con el nombre de su madre (Lía Matra). Pasó la tarde durmiendo y a la noche bajó a jugar al casino. Veía la ruleta como la cara del destino. Los hombres y mujeres de la sala iban a buscar respuestas y cada uno estaba en un universo aislado y microscópico. (Esos crupiers, pensó, funebreros, le hubiera gustado llevarse uno a la cama). El casino era pobre, tenía una alfombra celeste y ella imaginó que así tenía que estar decorado el infierno. Una sala semivacía y mal alumbrada, con una moquette azul «eléctrico». Los hombres usaban camperas, las mujeres parecían coperas retiradas. Una nube de insectos rodeando la réplica artificial de la pasión y de la vida. La mujer pensaba y jugaba al día o al mes en progresión y ganaba todo el tiempo. Cuando cerró el casino le dieron el dinero en una bolsa de papel madera. Para llegar al hotel tuvo que cruzar una plaza. Había un monumento, bancos, un tacho de basura atado a un árbol con una cadena. Iba a llamar por teléfono a su casa y avisar que se había ido. Las lajas del camino se cortan frente a un cantero. La mujer esconde la bolsa con la plata entre las plantas. El pueblo está vacío; una luz brilla al fondo, en lo que ha sido la estación vieja. La mujer cruza la calle, sube a la pieza y recién entonces se decide a desarmar la valija. Cuelga la ropa en las perchas, ordena los frascos y las cremas en el botiquín del baño, cierra las ventanas para que no entre la luz del día. Llama a la recepción del hotel, pide que nadie la moleste y después se suicida.

En el Museo estaba la reproducción de la pieza del hotel donde se había matado la mujer. En la mesa de luz vio la foto del hijo apoyada contra el velador. No recordaba ese detalle en el relato. La serie de los cuartos de hotel aparecía reproducida en salas sucesivas. La pensión donde un viejo sentado en una silla de paja punteaba una guitarra la noche entera. La palangana sobre un pie de fierro en la que se había lavado el pelo la amante de un soldado alemán. Junior vio el cuarto del hotel de Cuernavaca, con la cama envuelta en un mosquitero y la botella de tequila. En una sala lateral estaba la pieza del Majestic y el ropero donde la mujer había buscado el frasco de perfume. Lo asombraba la fidelidad de la reconstrucción. Parecía un sueño. Pero los sueños eran relatos falsos. Y éstas eran historias verdaderas. Cada uno aislado en un rincón del Museo, construyendo la historia de su vida. Todo era como debía ser. Uniformes militares en altas vitrinas de vidrio; la larga daga de Moreira sobre un almohadón de terciopelo negro; la fotografía de un laboratorio en una isla del Tigre. Con esos materiales se habían elaborado las historias. Tenían la claridad de los recuerdos. En la pared del fondo estaba el espejo, y en el espejo, la primera historia de amor.

Primer amor

Me enamoré por primera vez cuando tenía doce años. En medio de la clase apareció una muchacha de pelo colorado y la maestra la presentó como la alumna nueva. Estaba parada al lado del pizarrón y se llamaba (o se llama) Clara Schultz. No recuerdo nada de las semanas siguientes, pero sé que nos habíamos enamorado y que tratábamos de ocultarlo porque éramos chicos y sabíamos que queríamos algo imposible. Algunos recuerdos todavía me duelen. En la fila los otros nos miraban y ella se ponía todavía más colorada y yo aprendí lo que era sufrir la complicidad de los imbéciles. A la salida me peleaba en la canchita de Amenedo con tipos de quinto y de sexto que la seguían para tirarle abrojos en el pelo, porque ella lo llevaba suelto hasta la cintura. Una tarde volví a casa tan golpeado, que mi madre pensó que me había vuelto loco o queme había agarrado una fiebre suicida: No podía decir le a nadie lo que sentía y parecía hosco y humillado, como si siempre anduviera con sueño. Nos escribíamos cartas, pero apenas sabíamos escribir. Me acuerdo de una sucesión inestable de éxtasis y de desesperación; me acuerdo que ella era seria y apasionada y que nunca sonreía, quizá porque conocía el futuro. No conservo ninguna fotografía, sólo su recuerdo, pero en cada mujer que he querido estaba Clara. Se fue como vino, imprevistamente, antes de fin de año. Una tarde hizo algo heroico y quebró todas las reglas y entró corriendo en el prohibido patio de los varones para venir a decirme que se la llevaban. Tengo la imagen de los dos en medio de las baldosas coloradas y el círculo sarcástico de los otros que nos miran. El padre era inspector municipal o gerente de banco y lo trasladaban a Sierra de la Ventana. Recuerdo el horror que me produjo la imagen de una sierra que también era una cárcel. Por eso había llegado con el año empezado y por eso quizá me había amado. Fue tan grande el dolor, que logré recordar que mi madre decía que si uno quería a una persona tenía que poner un espejo en la almohada, porque si la veía reflejada en el sueño se casaba con ella. Y a la noche, cuando en casa todos se habían dormido, yo caminaba descalzo hasta el patio del fondo y descolgaba el espejo en el que se afeitaba mi padre todas las mañanas. Era un espejo cuadrado, de marco de madera marrón, atado con una cadenita al clavo de la pared. Dormía de a ratos, tratando de verla reflejada al soñar y a veces me imaginaba que la veía aparecer en el borde del espejo. Muchos años

después, una noche, soñé que soñaba con ella en el espejo. La veía tal cual era de chica, con el pelo colorado y los ojos serios. Yo era otro, pero ella era la misma y venía hacia mí, como si fuera mi hija.

El marco de madera del espejo estaba salpicado de muescas grises, como si alguien lo hubiera tallado con un cortaplumas. Junior se miró la cara y vio la galería que se reflejaba en el fondo. El guardián lo había estado siguiendo con paso sigiloso, manteniéndose a distancia; ahora se le acercó, con la mano en la espalda y el espectro de la otra en el bolsillo, mientras tragaba saliva, a juzgar por la nuez de Adán.

—¿Qué es eso? —le preguntó Junior, y le señaló la caja de vidrio.

—La ciencia no lo ha determinado aún —respondió con una frase que sin duda había aprendido de memoria—. Un buitre, quizá un chimango. Lo encontró, en 1895, en los alrededores de Tapalqué, el doctor Roger Fontaine, científico francés. —Y su dedo tembloroso señaló la placa de bronce.

Un pájaro de metal estaba erguido sobre un tronco y se picoteaba las alas.

—Extraño —dijo Junior.

—Y ahora fíjese en esta calavera —dijo el guardia—. Es de la misma zona.

Parecía un cráneo de vidrio. El campo argentino es inagotable y en los pueblos la gente conserva los restos de historias viejísimas.

Al lado había una serie de objetos de hueso, en hilera sobre una vitrina baja. Parecían dados o pequeñas tabas o cuentas de un rosario herético. Junior se detuvo a examinar un jarrón japonés, probablemente donado por algún oficial de marina. Había visto una réplica en el mercado de Plaza Francia, los reproducían con tanta perfección que mejoraban el original y lograban que la copia pareciera más antigua y más pura. El guardián había desaparecido dócilmente por una escalera lateral. Junior atravesó una galería con dibujos y fotos de los archivos policiales y salió a otra sala. Era la pieza de una casa familiar, con las persianas clausuradas y un velador prendido, no había muebles, pero un poco más abajo, casi al ras del piso y en el centro, como en una cuna, estaba la muñeca.

La nena

Los dos primeros hijos del matrimonio hicieron una vida normal, con las dificultades que significa en un pueblo chico tener una hermana como ella. La nena (Laura) había nacido sana y recién al tiempo empezaron a notar signos extraños. Su sistema de alucinaciones fue objeto de un complicado informe aparecido en una revista científica, pero mucho antes su padre ya lo había descifrado. Yves Fonagy lo había llamado «extravagancias de la referencia». En esos casos, muy poco frecuentes, el paciente imagina que todo lo que sucede a su alrededor es una proyección de su personalidad. Excluye de su experiencia a las personas reales, porque se considera muchísimo más inteligente que los demás, El mundo era una extensión de sí misma y su cuerpo se desplazaba y se reproducía. La preocupaban continuamente las maquinarias, sobre todo las bombitas eléctricas. Las veía como palabras, cada vez que se encendían alguien empezaba a hablar. Consideraba entonces a la oscuridad una forma del pensamiento silencioso. Una tarde de verano (a los cinco años) se fijó en un ventilador eléctrico que giraba sobre un armario. Consideró que era un objeto vivo, de la especie de las hembras. La nena del aire, con el alma enjaulada. Laura dijo que vivía «ahí», y levantó la mano para mostrar el techo. Ahí, dijo, y movía la cabeza de izquierda a derecha. La madre apagó el ventilador. En ese momento empezó a tener dificultades con el lenguaje. Perdió la capacidad de usar correctamente los pronombres personales y al tiempo casi dejó de usarlos y después escondió en el recuerdo las palabras que conocía. Sólo emitía un pequeño cloqueo y abría y cerraba los ojos. La madre separó a los chicos de la hermana por temor al contagio, cosas de los pueblos, la locura no se puede contagiar y la nena no era loca. Lo cierto es que mandaron a los dos hermanos internos a un colegio de curas en Del Valle y la familia se recluyó en el caserón de Bolívar. El padre enseñaba matemáticas en el colegio nacional y era un músico frustrado. La madre era maestra y había llegado a directora de escuela, pero decidió jubilarse para cuidar a su hija. No querían internarla. La llevaban dos veces por mes a un Instituto en La Plata y seguían las indicaciones del doctor Arana, que la sometía a una cura eléctrica. Le explicó que la nena vivía en un vacío emocional extremo. Por eso el lenguaje de Laura poco a poco se iba volviendo abstracto y despersonalizado. Al principio nombraba correctamente la comida; decía «manteca», «azúcar», «agua», pero después empezó a referirse a los alimentos en grupos desconectados de su carácter nutritivo. El azúcar pasó a ser «arena blanca», la manteca, «barro suave», el agua, «aire húmedo». Era claro que al trastocar los nombres y al abandonar los pronombres personales estaba creando un lenguaje que convenía a su experiencia emocional. Lejos de no saber cómo usar las palabras correctamente, se veía ahí una decisión espontánea de crear un lenguaje funcional a su experiencia del mundo. El Doctor Arana no estuvo de acuerdo, pero el padre partió de esa comprobación y decidió entrar en el mundo verbal de su hija. Ella era una máquina lógica conectada a una interface equivocada. La niña funcionaba según el

modelo del ventilador; un, eje fijo de rotación era su esquema sintáctico, al hablar movía la cabeza y hacía sentir el viento de sus pensamientos inarticulados. La decisión de enseñarle a usar el lenguaje suponía explicarle el modo de almacenar las palabras. Se le perdían como moléculas en el aire cálido y su memoria era la brisa que agitaba las cortinas blancas en la sala de una casa vacía. Había que lograr llevar ese velero al aire quieto. El padre abandonó la clínica del Doctor Arana y comenzó a tratar a la niña con un profesor de canto. Necesitaba incorporarle una secuencia temporal y pensó que la música era un modelo abstracto del orden del mundo. Cantaba arias de Mozart en alemán, con Madame Silenzky, una pianista polaca que dirigía el coro de la iglesia luterana en Carhué. La nena, sentada en una banqueta, aullaba siguiendo el ritmo y Madame Silenzky estaba aterrorizada, porque pensaba que la chica era un monstruo. Tenía doce años y era gorda y bella como una madonna, pero sus ojos parecían de vidrio y cloqueaba antes de cantar. Era un híbrido, la nena, para Madame Silenzky, una muñeca de goma pluma, una máquina humana, sin sentimientos y sin esperanzas. Cantaba a los gritos y desafinaba, pero empezó a ser capaz de seguir una línea melódica. El padre estaba tratando de incorporarle una memoria temporal, una forma vacía, hecha de secuencias rítmicas y de modulaciones. La nena carecía de sintaxis (carecía de la noción misma de sintaxis). Vivía en un universo húmedo, para ella el tiempo era una sábana recién lavada a la que se retuerce en el centro. Se ha reservado un territorio propio, decía su padre, del que quiere ahuyentar toda experiencia. Todo lo nuevo, cualquier acontecimiento no vivido y aún por vivir se le aparece como una amenaza y un sufrimiento y se le transforma en terror. El presente petrificado, la monstruosa y viscosa detención, la nada cronológica sólo puede ser alterada por la música. No es una experiencia, es la forma pura de la vida, no tiene contenido, no la puede asustar, decía su padre, y Madame Silenzky (aterrorizada) agitaba su cabecita gris y relajaba sus manos sobre las teclas antes de empezar con una cantata de Haydn. Cuando por fin logró que la nena entrara en una secuencia temporal, la madre se enfermó y hubo que internarla. La nena asociaba la desaparición de su madre (que murió a los dos meses) con un lied de Schubert. Cantaba la música como quien llora a un muerto y recuerda el pasado perdido. Entonces el padre se apoyó en la sintaxis musical de su hija y comenzó a trabajar con el léxico. La nena carecía de referencias, era como enseñarle una lengua extranjera a un muerto. (Como enseñarle una lengua muerta a un extranjero). Decidió empezar a contarle relatos breves. La nena estaba inmóvil, cerca de la luz, en la galería que daba al patio. El padre se sentaba en un sillón y le narraba una historia igual que si estuviera cantando. Esperaba que las frases entraran en la memoria de su hija como bloques de sentido. Por eso eligió contarle siempre la misma historia y variar las versiones. De ese modo, el argumento era un modelo único del mundo y las frases se convertían en modulaciones de una experiencia

posible. El relato era sencillo. En su *Chronicle of the Kings of England* (siglo XII), William de Malmesbury refiere la historia de un joven y potentado noble romano que acaba de casarse. Tras los festejos de la celebración, el joven y sus amigos salen a jugar a las bochas en el jardín. En el transcurso del juego, el joven pone su anillo de casado, porque teme perderlo, en el dedo apenas abierto de una estatua de bronce que está junto al cerco del fondo. Al volver a buscarlo, se encuentra con que el dedo de la estatua está cerrado y que no puede sacar el anillo. Sin decirle nada a nadie, vuelve al anochecer con antorchas y criados y descubre que la estatua ha desaparecido. Le esconde la verdad a la recién casada y, al meterse en la cama esa noche, advierte que algo se interpone entre los dos, algo denso y nebuloso que les impide abrazarse. Paralizado de terror, oye una voz que susurra en su oído:

—Abrázame, hoy te uniste conmigo en matrimonio. Soy Venus y me has entregado el anillo del amor. La nena, la primera vez, pareció haberse dormido. Estaban al fresco, frente al jardín del fondo. No parecía haber cambios, a la noche se arrastró hacia la pieza y se acurrucó en la oscuridad con su cloqueo de siempre. Al día siguiente, a la misma hora, el padre la sentó en la galería y le contó otra versión de la historia. La primera variante de importancia había aparecido unos veinte años después, en una recopilación alemana de mediados del siglo XII de fábulas y leyendas conocidas con el nombre de *Kaiserchronik*. Según esta versión, la estatua en cuyo dedo el joven coloca su anillo es una figura de la Virgen María y no de Venus. Cuando trata de unirse con la recién casada, la Madre de Dios se interpone castamente entre los cónyuges, suscitando la pasión mística del joven. Tras abandonar a su mujer, el joven se hace monje y entrega el resto de su vida al servicio de Nuestra Señora. En un cuadro anónimo del siglo XII, se ve a la Virgen María con el anillo en el anular izquierdo y una enigmática sonrisa en los labios.

Todos los días, al caer la tarde, el padre le contaba la misma historia en sus múltiples versiones. La nena que cloqueaba era la anti-Scheherezade que en la noche recibía, de su padre, el relato del anillo contado una y mil veces. Al año la nena ya sonríe, porque sabe cómo sigue la historia y a veces se mira la mano y mueve los dedos, como si ella fuera la estatua. Una tarde, cuando el padre la sienta en el sillón de la galería, la nena empieza a contar ella misma el relato. Mira el jardín y, con un murmullo suave, da por primera vez su versión de los hechos. «Mouvo miró la noche. Donde había estado su cara apareció otra, la de Kenya. De nuevo la extraña risa. De pronto Mouvo estuvo en un costado de la casa y Kenya en el jardín y los círculos sensorios del anillo eran muy tristes», dijo. A partir de ahí, con el repertorio de palabras que había aprendido y con la estructura circular de la historia, fue construyendo un lenguaje, una serie ininterrumpida de frases que le permitieron comunicarse con su padre. Durante los meses siguientes fue ella la que contó la historia, todas las tardes, en la galería que daba al patio del fondo. Llegó a ser capaz

de repetir palabra por palabra la versión de Henry James, quizá porque ese relato, «The last of the Valerii», era el último de la serie. (La acción se ha trasladado a la Roma del Risorgimento, en donde una joven y rica heredera americana, en uno de esos típicos enlaces jamesianos, contrae matrimonio con un noble italiano de distinguida alcurnia, pero venido a menos. Una tarde unos obreros que realizan excavaciones en los jardines de la Villa desentierran una estatua de Juno, el *Signor Conte* siente una extraña fascinación ante esa obra maestra del mejor período de la escultura griega. Traslada la estatua a un invernadero abandonado y la oculta celosamente a la vista de todos. En los días: siguientes transfiere gran parte de la pasión que siente por su bella mujer a la estatua de mármol y pasa cada vez más tiempo en el salón de vidrio. Al final la *contessa*, para liberar a su marido del hechizo, arranca el anillo que adorna el anular de la diosa y lo entierra en los fondos del jardín Entonces la felicidad vuelve a su vida). Una llovizna suave caía en el patio y el padre se hamacaba en el sillón. Esa tarde por primera vez la nena se fue de la historia, como quien cruza una puerta salió del círculo cerrado del relato y le pidió a su padre que comprara un anillo (anello) de oro para ella. Estaba ahí, canturreando y cloqueando, una máquina triste, musical. Tenía dieciséis años, era pálida y soñadora como una estatua griega. Tenía la fijeza de los ángeles.

Junior vio el anillo y vio las sucesivas versiones de la historia del anillo. El grabado de Durero («El sueño del doctor», 1497-98) estaba colgado en la pared de la izquierda. La pasión, simbolizada por la figura de Venus con un anillo en la mano izquierda una bola de piedra en los pies. Ese relato era la historia del poder del relato, el canto de la nena que busca una vida, la música de las palabras que se cierran y se repiten en un círculo de oro. En un costado había una edición de *The Anatomy of Melancholy*, con notas manuscritas y dibujos. Burton también contaba el cuento del anillo para ilustrar el poder del amor. La muchacha vuelve a vivir gracias a los relatos del padre. Narrar era darle vida a una estatua, hacer vivir a quien tiene miedo de vivir. En una vitrina estaba el original de los mitos iniciales. «El que ha perdido a su mujer modela sin tregua una estatua y piensa en ella. Vivir solo o fabricarse la mujer perdida. La pasión le permite al enamorado elegir el segundo sueño. La *Gesta Romanorum* (el más popular libro de cuentos de la Edad Media) nos refiere que Virgilio, a quien se tenía por mago (Cuento LVII), esculpía estatuas mágicas para retener el alma de sus amigos muertos. La capacidad de animar lo inanimado es una facultad asociada a la idea del taumaturgo y a los poderes del mago. Entre los egipcios, la palabra "escultor" significaba literalmente "el que mantiene la vida". En los antiguos ritos funerarios se creía que el alma del difunto se incorporaba a una estatua que representaba su cuerpo y una ceremonia celebraba la transición del

cuerpo a la estatua». Junior recordó la foto de Elena, la muchacha con el pulóver de cuello alto y la pollera escocesa, que sonreía hacia la luz invisible. Una foto era también un espejo para soñar con la mujer perdida. Había una reproducción ampliada de la misma figura de Elena eh la pared del fondo. En paneles de vidrios vio los manuscritos de Macedonio. «Huir hacia los espacios indefinidos de las formas futuras. Lo posible es lo que tiende a la existencia. Lo que se puede imaginar sucede y pasa a formar parte de la realidad». Macedonio no intentaba producir una réplica del hombre, sino una máquina de producir réplicas. Su objetivo era anular la muerte y construir un mundo virtual. «La ciudad-campo, de un millón de chacras y diez mil fábricas», leyó Junior, «exenta totalmente del horror de la palabra alquiler, que tendría las ventajas que pongo en la siguiente lista: Inatacabilidad militar. Inatacabilidad por sitio o bloqueo. Ni bomberos, ni policías. Escasez desesperante de enfermedades. Reducción en más de un 40% de los trueques comerciales, improductivos, estériles y aleatorios, de agio». Junior buscó el final de la carta. «La guerra finaliza y sólo quedaremos ante la inmensidad de los oscuros planes de EE. UU., que quiere herir y anular a España para hacer más fácil presa de la América hispana. Las islas han sido ocupadas, el laboratorio debe ser preservado. Suyo afectísimo, Macedonio». Miró la firma, esa letra frágil e inmortal, y después dio una vuelta por el salón sin acercarse a la máquina. Era plana y esbelta y parecía latir con una luz intermitente. Me capta sólo a mí, pensó Junior. Hay otros, en otras galerías, aislados, viviendo sus propios recuerdos. La sala estaba vacía. Al fondo le pareció ver la luz de una linterna que se acercaba alumbrando las baldosas del pasillo. Como si alguien se hubiera largado de un tren, pensó Junior, en una estación perdida en medio de la noche, y viniera cortando campo, con la luz de la linterna sobre el pasto. Lejos, en lo que parecía la neblina de la madrugada, vio aparecer al japonés, caminando en un sueño. Subía dificultosamente por la rampa que llevaba al sótano y a las salas inferiores del Museo, arrastrando la pierna izquierda. Tenía pinta de jockey y ojos ausentes. Es Fuyita, pensó Junior. Usaba corbata negra y una banda de seda negra en la manga del saco, porque estaba de luto. Junior pensó en la mujer encerrada en la pieza del Hotel Majestic. Apenas se saludaron; Fuyita avanzó por el pasillo y Junior lo siguió.

—Le tengo un material y me gustaría que usted lo analice, señor Junior. El diario debe mantener la reserva hasta que nosotros le indiquemos el momento en que la información se debe publicar. ¿Me entiende? —le preguntó después que se sentaron a una mesa en el bar del primer piso, cerca de la ventana que daba a los invernaderos —. No haga caso de lo que le hayan dicho sobre mí esas mujeres. La locura invade el corazón y la verdad está perdida. Yo soy un espía, un extranjero, me gustaría volver ala tierra de mis antepasados. Ahora quiero que sepa que trabajo para el Ingeniero Richter. Me parece imprescindible que hable con él, conoce perfectamente la

situación. Colaboró con Macedonio desde el origen, tiene los documentos y las pruebas. Quieren anularnos, pero vamos a resistir. Nosotros —le dijo el jockey a Junior—, dirigidos por el Ingeniero, tenemos historias múltiples y pruebas. Por ejemplo hemos conseguido un texto absolutamente secreto, uno de los últimos relatos de la máquina, o quizás el último, porque hubo una serie de seis relatos no públicos y uno que se dio a conocer y después una serie de tres y por fin dos más, editados antes de que la consideraran fuera de acción.

Hablaba en un susurro helado, con sus ojitos de bagre clavados en la cara de Junior y empezó a contar la historia del Ingeniero Richter; un físico alemán que había venido escapando de los nazis al comienzo de la guerra y que trabajó en los planos y en la programación de la máquina y que se dedicó a los negocios y montó un complejo industrial especializado en el agro, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires, que lo llevó a la ruina. «Después de la muerte de Macedonio, el Ingeniero se retiró a su fábrica, abandonada e hipotecada, con las instalaciones embargadas, dispuesto a librar una nueva batalla, con su madre paseando por los pisos superiores, porque en ese tiempo», contó el jockey, «el Ingeniero sólo hablaba con su madre, que está loca y a la que no quiere internar, dedicado como está a programar un Instituto de Desarrollo Agro-Industrial y a no pensar en la máquina, porque el Ingeniero trató siempre de mantener aislados los problemas de su familia, o sea la madre, y los problemas que resultaban de sus sueños o sea la máquina». Este tipo es un delirante, pensó Junior, me quiere aturdir.

—¿Cuánta plata necesita? —Lo cortó de golpe.

Fuyita le sonrió con los bigotitos alzados y la cara de pescado y empezó a hablar con acento coreano.

—No, no hacer falta, no, ningún dinero, su diario querer información, nosotros proporcionar datos, porque no querer máquina desactivada —dijo—. ¿Comprende?

—Sí —dijo Junior—. De acuerdo.

—Tal vez usted quiera que le cuente cómo lo conoció a Macedonio el Ingeniero y de qué forma empezaron a trabajar juntos, pero hay tiempo y además usted tener que ir a la isla y visitarlo en su fábrica y hablar con él. Mire —le dijo y le mostró los documentos, en especial una carpeta con la historia que le había hecho llegar el Ingeniero y que el jockey había hecho fotocopiar para pasársela a Junior con la idea de iniciar, en lo posible, una contraofensiva.

—El poder político es siempre criminal —dijo Fuyita—. El Presidente es un loco, sus ministros son todos psicópatas. El Estado argentino es telépata, sus servicios de inteligencia captan la mente ajena. Se infiltran en el pensamiento de las bases. Pero la facultad telepática tiene un inconveniente grave. No puede seleccionar, recibe cualquier información, es demasiado sensible a los pensamientos marginales de las personas, lo que los viejos psicólogos llamaban el inconsciente. Ante el exceso de

datos, amplían el radio de represión. La máquina ha logrado infiltrarse en sus redes, ya no distinguen la historia cierta de las versiones falsas. Existe una cierta relación entre la facultad telepática y la televisión —dijo de pronto—, el ojo técnico-miope de la cámara graba y transmite los pensamientos reprimidos y hostiles de las masas convertidos en imágenes. Ver televisión es leer el pensamiento de millones de personas. ¿Comprende usted?

Era un gángster y era un filósofo. La tradición oriental, pensó Junior, artes marciales y budismo zen. Lleva luto por el emperador y deja encerrada a la muchacha en un hotel como si fuera un gato. Del otro lado de los vidrios, en el invernadero, un hombre se paseaba entre las flores con un sol de noche en la mano.

—¿Ha visto la rosa azul? —preguntó el jockey—. Las hacen en Temperley, hay tres en el Museo, son muy difíciles de conservar. Hay que usar hielo líquido y nitrato de plata. Primero fue la rosa de cobre, pero ahora ya no se consiguen, esta quinta ha sido clausurada varias veces por la policía. Tienen siempre un pretexto distinto. Si fuera por ella traerían siempre una orden de allanamiento nueva, con tal de pasearse entre las plantas carnívoras y los criaderos de amapolas.

Bajaron juntos en el ascensor neumático, el jockey haciendo equilibrio sobre la pierna derecha para no apoyar el pie izquierdo, que se le había estropeado en unas cuadreras en Isidro Casanova, montando un malacara, el Lobito, en una tenida histórica con el caballo invicto de la viuda de un inglés que había sido director del Ferrocarril Central Argentino antes de las nacionalizaciones. Se había jugado muy fuerte, porque la viuda apostaba como una gitana, y en cuanto largaron el Lobito empezó a respirar con un quejido sangriento, pero mantuvo la línea y punteó casi una milla hasta que se boleó y le falló el corazón y cayó fulminado. La pierna izquierda de Fuyita quedó aplastada por el cuerpo del malacara muerto y no hubo forma de soldar los huesitos quebrados del tobillo.

—No uso bastón —dijo coqueto el jockey mientras cruzaba el salón circular donde se exhibía la máquina—, porque confío en que la medicina me cure y no quiero acostumbrarme a ser un inválido. —Junior pensó que el jockey tenía una gracia suave que se acentuaba con la renguera, y cuando se detuvieron frente a la rampa de salida trató de blanquear el cerebro y no pensar en nada.

—Una mujer me mandó a verlo —dijo después.

—¿También lo llama a usted? —dijo Fuyita—. ¿A la noche? ¿Y le habla de su hijo?

—De su marido —dijo Junior:

—Es lo mismo —dijo Fuyita.

—¿Conoce? dijo Junior, y le mostró la foto de la muchacha.

—Es Elena —dijo Fuyita—. Era la niña de sus ojos. Esas mujeres —dijo—, las perseguimos y vamos atrás de ellas como policías idiotizados. —Se dio vuelta hacia

la entrada del Museo. Todas las luces estaban encendidas, la gente hacía cola para entrar—. Lleve —le dijo—, tenga cuidado. —Le alcanzó un sobre marrón y después le sonrió y llamó a un taxi. Junior entró en el auto y al terminar de acomodarse le pareció que Fuyita quería decirle algo, porque lo vio hacer señas y mover los labios. Sacó la cabeza por la ventanilla, pero el jockey le hizo un gesto de resignación, porque la vibración de la ciudad ahogaba la voz y en ese momento, además, el coche arrancó por la avenida y se perdió bordeando el parque hacia el oeste.

Junior se recostó en el asiento. En el reloj del Museo eran las tres de la tarde. Abrió el sobre. El relato se llamaba *Los nudos blancos*. Una historia explosiva, las ramificaciones paranoicas de la vida en la ciudad. Por eso hay tanto control, pensó Junior, están tratando de borrar lo que se graba en la calle. La luz que brilla como un flash sobre las caras lívidas de los inocentes en la foto de los prontuarios policiales.

Los nudos blancos

Sabía que la Clínica era siniestra, pero cuando vio aparecer al Doctor Arana se le confirmaron las premoniciones; parecía estar ahí para hacer reales todos los delirios paranoicos. Cráneo de vidrio, las venas rojas al aire, los huesos blancos brillando bajo la luz interna. Elena pensó que el hombre era un imán donde se incrustaban las limaduras de hierro del alma. Ya estaba pensando como una loca. Sentía que de su piel se desprendía un polvo metálico. Por eso iba cubierta con guantes y blusas de manga larga. Sólo la cara al aire, el cutis oxidado de los engranajes exteriores. Le daba asco pensar en la alcuza de lata con la que le echarían gotas de aceite. Para no ver cerró los ojos y empezó a revisar lo que sabía sobre el médico. *Arana, Raúl Ph. D. Psiquiatra. Discípulo de Carl Jung. Estudios en Alemania y en Suiza*. El tratamiento consistía en convertir a los psicóticos en adictos. Las drogas se administraban cada tres horas. La única manera de normalizar un delirio era construirle una dependencia extrema. Venía de dictar un seminario en el M.I.T. sobre «Hypochondria and Phantasies of Pregnancy». Elena se internó con el doble propósito de hacer una investigación y de controlar sus alucinaciones. Estaba segura de haber muerto y de que alguien había incorporado su cerebro (a veces decía su alma) a una máquina. Se sentía aislada en una sala blanca llena de cables y de tubos. No era una pesadilla, era la certidumbre de que el hombre que la amaba la había

rescatado de la muerte y la había incorporado a un aparato que transmitía sus pensamientos. Era eterna y era desdichada. (No hay una cosa sin la otra). Por eso el juez la había elegido para que se infiltrara en la Clínica. Un enfermero la recibió en la entrada; cuando cruzó la reja Elena decidió que iba a decir la verdad. Era una loca que creía ser una mujer policía a la que obligaban a internarse en una clínica psiquiátrica y era una mujer policía entrenada para fingir que estaba en una máquina exhibida en la sala de un Museo. (Sólo tenía que proteger el nombre de un hombre al que ahora llamaría Mac. Cualquier otra cosa, incluida la verdad, sería una invención en la que guarecerse para mantenerlo a salvo).

—Por eso dice que nunca miente —dijo sonriendo el Doctor Arana.

—No dije eso —dijo Elena—, no sea imbécil. Me han pedido que lo investigue, doctor, por eso estoy aquí.

Él se dio vuelta y volvió a sonreír.

—Muy bien —dijo—, venga conmigo.

El pasillo llevaba a las salas de cirugía. Las alfombras de goma impedían el contacto eléctrico y anulaban el roce de las llantas de aluminio. Los árboles del jardín se veían por las claraboyas altas.

—¿Y quién le dio esa misión?

—Un juez —contestó ella.

Las ventanas tenían rejas; en la pared había un retrato de Arana. Muchos de sus pacientes eran pintores que le pagaban con cuadros.

—Le van a allanar esta pocilga —dijo Elena.

—¿Qué es ser una máquina? —preguntó el Doctor Arana.

—Nada —dijo ella—. Una máquina no es; una máquina funciona.

—Muy ingenioso —contestó Arana:

La Clínica era una gran construcción rectangular, diseñada por zonas y pabellones, como una cárcel.

—En esta primera sala están los catatónicos. Se han ido —explica Arana—, técnicamente han pasado al otro lado y no pueden volver.

Las camas parecían cubiertas de cuerpos embalsamados, una serie de momias blancas envueltas en cobijas y mantas, Una mujer sentada en una silla de metal miraba la luz de una ventana. Elena trataba de registrar la disposición de las alarmas y de las puertas falsas. Se iba a escapar no bien consiguiera ver a Mac, pensaba que lo tenían encerrado en un ala al fondo del jardín. Había dibujado un plano en la memoria y el diagrama se iba completando a medida que avanzaba. Trabajaba con una escala de 100 a 2 para que fuera más fácil transmitir la información. Cada zona tenía su propio comando y su propio sistema de vigilancia. Las pequeñas cámaras filmadoras estaban en el techo. Elena imaginó el circuito cerrado y la sala de control. Una vez había visto el centro de inteligencia de la Penn Station de New York. Todos

los pasajeros eran filmados en los pasillos y en los andenes y una mujer policía (una auténtica mujer policía) gorda, maquillada, con lentes negros, vestida de azul, estaba sola en un sótano blanco, rodeada de aparatos de TV; sentada en un sillón giratorio, vigilaba las pantallas que cubrían la pared. Tenía un micrófono pegado a la blusa y por ahí se filtraban su voz y su respiración. En los baños, tipos viciosos se dedicaban a sus vicios; ella espiaba y avisaba a las patrullas que actuaban en la superficie. Tres policías pateaban a un jonkie tirado en el pasillo que llevaba al andén seis (la salida hacia Jamaica Station, en Long Island). En esa área de la Clínica estaba el *Carson Café*. Un bar que tenía el aire de un local de los años cincuenta, con luces bajas y mesas contra la pared. Era el lugar de los expatriados, de los espías, de los periodistas extranjeros, de las mujeres casadas que buscaban aventuras.

—Lo llaman el Salón de las Almas Perdidas —explicó Arana.

Elena encontró un sitio en la barra, quería tomar una cerveza. El barman le sonrió. Tal vez ya la habían inyectado. El paisaje imaginario había sido explorado al máximo por el Doctor Arana; las visiones persona les construían la realidad. La Clínica era la ciudad interna y cada uno veía lo que quería ver. Nadie parecía tener recuerdos propios y el barman la trataba como si fuera una amiga. En el espejo Elena vio la cara de su madre en su casa de Olavarría. Todos adictos, metidos en sus delirios y en sus ghettos, usando sus metáforas herméticas. El tipo que estaba en el costado de la barra la saludó levantando el vaso.

—Me llamo Loca Lombardo —le dijo—. Soy rosarino, me dicen el Tano, me encerraron aquí para protegerme. En la provincia de Santa Fe hicieron un desastre, mataron chicos, mujeres; los hombres tenían que mostrar la palma de las manos, si se veía que eran trabajadores los fusilaban ahí mismo. Sólo quedaron el desierto y el río. Muchos se escaparon a las islas y están en los pajonales. Viven como indios, en las Lechiguanas, en donde sea, calientan agua en un tachito, se hacen mate. Esperan que se vayan los militares.

El Tano hablaba mirando fijo la fila de botellas atrás del mostrador. El bar estaba repleto y un diskjockey ponía discos de «The Hunger» en la victrola. Por la galería circulaba una muchedumbre. Todos muy parecidos, cetrinos, vestidos con cuero y camisas con puntillas. Lumpen de los hoteles de la zona y tensos turistas solitarios a la caza de placeres no señalados en las guías Michelin. Había hombres muy jóvenes o muy viejos que caminaban en olas discontinuas y en direcciones opuestas. Las mujeres, en cambio, vistosas, con sus prótesis y sus ojos melancólicos, permanecían quietas en las esquinas o sentadas en la barra de los bares, como Elena. A esa hora las salas de juego de lógica ya estaban abiertas y en el local de enfrente Elena vio a un jovencito súper-D con anteojos de ocho dioptrías, resolviendo silogismos a una velocidad supersónica. Los cazaba en el aire y anotaba puntos con la elegancia de un pájaro. Su rival era un morocho tímido y sonriente, que hablaba con tonada

paraguaya y era el mejor de la ciudad en la semántica de Frege. Esperaba tranquilo, leyendo una revista de historietas, espiando de costado los logros del súper-D.

—Entonces está dispuesta a colaborar con nosotros —le preguntó el Doctor Arana.

—¿A cambio de qué? —preguntó Elena.

Trataba de ganar tiempo y de armar una línea de defensa. Temía traicionarse a sí misma y ser obligada a informar. Sabía de los que salían a la calle y marcaban a los conocidos. Se ponían máscaras de piel sintética y navegaban durante horas en los patrulleros por el centro de la ciudad.

—A cambio de su curación —le dijo Arana.

—No me interesa curarme, sólo quiero cambiar las alucinaciones. ¿Se puede hacer?

Arana se sirvió agua mineral en un vaso de plástico.

—Podríamos desengancharla —dijo—, pero cuesta mucha plata.

—No me importa la plata —dijo ella.

—Hay que actuar sobre la memoria —dijo Arana—. Existen zonas de condensación, nudos blancos, es posible desatarlos, abrirlos. Son como mitos —dijo —, definen la gramática de la experiencia. Todo lo que los lingüistas nos han enseñado sobre el lenguaje está también en el corazón de la materia viviente. El código genético y el código verbal presentan las mismas características. A eso lo llamamos los nudos blancos. Los neurólogos de la clínica pueden intentar la intervención, habrá que actuar sobre el cerebro.

Iban a operarla. Se sentía lenta y vacía, temió que la hubieran desactivado.

Pensó en el Tano, venía escapando de Rosario, decía que era del ERP, pero ya no existía el ERP y se lo imaginó entrando y saliendo de las clínicas de desintoxicación, perdido en una realidad virtual, refugiado en las pensiones clandestinas y volviendo a caer, eludiendo los controles, viviendo en los subtes. Él era un rebelde y ella era la heroína; la Mata-Hari, un agente doble, la confidente de los desesperados. Tenía que zafar, volver a la calle; vio la pieza del Bajo donde se encontraba con el Tano. Iba a entrar en contacto, él era el único capaz de organizarle la fuga. Pero tenía que olvidar, no podía comprometer los planes. Destruyó el encuentro en el andén de Retiro, los crotos tostando el pan duró en un fueguito, el Tano y ella trepando al tren. Tenía la capacidad de borrar sus pensamientos, como quien se olvida una palabra que está a punto de decir. No iban a poder hacerle hablar de lo que no sabía. Apareció un oficial de marina y al fondo, en el pasillo, le pareció ver gente con armas.

—Ve, capitán —le dijo Arana, esta mujer dice que es una máquina.

—Bellísima —dijo el hombre vestido de blanco. Elena lo miró con desprecio y con odio.

—Vos sos un ex, no hay más que internos aquí.

Arana sonrió y la luz se le deslizó por la piel. Tenía los dientes de aluminio, una costosa corona ultraliviana que sólo hacía el artista Gucci en las clínicas de Belgrano R.

—Tranquila —dijo. Tiene que colaborar con nosotros, si se quiere curar: El capitán la va a ayudar a recordar. Es un especialista en la memoria artificial.

—Señora —dijo el oficial—, nos interesa saber quién es Mac.

Sabían todo. Tenía que huir. Se había dormido, pero ahora estaba despierta, hizo un esfuerzo para seguir adelante. Había empezado a anochecer, la luz de los grandes carteles luminosos llenaba el aire de imágenes y de rostros brillantes. El Tano salía del subte por la escalera mecánica de Diagonal. La brisa de la primavera era apacible y el olor de los tilos en la avenida le produjo una felicidad repentina. Elena se apoyó en la vidriera del Trust Joyero; múltiples relojes marcaban las tres de la tarde. Habían unificado la hora en todo el mundo para coordinar las noticias del telediario de las ocho. Tenían que vivir de noche, mientras en Tokyo salía el sol. Era mejor, los beneficiaba esa oscuridad interminable, tenían casi quince horas para cruzar la ciudad y salir a campo abierto. Imaginó la pampa quieta, las últimas poblaciones como lomas en la lejanía. Ya habían decidido que se irían a vivir con los irlandeses, el Tano sabía cómo entrar en el Delta y encontrarse con los ghettos rebeldes. Le habían hablado de la isla de Finnegans, bien adentro del Paraná, del otro lado del río Liffey, quizá alcanzaran a llegar. Estaba poblada de anarquistas, hijos y nietas de los colonos británicos de Santa Cruz y de Chubut. El Tano avanzaba hacia ella, mezclado con la multitud de empleados y de policías y de inmigrantes bolivianos que venían por Cerrito hacia el sur. Su figura maciza y decidida se destacaba en el mar de las caras anónimas. Todos muertos y quizá ella también, en una cama de hospital.

—Y entonces —dijo Arana—, ¿dónde lo conoció?

—En una pensión de Tribunales —dijo ella.

Estaba asustada. Se acercaban a la verdad, como si siguieran el recorrido del recuerdo de su vida en un mapa; parecían saber más sobre ella que ella misma. Estaba tendida sobre una cama de hierro, tenía la sensación de estar abierta y de sentir el aire helado del ventilador en los huesos. Era la alucinación de las anfetas, pensaba mucho más rápido de lo que podía hablar y las ideas se transformaban en imágenes reales. No podía parar; salía de los sueños hacia otra realidad; se despertaba en un cuarto distinto, en otra vida; estaba loca, no quería volver a dormir. Si pudiera vivir en el insomnio eterno. El nunca dormía; descansaba apenas, pero no dormía, mientras ella estaba en el hospital, la velaba sin atreverse a entrar en el cuarto, se asomaba desde afuera, por los vidrios de la ventana que daba al patio. Pasaba la noche en vela, sentado en los sillones de cretona de la sala de espera. Tenía miedo de que los médicos la inyectaran para anestesiarla y la llevaran a operar Entonces podrían procesar su memoria y desgrabar la información. Mientras ella estuviera en la

máquina, podía vencer a la materia y resistir. «Un cuerpo», decía Mac, «no es nada, sólo el alma vive y la palabra es su figura». Sabía que los anarcos habían infiltrado varios hombres en la Clínica. Le habían dado el nombre de un contacto para situaciones desesperadas. Reyes. Una mujer en el Majestic. Por el momento no quería pensar en, él. Sin embargo, en todos lados le parecía que las letras formaban la palabra «Reyes». El señor Reyes, un traficante y un gángster y un profesor de literatura inglesa. La multitud se agolpaba y no la dejaba avanzar. El Tano estaba ahí, demacrado, taciturno y más melancólico que de costumbre. Se había quedado sin plata, había gastado lo que le quedaba en un taxi. Era el mejor técnico en explosivos que habían tenido nunca y no quería tener problemas con la policía. Elena se le acercó cuando los detuvo la luz roja. Los autos cruzaban Corrientes en ondas discontinuas.

—Hay que llegar a la isla —le dijo sin mirarlo—. Tengo un contacto, pero me vigilan.

—Nos vigilan a todos —le contestó él. Y le sonrió. Cuando sonreía parecía un loco. La miró con los ojos desviados—. Lo primero es entrar en el Museo —le dijo —. Ya no queda nada, está abandonado, son sólo restos.

Estaban en la cortada Carabelas, atrás del enorme edificio de hormigón del Mercado del Plata. Durante la guerra lo habían usado de cuartel y las fotos de Perón se descascaraban en las paredes. Un mundo de refugiados y de vagabundos proliferaba por las galerías. Los gendarmes no se arriesgaban hasta ahí, pero el lugar estaba infectado de agentes del gobierno. Tenía la sensación de estar extraviada, de haber perdido el sentido de la realidad.

—Usted ha perdido el sentido de la realidad —le dijo Arana, como si le leyera el pensamiento. Quizás estaba pensando en voz alta.

—Este es un sitio libre de recuerdos —dijo ella—. Todos fingen y son otros. Los espías están adiestrados para negar su identidad y usar una memoria ajena.

Pensó en Grete, que se había convertido en una inglesa refugiada que vendía fotos en un local del segundo subsuelo. Había sido infiltrada y sepultó su pasado y adoptó una historia ficticia. Nunca más pudo volver a recordar quién había sido. A veces amaba en sueños a un hombre que no conocía. Su identidad verdadera se había convertido en un material inconsciente, episodios en la vida de una mujer olvidada. Era la mejor fotógrafa del Museo; miraba e] mundo con ojos que no eran de ella y esa lejanía salía en las fotos. Tenían que encontrarla, ella podía llevarlos a Reyes. El Talio quiso saber quién era Reyes.

—Es un ex profesor de literatura inglesa que trafica con metadona —le explicó Elena—. Dirige los sanatorios clandestinos y los refugios de desintoxicación.

Grete creía haber sido su mujer en otros tiempos, una chica inglesa de Lomas de Zamora que se había enamorado del joven profesor que dictaba un curso sobre E. M.

Forster y Virgina Woolf. Esa historia justificaba su coartada, era una mujer desilusionada que amaba en secreto a un hombre del que quería vengarse. Tenían que encontrarla. El subsuelo del Mercado del Plata se comunicaba con las calles que cruzaban por abajo de la Nueve de Julio y con los pasillos del subte de la estación Carlos Pellegrini, donde confluían todas las líneas de la ciudad. Ese era un punto de fuga, ahí se nucleaban los refugiados y los rebeldes, los hippies, los gauchos, los espías, todos los ex, los contrabandistas, los anarcos. Para llegar al edificio tenían que atravesar una playa de estacionamiento abandonada, una tierra de nadie entre los refugios y la ciudad. Seguro que ya los habían captado en la cortada y los vigilaban en las pantallas de circuito cerrado. Se vio en la Clínica, en el techo estaba el ojo blanco de una cámara. Le pareció que atrás Arana hablaba con una enfermera. Sintió que se dormía. Estaba demasiado cansada. El Tano la tomó del brazo y la obligó a avanzar casi corriendo entre los parquímetros abandonados. Era como cruzar un bosque. Por los altoparlantes sonaba la banda irlandesa «The Hunger», con su nuevo himno «The Reptile Enclosure». Eran los hijos de los hijos de los rebeldes nacionalistas. Molly Malone, a los diecisiete años, comandaba el grupo y con su garganta de vidrio había logrado convertirse en una cantante súper star. Su hermano Giorgio la seguía en los coros con su cálida voz de tenor, pero desvariaba y hacía rap improvisando sobre los himnos del ejército republicano, alterando la letra de las canciones. La multitud deliraba con la actuación en vivo de Molly Malone. El recital duraba dos horas. Seguramente el personal de vigilancia había conectado sus monitores con la emisión de canal 9. El Tano pensó que andaban con suerte y que quizá lograrían escapar. Tenían una chance contra treinta y seis. Siempre era igual. Le gustaba jugar a la ruleta, porque era una réplica de la vida.

—Vengo de Rosario ——le dijo al coreano que custodiaba la puerta—. Tenemos que pasar. Ella es paciente de Arana.

Tal vez era un policía. Todos trabajan para los servicios y se infiltran y son confidentes y asesinos legales y policías que se inyectan drogas para disimular. (En New York la mitad de los adictos son detectives). Cuanto más crece la criminalidad entre los refugiados asiáticos, más refugiados asiáticos debe reclutar la policía como informantes. La locura del parecido es la ley, pensó el Tano. Parecer igual para sobrevivir. Si era un agente del gobierno, prefirió no darse a conocer. Los hizo entrar y los guió hasta una escalera y después hasta una puerta y otra vez hasta una escalera. Por fin salieron a un largo salón de techo altísimo, Las paredes blancas y los vitrales iluminados producían una impresión de extraña quietud. La música había desaparecido.

—Este es el Museo —dijo el Tano.

Los pabellones se extendían durante kilómetros, con vitrinas que exhibían material del pasado. Elena vio la pieza de una pensión de Tribunales y en una silla

baja vio a un hombre pulsando una guitarra. Vio a dos gauchos que cruzaban a caballo la línea de fortines; vio a un hombre que se suicidaba en el asiento de, un tren. Vio una réplica del consultorio de Arana y vio otra vez la cara de su madre. El Tano la abrazó. También eso lo había visto. El Tano la abrazaba en la sala de un Museo. Vio la réplica del escenario iluminado con Molly Malone cantando con voz de gata el coro de *Ana Livia Plurabelle*.

—Vamos —dijo él—, hay que salir de aquí.

Desembocaron en un taller donde se arreglaban televisores; un viejo de pelo blanco y barba blanca levantó la cara de la microprocesadora. Era Mac. Elena sintió que iba a llorar. El Tano abrió la caja de un televisor microscópico y lo apoyó en el mostrador de vidrio.

—Este aparato es una reliquia de familia —dijo— y quiero conservarlo en uso.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó el hombre, que hablaba con acento alemán.

—Sólo capta los canales del pasado.

El viejo levantó la cabeza.

—Siempre aparece un chistoso —dijo, y siguió conectando los cables de la videograbadora que debía adaptar a un circuito cerrado.

—Ella es Elena —dijo el Tano.

El viejo ajustaba las imágenes en las tres bandas, sus ojos de miope se movían astutamente en los circuitos microscópicos que él mismo había diseñado. La miró y no la reconoció.

—Querernos entrar en la fábrica —dijo el Tano. Una luz suave iluminaba el local, el rumor de los subtes hacía vibrar el techo.

—Es aquí —dijo el viejo.

Un grupo de científicos había desertado de los institutos dedicados a la investigación atómica que se instalaron a mediados de los años cuarenta. Empezaron con un pequeño taller de reparaciones en un garaje abandonado. La fábrica fue creciendo silenciosamente, desperdigada en el desierto y en los pueblos de la provincia.

—Estamos en contacto —dijo—. Esperamos el momento para actuar. Somos cuarenta y tres y vamos a participar en la rebelión. —Abría y cerraba la mano izquierda, como si contara a los científicos de cinco en cinco—. No puedo decir nada más. No conozco a nadie. —Miró a Elena y le sonrió. Después le habló al Tano.

—Ahora llévense este aparato, ya está arreglado. Préndalo.

Las diminutas imágenes titilaron y enseguida se empezó a ver una serie de pequeños talleres de reparación diseminados por todos los pueblos y las ciudades chicas del país. Se veían hombres con guardapolvo blanco desarmando viejas radios y reconstruyendo motores en desuso.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Elena sorprendida.

—Nada —dijo el viejo—. Váyanse de aquí.

Era Mac, pero no la conocía. No se acercó, no quería tocarlo, no quería que él la tocara. El mundo de los muertos, el mapa del infierno de Dante. Círculos y círculos y círculos.

—Entonces —dijo Arana—, usted es una muerta en el infierno. Mire qué inteligente.

—Antes era inteligente —dijo Elena—. Ahora soy una máquina de repetir relatos.

—La idea fija Arana. Con un gesto llamó a su ayudante. Un médico joven, con guardapolvo blanco y guantes de goma, que se inclinó hacia Elena y le sonrió con una mueca infantil.

—Hay que operar —dijo—. Tenemos que desactivar neurológicamente.

—Arregla televisores —dijo Elena.

—Ya sé —dijo Arana—. Quiero nombres y direcciones.

Hubo una pausa, en el consultorio los vidrios blancos del armario reflejaban el vaivén del ventilador.

—Hay un telépata —dijo Elena—. Me sigue y me lee los pensamientos. Se llama Luca Lombardo, viene de Rosario, todos le dicen el Tano. Si digo lo que usted me pregunta, va a hacer estallar las microesferas que tengo implantadas en el corazón.

—No sea imbécil —dijo Arana—. Se ha vuelto psicótica y tiene un delirio paranoico. Estamos en una Clínica de Belgrano, esto es una sesión prolongada con drogas, usted es Elena Fernández. —Se detuvo y leyó la ficha—: Trabaja en el Archivo Nacional, tiene dos hijos.

—Estoy muerta, él me trasladó aquí, soy una máquina.

—Vamos a tener que aplicarle un electroshock —le dijo Arana al médico que tenía cara de bebé.

—Anote —dijo Elena—. En los subsuelos del Mercado del Plata, en el sector que todos llaman Seúl, con los coreanos, vive una fotógrafa inglesa, Grete Müller; trabaja para los rebeldes. —Tenía que entregarla para salvar a Mac. Quizá podía avisarle antes de que llegaran los gendarmes. «No corre riesgos», pensó. La información se había hecho pública. Investigando las imágenes virtuales, había encontrado la forma de retratar lo que nunca se había visto.

—Conocernos —dijo Arana—. Quiero nombres y direcciones.

Todo volvía a empezar: En la ciudad había empezado a amanecer, las luces del Mercado seguían encendidas. También ahí todo volvía a empezar. En el sótano del Mercado, en un laboratorio alumbrado con una lámpara roja, Grete Müller revelaba las fotos que había sacado esa noche en el acuario. En el caparazón de las tortugas se dibujaban los signos de un lenguaje perdido. Los nudos blancos habían sido, en el origen, Marcas en los huesos. El mapa de un lenguaje ciego común a todos los seres vivos. El único rastro de ese idioma original eran los signos dibujados en el

caparazón de las tortugas marinas. Sombras y formas prehistóricas grabadas en esas placas de hueso. Grete amplió las fotos y las proyectó en la pared. La serie de figuras eran el fundamento de un idioma pictográfico. A partir de esos núcleos primitivos, se habían desarrollado a lo largo de los siglos todas las lenguas del mundo. Grete quería llegar a la isla, porque con ese mapa iba a ser posible establecer un lenguaje común. En el pasado todos habíamos entendido el Sentido de todas las palabras, los nudos blancos estaban grabados en el cuerpo como una memoria colectiva. Se asomó a la claraboya en lo alto de la pared y miró hacia la Avenida Nueve de Julio. Los autos declinaban a esa hora de la mañana, toda la actividad de la ciudad era nocturna. Tal vez podría por fin dormir y dejar de soñar con el Museo y con la máquina y con la proliferación de las lenguas que se mezclaban y se confundían hasta hacerse incomprensibles. Son mundos olvidados, pensó, ya nadie conserva la memoria de la vida. Vemos el futuro como si fuera el recuerdo de una casa de la infancia. Tema que llegar a la isla, descubrir la leyenda de la mujer que iba a venir a salvarlos. Tal vez, pensó Grete, está quieta en la arena, perdida en la playa vacía, como una réplica rebelde de la Eva futura.

III. Pájaros mecánicos

1

Junior se despertó sobresaltado. El teléfono había sonado otra vez a medianoche, la misma mujer que lo tomaba por otro y le contaba la triste historia de su ex marido. Un tipo al que llamaba Mike se había ido a Mar del Plata a trabajar de sereno en un hotel que en invierno estaba fuera de uso. Lo encontraron muerto una mañana y la música de la radio prendida lose guió a través de los cuartos y cuartos vacíos, hasta que por fin apareció en una pieza con las persianas clausuradas. La mujer dijo que primero pensaron que era un suicidio, después pensaron que lo habían matado los servicios; su ex marido venía escapando de la desbandada, era del ERP 22, un trotsko-peronista. Trotsko-peronizta, dijo la mujer, y enseguida bajó la voz y le habló de la Clínica. Venía de pasar dos meses ahí, dijo, en la cárcel, en la colonia. Estaba rehabilitada, ahora se llamaba Julia Gandini. Se imaginó a la mujer hundida en una realidad falsa, metida en una memoria ajena, obligada a vivir como si fuera otra. Ese tipo de historias circulaba por toda la ciudad, ahora la máquina incorporaba materiales de la realidad. Julia le dijo que nadie la seguía, que tenía dieciocho años, que quería verlo.

—Con la mitad de la información que yo tengo —le dijo—, podés hacer una edición especial del diario.

Lo tuteaba como si fueran amigos y se reía con una risa limpia, despreocupada.

Se citaron en un bar, en la estación Retiro.

—¿Y cómo hago para conocerte?

—Tengo cara de ruso —le dijo Junior—. Soy igual a Michael Jordan, pero blanco.

—¿Michael Jordan? —dijo ella.

—El que juega en los Chicago Bulls —dijo Junior—. Tengo la misma cara.

—Nunca miro la TV —dijo la chica.

Junior pensó que había estado internada y no captaba las referencias, como si viviera en otra realidad. Pero quería verla, no tenía muchas alternativas. Había andado por los sótanos del Mercado del Plata, había buscado información en los cementerios de noticias, había hecho transas en los bares del Bajo donde vendían documentos falsos, relatos apócrifos, primeras ediciones de las primeras historias. Su pieza estaba llena de papeles, anotaciones, textos pegados en las paredes, diagramas. Grabaciones. Buscaba orientarse en esa trama fracturada, entender por qué querían desactivarla. Algo estaba fuera de control. Se habían filtrado una serie de datos inesperados, como si los archivos estuvieran abiertos. No revelaba secretos, porque a lo mejor ni los conocía, pero daba señales de querer decir otra cosa distinta de la que todos esperaban. Habían empezado a entrar datos sobre el Museo y sobre la construcción. Estaba diciendo algo sobre su propio estado. No contaba su historia,

pero permitía reconstruirla. Por eso iban a sacarla de circulación. Filtraba datos reales, la clave era la historia del Ingeniero Richter, así lo llamaba Fuyita. Quería entrar en contacto, estaba seguro de que el relato de la Clínica era una transposición. Quizá la chica podía ayudarlo a avanzar en esa línea. Tal vez era un dato insignificante en una trama que tenía otro sentido. Pero era posible que lo ayudara a procesar la información y a poner al día el pasado. Había pasado dos noches casi sin dormir desde que salió del Museo: Entraba y salía de los relatos, se movía por la ciudad, buscaba orientarse en esa trama de esperas y de postergaciones de la que ya no podía salir. Era difícil creer lo que estaba viendo, pero encontraba los efectos en la realidad. Parecía una red, como el mapa de un subte. Viajó de un lado al otro, cruzando las historias, y se movió en varios registros a la vez. Y ahora estaba en un bar de Retiro, comiendo salchichas y tomando cerveza y esperando ver llegar a la chica del teléfono. Un viejo baldeaba el andén vacío y el movimiento recién empezaba. La estación Retiro estaba casi fuera de uso y los trenes al Tigre funcionaban con una periodicidad incierta. Una mujer se le acercó para preguntarle si las líneas todavía andaban. Eran las seis de la mañana y la ciudad empezaba a tomar ritmo, tenía que estar atento a los movimientos sin parecer demasiado inquieto. Vigilaba la salida del subte y el hall; los ojos, como pequeñas cámaras clandestinas, fotografiaron al instante el movimiento del auto que acababa de detenerse en la entrada de uno de los andenes para descargar los diarios de la mañana. Era la segunda edición del día. No sabían qué decir y acumulaban las noticias. Las patrullas controlaban la ciudad y había que estar muy atento para mantenerse conectado y seguir los acontecimientos. Los controles eran continuos. La policía tenía siempre la última palabra; podían retirarle el permiso de circulación; podían negarle el acceso a las conferencias de prensa; hasta podían retirarle el permiso de trabajo. Estaba prohibido buscar información clandestina. Confiaba en Julia, esperaba verla aparecer. Tal vez decía la verdad, tal vez venía con una patrulla. Existía una extraña disparidad en la conciencia de lo que estaba pasando. Todo era normal y a la vez el peligro se percibía en el aire, un leve murmullo de alarma, como si la ciudad estuviera a punto de ser bombardeada. En medio del horror la vida cotidiana siempre prosigue y eso ha salvado la cordura de muchos. Se perciben los signos de la muerte y del terror, pero no hay visiones claras de una alteración de las costumbres. Los ómnibus paran en las esquinas, los negocios funcionan; algunas parejas se casan y hacen fiestas, no puede ser que esté pasando nada grave. Se ha invertido la sentencia de Heráclito, pensó Junior. Tenía la sensación de que todos coincidían en soñar el mismo sueño y cada uno vivía encerrado en una realidad distinta. Ciertos comentarios y cierta versión de los hechos le hicieron recordar los días de la guerra de las Malvinas. Los militares argentinos habían perdido la guerra y nadie lo sabía. Las mujeres tejían abrigos para los conscriptos en tiendas improvisadas en la plazoleta del obelisco. Todas las

certezas son inciertas, ironizó Junior, hay que vivirlas en secreto, como una religión privada; costaba tomar decisiones y deslindar los hechos de las falsas esperanzas. Se había sentado en un puesto de sándwiches, bajo el alero que daba a la plaza de los ingleses. Comía un hot-dog y tomaba un chop y leía distraídamente el diario. La TV transmitía un programa especial sobre el Museo. Basura política. En el aire flotaba el humo de la grasa y sin embargo el lugar era agradable y la presencia de los choferes en el mostrador y el cajero de saco negro, que en ese momento buscaba cambio en la caja registradora, animaban a Junior. Un tipo le habló como si lo conociera de toda la vida. Algo había pasado con el sentido de la realidad. El tipo hablaba con su hermano, pero no había ningún hermano.

—El Presidente es un adicto y no le importa que se sepa. Los adictos no tienen vergüenza, no puede haber vergüenza si no hay libido sexual —decía.

—Claro —dijo otro, también sentado a la barra—. Una vez mi mujer se quedó en casa una semana porque tenía una verruga de este tamaño —mostró la punta del meñique. Una semana. No quería salir porque decía que estaba desfigurada.

—Estaba llena de libido sexual —dijo el cajero.

—Una semana sin salir.

—Y Perón con todas esas manchas y esos lamparones en la cara, que le decían el manchado y aparecía por todos lados y se hacía fotografiar de cerca, al aire libre, la cara de cuero.

—El que tiene poder, si tiene poder, quiere, que lo miren.

—Porque la política es un espejo —dijo el otro—. Caras y caras que aparecen y se miran y se pierden son sustituidas por otras que aparecen y se miran y se pierden:

—Se traga las caras —dijo el que había hablado primero.

—Pero el espejo siempre esta ahí —dijo el otro, y metió la cabeza entre los brazos apoyados en el mostrador—. Dame otro chop. ¿Quiere otro, socio? —le dijo a Junior.

—No, ya está —dijo Junior, y en ese momento vio aparecer a la chica y la reconoció inmediatamente. Venía por el fondo del andén y enseguida le sonrió.

—Ahora —dijo el cajero—, la verdad que un espejo es una televisión.

—Exacto —dijo el otro—. Un espejo que se guarda las caras.

—Las tiene todas adentro y cuando uno se mira ve la cara de otro.

—Eso es lo lindo —dijo el cajero, y se quedó pensativo.

—Me voy —dijo Junior, y dejó plata en el mostrador—. Una vuelta para todos.

Hubo agradecimientos y saludos mientras él se bajaba de la banqueta y caminaba hacia la chica.

Salieron de la estación y cruzaron hacia la plaza San Martín. La chica era muy atractiva, pero distante, y se desprendía de ella un aire de pasividad, casi de

indiferencia. Como si no hubiera nada en el mundo que tuviera importancia. Apática. O tal vez asustada, pensó Junior. Rara y bellísima, con la remerita de Mickey Mouse y los jeans gastados. Enseguida le recitó la lección. Mike estaba equivocado y había muerto porque la violencia genera violencia. Había vivido en la clandestinidad, había comandado varias acciones armadas, se había replegado, cambiando de casa dos veces por día, hasta que había caído. «Yo en el 73 interpretaba la realidad impulsada más por la emotividad que por la lógica política. Hoy mi visión del pasado es totalmente distinta. Vivíamos el fanatismo ideológico. Creo que la revisión no tiene que ser a partir de estos últimos años, sino que va mucho más allá. Crecimos a partir de una cultura política y una conciencia civil equivocada. Tuvimos que pasar por esta hecatombe para darnos cuenta del valor de la vida y el respeto de la democracia». Repetía la lección como un lorito, con un tono tan neutro que parecía irónico. Era una arrepentida. Había participado en los grupos de autoayuda y no se podía saber si era sincera o si estaba esquizofrénica. Caminaba abstraída y de vez en cuando levantaba la cara y miraba a Junior.

—¿Te gusto? —le preguntó de golpe. Sin transición se apretó contra él y enseguida se soltó y caminó pegada a la vereda. La historia de su vida era el modo que tenía de hacerse querer, pasaba enseguida a la sumisión y a las confesiones. Se veía que era ingenua y crédula, pero no era tonta. Frágil y flexible, podía ser su hija.

—Claro —dijo Junior, y le apareció una extraña emoción. Había pensado en su hija, porque podía ser su hija que había vuelto, como tantos, diez años después. Catorce años después. Pero no era su hija y por eso Junior tenía una sensación rara. Se parecía a la emoción y sin embargo tenía una cualidad fría, de modo que quizá no fuera en absoluto una emoción. Sencillamente le gustaba que lo vieran caminar con la muchacha y que imaginaran que se acostaba con ella. Estaba asombrado de sí mismo, de lo simple que era todo—. Te escapaste de la Clínica —le dijo.

—Nadie se escapa de ahí —dijo ella—. Una va porque quiere, cuando no te podés descolgar tenés que ir. La fuerza de voluntad no existe, si entras en ésa perdés, es una 'gansada que inventaron para que una se masacre.

No era tonta, volvió a pensar Junior, sólo era inexperta. Quería ayudarlo y se lo dijo enseguida. Había leído las notas de Junior, él no conocía toda la verdad, ella venía de ahí.

—¿De dónde? —le preguntó Junior.

—No te hagas el gracioso —le contestó. Ninguna referencia común; todo era a la vez igual y distinto, como si hablaran dos lenguas.

Junior tenía que moverse con calma, dejarla que tomara la iniciativa.

—Me gusta por acá —le dijo cuando se sentaron en un banco que daba al Círculo Militar—. Territorio enemigo. Vos ves los lugares que tienen, siempre encerrados, se meten en esas galerías y se pasan la vida en la pedana. Yo los he visto —dijo—. Mi

papá era militar. Practican esgrima y después te matan a tiros. ¿Sabés lo que arriesgo yo por estar aquí con vos?

—Claro que sé —dijo Junior.

Prefirió seguir callado, dejarla desarrollar su estrategia.

—Yo voy a confiar en vos —le dijo ella. Por eso te llamé. ¿Conocés al Ingeniero?

—Sí. Quiero decir, me hablaron, nunca lo vi.

—¿Querés verlo?

—Claro —dijo él.

—Tomá —le dijo—. Esto es para vos.

Era un sobre de papel, de avión doblado al medio.

—No lo abras —le dijo—. Guardalo, después lo abrís.

—Lo guardo —dijo Junior, y metió el sobre en un bolsillo de la campera.

—¿De dónde, lo conocés? —le preguntó ella—. Todo el mundo habla de él. Pero vi al sereno del Museo, un japonés, Fuyita.

Cuando Junior le contó lo que sabía, ella le confirmó que el Ingeniero vivía en lo que era prácticamente una fortaleza subterránea y que vivía encerrado y hacía planes y no se metía con nadie y era un hombre afable y muy inteligente. Estaba acorralado, porque las autoridades querían encarcelarlo y acusarlo de irresponsabilidad y de locura criminal.

—El Ingeniero no duerme nunca —dijo ella—, vive para sus experimentos. Y por eso dicen que está loco.

Junior quiso saber qué eran los experimentos.

—Verbales —dijo ella—. Pruebas con relatos de vida, versiones y documentos que le lleva la gente para que él los lea y los estudie.

El Ingeniero recibía muchas cartas y llamados, querían entrevistarlo de todos lados. Junior tenía que confiar en la suerte y en los contactos que Julia podía conseguir. Iban a entrar por la red clandestina, mientras todos los corresponsales extranjeros y los diarios oficiales esperaban turno. Había que buscar un lugar donde esconderse y esperar hasta el otro día. Le hablaba con tanta lucidez, en un tono tan indiferente, que él terminó por pensar que estaba diciendo la verdad. Durmieron juntos en un hotel de la calle Tres Sargentos, después de comer en el Dorá. Julia parecía a la vez distante y experimentada. Se desnudó y lo abrazó antes de que Junior hubiera terminado de revisar la pieza. Había algo lejano pero real en la chica, que tenía el cuerpo lleno de cicatrices y se movía en la cama con habilidad, como una profesional que finge estar asustada. Junior tenía que esperarla en el hotel, le dijo mientras fumaba un cigarrillo, ella iba a traer un contacto. Era peligroso, pero se tenía que arriesgar si quería seguir adelante y se arriesgó. De ese modo se dejó enganchar, pero no se arrepentía. A la mañana lo despertaron los golpes en la puerta; le dijeron que era una requisa de rutina. Julia, que venía con los policías y que quizá lo había

entregado, lo miró como si no lo conociera. La vio fumando otra vez de cara a la ventana, como si todavía no se hubiera ido. Los tipos de Narcóticos la traían acusada de tráfico y revisaron a fondo la pieza y la ropa de Junior.

—Usted es inglés —dijo el policía.

—Hijo de ingleses —dijo Junior.

—Trabajó en la serie sobre el Museo, en *El Mundo*.

—Trabajo todavía y tengo mis fuentes a disposición. Si quiere llamar al diario.

—Una pregunta de rutina —dijo el comisario—. ¿Quién ganó la guerra?

—Nosotros.

El comisario sonrió. Querían controlar el principio de realidad.

—Gracioso. ¿Nosotros quiénes?

—Los kelpers —dijo Junior.

El comisario lo festejó y se, dio vuelta, divertido, hacia uno de sus ayudantes. Después bajó la cabeza y miró a Junior.

—¿Sabe que esta chica es Artículo 22?

—¿Artículo 22?

—Prostitución callejera.

—Por eso vino conmigo —dijo Junior—. Cien dólares la noche.

—Prefiero que la gente no me toque —dijo la chica siempre con su aire ausente, cuando el comisario se acercó—. Me gano la vida a mi manera, no me interesa otra cosa.

—No la toco. El problema con ella no es político. Alucina.

Ahora había una mujer en la patota, una gorda con cara de malvada de serie de TV, ni siquiera una nazi, algo peor, más mecánico y suave.

—Estás enferma, nena —dijo—. Vas a un hospital. Te van a hacer una cura.

—¿A qué hospital? —dijo la chica.

—El neuropsiquiátrico de Avellaneda.

—Guachos —dijo la chica—. Déjenme llamar a un abogado.

Cuando supo lo que le esperaba, tuvo un shock y se quedó inmóvil y reconcentrada. Después se apoyó en la pared y cerró los ojos. Había aprendido a economizar fuerzas y se preparaba sin ilusiones para enfrentar lo que venía.

—Ella cree en el Ingeniero, pero se trata de una ilusión. El Ingeniero murió hace años, no existe ninguna fábrica, ella es incapaz de aceptar la realidad. Está psicótica —dijo el comisario—. Estuvo internada en el Santa Lucía desde que tiene siete años, es esquizo-anarcoide. Ese hombre no existe, es un médico al que ella llamaba el Ingeniero, no hay nada, sólo una clínica. Sueña que se mueve en ese mundo marginal, como una enviada, cuando en realidad es una prostituta que pasa información a la policía.

—Quizá, quizá, quizá —cantó Julia—. Él está ahí —dijo—. Cuando me suelten te

voy a llevar.

—¿Se da cuenta? Está perfectamente adaptada al mundo exterior, con excepción de esa idea fija. Nunca desaparecerá, le es indispensable en el equilibrio de su vida. Pero tiene que relacionarse con la realidad, no con la fantasía. Y nosotros estamos para eso. Pensar que en este país está escondido un físico de fama mundial. Es una idea inofensiva y la ayuda a sobrevivir. Pero es falsa y no debe ser divulgada. Vive en una realidad imaginaria —dijo el comisario—. Está en la fase externa de la fantasía, es una adicta que vive huyendo de sí misma. Introyecta sus alucinaciones y debe ser vigilada. —La policía usaba ahora esa jerga lunática, a la vez psiquiátrica y militar. De ese modo pensaba contrarrestar los efectos ilusorios de la máquina. Junior recordó las opiniones de su padre sobre los delirios de simulación y pensó que el comisario tenía una cualidad de aislamiento, de perversión, como si por estar allí, solo en la oficina, se hubiera excluido del mundo.

—La policía —dijo— está completamente alejada de las fantasías, nosotros somos la realidad y obtenemos todo el tiempo confesiones y revelaciones verdaderas. Sólo estamos atentos a los hechos. Somos servidores de la verdad.

Junior lo miró sin contestar.

—Lo voy a dejar libre —dijo el comisario— después de verificar unos datos.

—¿Y la chica?

—La chica se queda, usted sale. Siempre hay que hacer algún trueque.

—No me gusta —dijo Junior.

—No le pregunté qué le gustaba, sino cuáles eran sus fuentes.

Hicieron una llamada al diario y enseguida lo dejaron libre. No pudo ver a Julia y sólo le permitieron dejarle cigarrillos y un poco de plata, aunque estaba seguro de que se la iba a robar el mismo guardia que se la recibió. Junior salió a la calle, los ómnibus cruzaban hacia el suburbio de la ciudad cargados de hombres y de mujeres que salían del trabajo. Estaba en la esquina de Paraguay y Maipú. La chica no lo había denunciado, había caído por drogas. La policía no se había molestado en requisarle el papel que ella le había dado, ni siquiera habían abierto el sobre. Era una especie de ficha azul, con unos pocos datos escritos a máquina. Había algunas referencias al Ingeniero Richter, un físico alemán. Había vivido en Monte Grande hasta 1967. Después numeraciones y citas de varios relatos, en especial de *Stephen Stevensen*. Ese era el punto de partida.

2

Pasó dos días metido en su cuarto. Revisó otra vez toda la serie de relatos. Había un mensaje implícito que enlazaba las historias, un mensaje que se repetía. Había una fábrica, una isla, un físico alemán. Alusiones al Museo y a la historia de la construcción. Como si la máquina se hubiera construido su propia memoria. Esa era la lógica que estaba aplicando. Los hechos se incorporaban directamente, va no era un sistema cerrado, tramaba datos reales. Por lo tanto se veía influido por otras fuerzas externas que entraban en el programa. *No sólo situaciones del presente*, pensó Junior. Narra lo que conoce, nunca anticipa. Volvió a *Stevensen*. Ya estaba todo ahí. El primer texto mostraba el procedimiento. Tenía que buscar en esa dirección. Investigar lo que se repetía. Fabrica réplicas microscópicas, dobles virtuales, William Wilson, Stephen Stevensen. Era otra vez el punto de partida, un anillo en el centro del relato. El Museo era circular, como el tiempo en la llanura. Volvió al relato, al comienzo, a la frase inicial de la serie. «Me llamo Stephen Stevensen. Soy nieto y biznieto y tataranieto de marinos. Sólo mi padre fue un desertor y por eso vivió toda la vida con la misma mujer y murió como un miserable en un hospital de Dublín. (El padre de Stevensen se había negado a entrar en la marina británica quebrando la antiquísima tradición familiar y se había convertido en un nacionalista irlandés. La madre era de ascendencia polaca: Una mujer sarcástica y elegante que pasaba los veranos en Málaga o en el British Museum). Stevensen había nacido en Oxford y todas las lenguas eran su lengua materna. Tal vez por eso le creí la historia que me contó y por eso estoy aquí, en esta estancia perdida. Pero si la historia que me contó no es cierta, entonces Stephen Stevensen es un filósofo y un mago, un inventor clandestino de mundos, como Fourier o *Macedonio Fernández*».

Junior empezaba a entender. Al principio la máquina se equivoca. El error es el primer principio. La máquina disgrega «espontáneamente» los elementos del cuento de Poe y los transforma en los núcleos potenciales de la ficción. Así había surgido la trama inicial. El mito de origen. Todas las historias venían de ahí. El sentido futuro de lo que estaba pasando dependía de ese relato sobre el otro y el porvenir. Lo real estaba definido por lo posible (y no por el ser). La oposición verdad-mentira debía ser sustituida por la oposición posible-imposible. El manuscrito original se enroscaba en un tambor de lata. Le costaba leer con los anteojos. Cada vez estoy más miope, pensó Junior, y acercó su cara ala caja de vidrio: Parecía la cinta de una teletipo. «Llegué aquí por primera vez el miércoles cuatro de mayo a las tres de la tarde, en un tren que seguía viaje a Pergamino. Vine invitado por la Academia Pampeana y el Jockey Club a residir tres meses en la estancia y conocer los proyectos de la sociedad científica.

Soy médico (y escritor), estoy en este pueblo desde hace meses. Quiero conocer al Doctor Stevensen. Él es uno de los mayores naturalistas ingleses de este siglo, argentino por opción, descendiente de los viajeros y los investigadores europeos que vinieron a estos campos a estudiar las costumbres de los nativos. Yo admiraba sus, libros, había leído su maravilloso *Pájaros mecánicos* y también sus ensayos de biología y su extraordinario *Viaje blanco*. Hace tanto tiempo ya, que ahora todo me parece irreal. Pero quizá no tendría que hablar de irrealidad, sino de inexactitud. La verdad es precisa, como la circunferencia de cristal que mide el tiempo de las estrellas. Una leve distorsión y todo se ha perdido. Mentir ya no es una alteración de la ética, sino una falla en una especie de máquina a vapor del tamaño de esta uña. Quiero decir (decía Stevensen), la verdad es un artefacto microscópico que sirve para medir con precisión milimétrica el orden del mundo. Un aparato óptico, como los conos de porcelana que los relojeros se ajustan en el ojo izquierdo cuando desarman los engranajes invisibles de los complejísimos instrumentos que controlan los ritmos artificiales del tiempo. Stephen Stevensen ha dedicado su existencia a construir una réplica en miniatura del orden del mundo. Como si hubiera intentado estudiar la vida en una pecera seca: los peces boquean durante horas en el aire transparente. En realidad decidió (creo) que yo formaba parte de sus experimentos y quiso estudiar mis reacciones. Ahora comprendo que me vigilaba, que estuve bajo su observación desde que llegué. O incluso antes, desde que tomé el tren en La Plata, y tal vez desde el momento mismo en que salí de mi casa. Él había residido inmediatamente antes que yo en el viejo casco de la estancia La Blanqueada. La mañana en que llegué me dejó la casa y se fue a vivir al Hotel Colón, con todos sus papeles y sus máquinas. No volvió a Buenos Aires, prolongó su estadía en el pueblo usando un pretexto trivial (referido a su hermana). La presencia invisible de Stevensen me acompañó desde el momento mismo en que entré por primera vez en la casona. Me sentí como quien se introduce subrepticiamente en el alma de un extraño y hurga en la noche buscando descubrir sus secretos. Al principio pensé que, con un descuido aristocrático, Stevensen había dejado sus huellas por toda la casa; ahora sé que no fue un descuido. Esta es una lista provisoria de los objetos que encontré al recorrer la casa el primer día».

El relato exhibía los rastros de Stevensen. Junior encontró el saco negro, con coderas de cuero, que colgaba de una percha en un ropero de campo. Encontró una lupa, un horario de trenes, un anillo con un monograma y una barra de lacre. En el escritorio estaba el borrador de la segunda página de una carta de Stevensen, escrita con tinta azul en una hoja de cuaderno: «Me gusta este lugar, porque ha quedado fijado el momento preciso en que fue reconstruido. Me parece vivir en otro tiempo, como si fuera el paisaje de la niñez, pero también el paisaje abstracto y anónimo que

se les aparece a los viejos en los sueños. El pueblo fue totalmente destruido durante la guerra». Las imprecisiones formaban parte de la construcción de la historia. No se podía ajustar a un tiempo fijo y el espacio era indeciso y a la vez detallado con precisión minuciosa. Había un plano del campo y una fotografía de la estación de Necochea. El pueblo quedaba cerca de Quequén y los límites de la estancia llegaban hasta el mar. En la pared del fondo vio la foto del casco, con la galería techada y el aljibe. Sobre una mesada de arena había una réplica en escala del establecimiento, con los alambrados y la tranquera, la casa larga, el galpón de los peones, los corrales que daban a las vías del ferrocarril. Si levantaba el techo de madera veía la disposición de las habitaciones en la casa. Un pasillo, los cuartos corridos que daban a un patio, la cocina, la larga mesa de caballetes. En la otra pared había un mapa del pueblo con las calles numeradas, que terminaban en el puerto; a la izquierda vio la dársena y el faro y a la derecha el camino arbolado que llevaba al Hotel Colón. En un costado estaba el fonógrafo de Stevensen, con un grabador y una radio.

Junior pensó en su padre, otro inglés perdido en la pampa que coleccionaba aparatos de radio y construía receptores de alta potencia para seguir las emisiones de la BBC. Inventores ingleses, ingenieros de trenes, científicos europeos exiliados después de la guerra. Junior volvió a la historia de Richter, el físico alemán que había llegado invitado por Perón. No era el único al que podía estar referido el relato. Muchos científicos habían estado trabajando en la Argentina desde comienzos de siglo. En el tercer tomo del *Dictionary of Scientific Biography* encontró la pista alemana que estaba buscando. «La Universidad Nacional de La Plata, a sesenta kilómetros al sur de Buenos Aires, recibió desde las primeras décadas del siglo un gran número de investigadores europeos de altísimo nivel. Entre ellos Emil Bosse, el antiguo redactor jefe de la revista *Physikalische Zeitschrift*; la mujer de Bosse, Margrete Heiberg, que había seguido sus estudios posdoctorales en Gotinga; Konrad Simons, un físico que había trabajado con Plank y Richard Gans, por entonces una autoridad en el campo del magnetismo terrestre». Estaba seguro de que uno de ellos había sido Stevensen, estaba seguro de que ése era el nombre secreto del Ingeniero que había trabajado con Macedonio en la programación de la máquina. Junior se acercó a la ventana y abrió la cortina. Afuera estaba la ciudad. La calle vacía, las luces prendidas, la boca del subte en la vereda de enfrente. Podía hablar con Ana. Ella lo iba ayudar. Cuando murió su padre se despidió del mundo académico, donde enseñaba filosofía, y transformó la librería que su abuelo había fundado en 1940 en el mayor centro de documentación y de reproducciones del museo de la novela que había en Buenos Aires. Tenía todas las series y todas las variantes y las distintas ediciones y vendía las cintas y los relatos originales.

Algunos sospechaban que la misma Ana tenía conexiones clandestinas con la máquina. Que distribuía los apócrifos y las falsas versiones y formaba parte de los

grupos de contrainformación que vendían réplicas, copias hechas en laboratorios armados en garajes clandestinos del suburbio. Nunca le habían podido probar nada, pero la vigilaban y de vez en cuando le clausuraban el negocio. Querían intimidarla, pero ella seguía peleando, porque era altiva y rebelde, una reina en la corte secreta de la ciudad. Junior la había conocido en otros tiempos; era el tipo de mujer que siempre le había gustado, inteligentísima y frontal. Verla era quedar fichado, pero Junior ya estaba fichado y no podía esperar ninguna protección legal. Mejor no avisar en el diario que iba a ir a verla, prefería moverse libre mientras pudiera.

Se bajó en la Nueve de Julio: Los pasillos estaban cubiertos de puestos y kioscos de lata donde vendían miniaturas y revistas de la guerra. Jóvenes conscriptos se detenían ante los pornoshops y los microcines, las galerías de tiro al blanco, los bares baratos con fotos de rubias semidesnudas, las agencias de Lotería. Al fondo había galpones de lata y locales que se habían ido acumulando en los corredores, aprovechando el tránsito continuo de los que viajaban en subterráneo. Los jóvenes habían invadido los salones, con sus crestas y sus Levis rotos, las navajas en la funda de las botas, hacían sonar el heavy metal en los audios, vestidos con las poleras negras de Metrópolis. Tomando una de las galerías laterales se llegaba a un hall que conectaba directamente con la salida. Era como una campana de silencio, con una claridad nublada que bajaba de la calle. En un costado había una relojería y del otro lado estaba el negocio de Ana Lidia. Golpeó la pared de vidrio y al rato se encendió una luz al fondo. Ella salió a abrirle con su acostumbrado estado de relajado fatalismo. Usaba pantalones de terciopelo, chaleco de varón, pulseras contra el cáncer, ahora estaba peinada como el Príncipe Valiente, todo muy *new age*, pura máscara snob. Cultivaba un aire levemente psicótico y jamás se sorprendía al verlo, aunque hiciera meses que él no aparecía. Como el techo era muy alto y conectaba con el subte hacía frío en el local. Los libros se amontonaban sin orden y el lugar le produjo una instantánea sensación de bienestar. Una gran foto de Macedonio Fernández cubría la pared del fondo. Del otro lado de una cortina de cuentas estaba la pieza. La TV sobre la mesa de noche, muchos platos de comida sucios haciendo un círculo cerca de la cama. Dos botellas de Black and White en una banqueta. Ella se sentó en el suelo y siguió mirando la TV. No envejecía nunca. Usaba lentes azules de contacto y en el brazo se le veía el tatuaje del Museo. Junior se alegró al ver que seguía viviendo su vida sin fingir interesarse por él. Que no le preguntara qué había estado haciendo, ni cómo le había ido, ni dónde se había metido. La última vez se habían besado contra la escalera y de golpe Ana le dijo que soltara. Te estás hundiendo, Junior, le había dicho. Trabajaba en el diario, escribía basura, se volvía cínico. No quería verlo más. Él se había reído. ¿Quién te crees que soy? ¿El Titanic? Todos nos estamos hundiendo, nena. Se acordó de la mujer en el Majestic. Era lo

mismo. Ana tampoco salía nunca de su guarida. Siguió comiendo su plato de ravioles y mirando el canal mexicano en, la TV.

—Leí tus notas —le dijo—. Estás ciego.

—¿Por qué? Es un anzuelo —dijo Junior—. Publico todo. En el diario quieren hacer un poco de ruido a ver si reaccionan.

—No van a reaccionar —dijo ella—. Quieren sacarla de circulación. Van a clausurar el Museo. —Levantó la cara del plato y lo miró con sus ojos azules—. ¿Sabés lo que están por hacer?

Junior se pasó el dedo por la garganta.

—Sip —dijo ella—. La quieren archivar, mandarla al museo de Luján, lo que sea con tal de que la gente se olvide.

—Y la gente se olvida.

—No creas. He visto varios xerox de relatos de los años cincuenta, versiones de la guerra, historias de ciencia ficción. Realismo puro.

—Muchos son apócrifos.

—Vos te crees lo que escribís —dijo Ana.

Tomaba whisky en el vaso de dentífrico. Eran las tres de la tarde.

—Estoy recibiendo llamadas bastante raras —dijo Junior—. Me encontré con una mujer en el hotel Majestic, el otro día. Ubicás a Fuyita. Trabaja en el Museo. Una especie de jefe de seguridad. Estuve con él —dijo Junior—. Me pasó material.

—Ahá —dijo Ana—. Lo vas a publicar.

—No sé —dijo Junior—. Alguien está vendiendo copias falsas en un taller de Avellaneda. Es un garaje en avenida Mitre, arreglan televisores pero trabajan con la serie política.

—Conozco —dijo ella.

—Peronistas. Ex peronistas, tipos de la resistencia. Estoy tratando de seguir la pista del Ingeniero.

—¿Es cierto que sos de Bolívar? —le preguntó de golpe Ana.

—No soy —dijo Junior—, viví un tiempo, de chico, cerca de ahí, en Del Valle, había un convento.

—Ahá —dijo Muchos se están escapando al campo. Ya no el sur, el valle, sino la pampa misma. Levantan una tapera y siembran, se conectan por radio. Se mueven de un lado a otro. Andan con esos autos destartalados, tienen receptores de onda corta. Difícil encontrar a un tipo que se esconde en la llanura pelada. Los viejos crotos hacían eso. Anarquistas, filósofos, místicos, cuando vino la mano dura, se largaron a la vía, linyeras, dijo después, Macedonio anduvo también por esos campos. Llevaba una libretita y escribía sus cosas.

Hubo una pausa, ella se asomó a la ventana. El local de la librería estaba en sombras y las estanterías se destacaban en la penumbra como excavaciones oxidadas.

—La quieren desactivar —dijo Ana—. Dicen que van a llamar a los japoneses.

—Técnicos japoneses, lo único que nos falta —dijo Junior. Se los imaginó entrando en el Museo, cortando las comunicaciones, aislando la sala blanca. Habían publicado unas fotografías tomadas con células fotoeléctricas, Todos los tejidos estaban bien. Sin embargo, algo se estaba muriendo.

—Ha empezado a hablar de sí misma. Por eso la quieren parar. No se trata de una máquina, sino de un organismo más complejo. Un sistema que es pura energía. En uno de los últimos relatos aparece una isla, al borde del mundo, una especie de utopía lingüística sobre la vida futura. Un sobreviviente construye una mujer artificial. Es un mito —dijo. Ana—, un relato fantástico que circula de mano en mano. El náufrago construye una mujer con los restos que le trae el río. Y ella se queda en la isla después que él muere, esperando en la orilla, loca de soledad, como la nueva Robinson.

En la pantalla del televisor sin sonido se veía la panorámica de una calle con edificios de vidrio, en una ciudad que parecía Tokyo o quizá São Paulo. Junior vio carteles escritos en español y un kiosco de diarios en una esquina. La ciudad era México D.F. Parecía un documental sobre los terremotos de la costa oeste.

—Sabés lo que hizo Macedonio cuando murió Elena —dijo Ana después de una pausa.

—Se retiró —dijo Junior.

—Sí, se retiró —dijo ella. No iba a decírselo si él no se lo decía.

—Hace dos meses que estoy en esta historia, vine porque quiero que me ayudes —dijo Junior.

—Cuando ella se enfermó, Macedonio decidió que iba a salvarla. Hay varios días que nadie sabe por dónde anduvo. Parece que se fue a una estancia, en Bolívar. Había un Ingeniero por esa zona, un tal Russo. Hay que seguir esa pista —le dijo Ana—. Un Ingeniero húngaro que había trabajado con Moholy-Nagy y era uno de los mayores coleccionistas de autómatas en Europa; vino aquí escapando de los nazis y buscando un pájaro mecánico. Lo empiezan a perseguir cuando cae el peronismo. Ese es un rastro. Mirá —le dijo y encendió el proyector. Junior vio el retrato de un tipo con cara franca y anteojitos redondos trabajando en un laboratorio.

—Es él —dijo Ana—. La historia empieza en 1956, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires.

Dicen que lo vieron llegar una tarde en el charré y entrar en el pueblo, y que enseguida lo llamaron el ruso, pero parece que era húngaro o checoeslovaco, y cuando estaba borracho juraba que había nacido en Montevideo. Para abreviar y evitarse problemas, la gente de campo a todo el que habla raro le dice ruso. Él fue ruso y a su hijo le pusieron Russo cuando nació. Pero para eso falta. Primero vieron a

ese forastero llegar en el charré y cruzar la vía. Era en julio y se estaba levantando la escarcha y él andaba en mangas de camisa, como si fuera primavera. Aquí el vasco Usandivaras salía en patas a ordeñar invierno y verano, pero Russo no tiene igual, nunca usó ropa de abrigo, estaba hecho al frío polar y las heladas de la provincia de Buenos Aires no le hacían mella. Siempre tenía calor y todos le tenían lástima, porque un hombre que no coincide con el clima parece loco. Traía una carta para el intendente y pasó mucho antes de que supiéramos que la carta y el charré se los había robado a un muerto. El intendente en ese entonces era Ángel Obarrio, lo había nombrado la Libertadora y metió a la mitad de los peronistas de Bolívar en la cárcel, pero a la semana tuvo que soltarlos porque no había quien cuidara los animales. Era el invierno del 56, peor no hubo. El aire blanco; los charcos en la calle como de vidrio. Por ahí entró el charré de Russo. «Tungo. Vamos. Mierda», dijo, pero en su lengua, y agitó las riendas, una en cada mano, como un gringo. Le dieron trabajo en el Tiro Federal y vivió ahí, en una piecita al fondo, cerca de la batea donde se cocina el engrudo para empapelar los blancos; cortaba el pasto y abría los fines de semana cuando iban los imbéciles a hacer puntería. En la semana casi no iba nadie, salvo los conscriptos, que a veces venían de Azul, y el Doctor Ríos que había sido campeón olímpico en Helsinki y venía a entrenar los martes y los jueves. Russo lo esperaba y le abría las gateras del salón para él solo y lo miraba preparar las armas y después alzar el brazo izquierdo y hacer centro.

Se hicieron amigos, si puede decirse así. Ríos le explicaba cómo era el pueblo y cómo tenía que hacer para sobrevivir. «Practicar tiro al blanco», se reía Ríos. No sabía que Russo había matado a un hombre aplastándole el cráneo contra los rieles del ferrocarril. Lo encerraron en el manicomio, porque no supo hacerse entender. Dijo que lo había matado por el calor, porque era la hora de la siesta y lo había enceguecido el reflejo del sol en las vías. Estuvo cinco años en el Melchor Romero y de vez en cuando se escapaba y se metía en los montes que hay por Gonnet, pero tarde o temprano volvía al hospicio, flaco como un cadáver y asqueado de comer pajaritos crudos. Al fin se vino para este lado de la provincia, siguiendo la cosecha. Un hombre muy hábil con las manos, que siempre estaba inventando aparatitos y desarmando relojes. Ríos fue el primero que se dio cuenta de que Russo era un hombre extraordinario. Entonces quiso saber. Fue a la oficina del intendente y pidió ver la carta que había traído Russo. Era una nota manuscrita de Videla Balaguer, asegurando que el portador había prestado valiosísimos servicios a la causa de la libertad en las gloriosas jornadas de setiembre. Seguro había formado parte de los comandos civiles y por ese motivo Obarrio lo destinó al Tiro Federal. Supuso que era un hombre de acción y que conocía de armas. Hizo algunas averiguaciones y todos los datos coincidieron.

Nadie le dijo que Russo no era ruso sino húngaro, que era ingeniero y había

estudiado con Moholy-Nagy, que se vino escapando de los nazis, que había matado a un hombre, que la carta y el carro se los había robado a un muerto. Ríos hizo la investigación de una vida equivocada; todos los datos eran verdaderos, pero el hombre era otro. Se reía Ríos, después, cuando vio el barullo que había armado. No se puede ser campeón de tiro y meter la bala donde se pone el ojo, si no se tiene la certeza absoluta de que se está siempre en lo cierto. A veces erraba. Pero si erraba pensaba que errar había sido una decisión. Cuando los hechos lo desmintieron, y ya era tarde, sencillamente modificó el ángulo de tiro y se concentró en el Museo y en Carola Lugo.

«Este pueblo es chico», dijo Ríos, «usted ve siempre la misma gente que anda por los mismos lugares y sin embargo lo más difícil de entender es lo que todo el mundo sabe. El secreto está a la luz y por eso no lo vemos. Es como tirar al blanco. Tiene que ver con la visibilidad extrema».

En el Museo del pueblo había un pájaro mecánico. Lo habían traído con el ferrocarril en 1870 y servía para anticipar las tormentas. Daba vueltas en el aire y volaba en círculos cada vez más amplios, hasta que enfilaba hacia el agua. Todavía hoy cuando se avecina la lluvia, empieza a mover las alas y a dar pequeños saltos en la vitrina donde está encadenado. Han venido de Alemania a verlo y dicen que es alemán (que no puede ser otra cosa que un ave alemana). Hay una viejísima tradición de autómatas en la selva negra, dijo Ríos. Querían comprarlo, pero el pájaro es un bien histórico de la provincia y no se vende. La casona donde lo guardan fue la residencia del jefe de la estación, el inglés McKinley, su mujer lo abandonó a la semana de llegar y siempre vivió solo. Cuando vio el campo argentino, el yuyo raso, las caras de japoneses de los gauchos, se volvió a Lomas de Zamora, desilusionada, la mujer. Fue McKinley, aunque parezca raro, el que se interesó por la historia de este partido y empezó a juntar recuerdos. Había formado parte de la Royal Geography Academic de Londres y era socio honorario del British Museum y cada tanto enviaba memorias sobre la región. Le compró el pájaro en doscientos pesos al representante de la Veterinaria Paul, que lo tenía de adorno en una jaula, entre cachorros de foxterrier y loros barranqueros. Lo había inventado un ingeniero francés y lo usaron en la Argentina para medir la llanura en la época del tendido del Ferrocarril del Sur. Lo largaban a volar y el animal se alejaba batiendo las alas, hasta perderse en el horizonte. Cuando regresaba, bastaba con abrirle una bisagra en el pecho y sacar el reloj con las medidas. Un loco el inglés, vino a hacer un Museo en este pueblo perdido, en medio de la indiferencia general. A nadie le interesa el pasado aquí, todos vivimos en el presente. Si todo sigue igual desde siempre, para qué guardar los restos de lo que no ha cambiado. Pero McKinley dejó el asunto arreglado en su testamento y el municipio se hizo cargo de la casa, le puso una bandera en la puerta y a veces el 13 de junio, que era el aniversario de la fundación, llevaban a los chicos de la primaria y

hacían un acto en la vereda. Los Lugo fueron nombrados caseros y cuidadores, así que Carola se crio en la casa, jugando de chica con las réplicas de los toldos indios y con las crines de los caballos embalsamados. A veces, cuando venía algún visitante extranjero (y eso sucedía cada dos o tres años), sacaban el pájaro y lo hacían volar y enfilar hacia las lluvias. Una tarde Ríos lo llevó a Russo a visitar el Museo. Y Russo se volvió loco con el animal. Carola Lugo les abrió la puerta. Era rubia y menudita y tenía el labio leporino. Les mostró la casa y las galerías. En cada salón se representaba una época. Había esqueletos y dibujos. «El Profesor era fotógrafo y también sabía dibujar e hizo varias exploraciones por la región. En este campo que vemos aquí, cerca de Quequén, encontró una estancia que tenía las tranqueras y los tirantes de la casa hechos con huesos de ballena. Seguramente encontraron esos animales en la playa, muertos, y les pareció lujoso usar la osamenta para decorar el campo. Uno puede imaginarse al paisano, que nunca ha visto una ballena en su vida, que llega a caballo hasta el borde del mar y encuentra esa mole tirada en la arena y piensa que es un pez del infierno». La tarde estaba helada y nublada. «Aquí vemos una típica toldería; los indios usaban estos cueros porque así se olvidaban del viento del sur,». Por fin cruzaron un pasillo con fotos y cuadros del tendido del ferrocarril. En el salón del medio, en una vitrina, se exhibía el pájaro. Parecía un buitre y tenía una mirada feroz y las alas se movían como si respirara. Estaba encadenado y Carola abrió la caja de cristal y se lo alcanzó. Russo lo sostuvo con las dos manos, asombrado de que no pesara nada. Liviano como el aire, dijo, y Carola le sonrió. Salieron al patio del fondo entre los árboles. Para donde uno mirara había campo y el cielo se extendía sin fin. Russo sostuvo el pájaro en alto y después lo soltó suavemente. Primero voló bajo, en círculos, con un aletear profundo, y de golpe enfiló hacia la tormenta y se alejó. Volvió al rato y bajó con movimientos lentos hacia el patio y se posó en el hombro de Carola. Russo le abrió el pecho y empezó a explicar el mecanismo de relojería que lo hacía andar. Desde ese día, Russo se acostumbro a ir al Museo cuando terminaba su trabajo en el Tiro Federal. Se paseaba entre los toldos y siempre terminaba en el salón del pájaro. Carola iba con él, silenciosa y tranquila. Una noche no se fue y desde entonces Carola y él vivieron juntos. Montó un tallercito y empezó a trabajar en una réplica del pájaro. Una mañana ella estaba sentada en la puerta cuando vio llegar a un tipo en un Buick. Buscaba a Russo, se había escapado del manicomio. Él no se resistió, se dejó llevar por el hombre que usaba un traje marrón. La réplica del pájaro estaba a medio hacer. Lo exhiben ahora en una vitrina más chica; tiene el pecho abierto y los engranajes y las meditas de reloj parecen el dibujo de un alma. A veces abre el pico, como si le faltara el aire, y gira la cabeza hacia la ventana. Lo que no ha encontrado su forma, dice Ríos, sufre la falta de verdad.

3

Junior viajó toda la noche y al llegar reconoció la casa como si la hubiera visto en un sueño. La fachada blanca, la entrada alta, la sucesión interminable de ventanas transparentes. Un llamador con una garra de oso sonó en el marco de la puerta. El pueblo estaba vacío y sólo vio a una muchacha que espiaba por una ventana levantando una cortina bordada. La anciana que le abrió la puerta era Carola Lugo. Parecía frágil y tenía unos ojos indecisos, de ciega. Se había parado en un costado, sin abrir del todo, y por la rendija Junior vio el largo pasillo que llevaba a los fondos. «Lo estaba esperando», dijo, «Ana me avisó que usted venía». Al entrar, Junior imaginó que jamás iba a salir de ese lugar y que se perdería en el relato de la mujer. Cruzaron un largo pasillo y llegaron al primer cuarto. Los techos altos y las ventanas angostas le daban un aspecto remoto. Carola abarcó el lugar con un gesto y le pidió que se sentara. Junior se ubicó en un largo y bajo diván; ella se sentó de espaldas a la ventana y a un viejo reloj de péndulo.

Russo vivió aquí, dijo ella. Pero él ya no se llama así, ahora es otro, usa un nombre europeo; hay que protegerse en este país, donde persiguen a la gente por su pasado. Ahora le voy a mostrar la casa, dijo después. Así va a ver.

Por la ventana se veían un baldío y un alambrado. Junior comprendió que la arquitectura del lugar era extraña, como si todas las habitaciones dieran al mismo punto o fueran circulares. La tarde estaba helada y nublada. Del otro lado de la sala, en una jaula de vidrio había una monstruosa reconstrucción de lo que podría su ponerse que había sido un pájaro. Tenía casi un metro de alto y agitaba el cuello con movimientos lentos. La locura del pájaro nos va a acechar y echar a perder, dijo Carola. El animal se movía, revoloteando y golpeándose contra los barrotes. Está ciego, dijo ella. Al costado una muñeca movía los brazos y trataba de sonreír. Junior tuvo la impresión de haberla visto ya y la impresión de que era demasiado siniestra para ser artificial. Russo era el más grande experto en autómatas de toda Europa. Vea, le dijo. Abrió un armario. Parecían insectos de alambre. Los hizo para mí, éstos son los hijos del amor. Me he pasado horas en una estación de trenes esperando verlo pasar, dijo, y sonrió, yo, una mujer de setenta años. Era conmovedor escucharla hablar, porque parecía amar a una sombra, a un hombre que había cruzado por su vida un instante y la había dejado en el recuerdo. Había un catalejo en una de las ventanas y al inclinarse se podía ver la llanura interminable y al fondo el reflejo de la laguna de Carhué. La menor se fue a Buenos Aires, dijo Carola, y desde entonces vivo sola en esta casa, mi hermano viene a veces a visitarme, pero está muy trastornado por todo lo que ha pasado. Hablaba con amabilidad y sosiego, como si Junior fuera su confidente, el primero que por fin había llegado para escuchar la verdad. Me tienen en este lugar recluida porque conozco la historia de Russo. Él se

casó conmigo y ahora pago las consecuencias. Vinieron a buscarlo y se escapó. Lo buscaron sin motivo. Pero no ha muerto, dijo Carola, sencillamente se refugió en una isla del Tigre. Ahora se llama de otra manera. Ya no es Russo, o quizás ahora es Russo y antes se hacía llamar con otro nombre. En realidad, esa tarde el que vino en el Buick a buscarlo era un agente encubierto de la policía. Un civil, de marrón. Tenernos todo registrado. El pasado vive. Mire, ve este mapa, si sigue este riacho aquí, encontrará la isla. No le diga que me ha visto. Tiene que encontrarlo. La historia de los autómatas siempre le había interesado a Macedonio Fernández. Por eso se conocieron cuando falleció la señora. En la caja de vidrio Junior vio otra vez el pájaro y se lo imaginó volando con un aletear rígido en la lejanía. Ella vivía en medio de esas réplicas. Un mundo de locura y de imágenes mecánicas. He descubierto abajo de esta habitación, a unos cientos de pies, dos grandes subterráneos, antiguos cementerios de las tribus pampas que poblaron en el siglo pasado este distrito. Esas necrópolis no son raras en la provincia y sobre todo en Bolívar. Hubo grandes matanzas por este lado. Algunos paisanos todavía se acuerdan. En un costado había una escalera que llevaba a un sótano y en ese lugar había un punto de luz. Era un agujero que se reflejaba en un caleidoscopio y desde ahí se podían ver otra vez la llanura y todas las figuras de la casa y la laguna de Carhué. Ve este rayo de sol, dijo Carola. Es el ojo de la máquina. Vea, le dijo ella. En el círculo de luz vio el Museo y en el Museo vio la máquina sobre la tarima negra. Sabe lo que está pasando. Sí, dijo Junior, son réplicas. Eran réplicas, dijo ella, pero las han destruido. El pájaro agitaba las alas y se frotaba el pico con un ruido a hojas secas. Entonces nada es cierto, dijo Junior. Ella sonrió. Macedonio vino a esta casa, huyendo del dolor que le produjo la pérdida de su mujer. Elena murió y Macedonio abandonó todo y se encontró con Russo y pasó un tiempo aquí. Russo tenía muchas dificultades con el idioma y su ilusión era volver a Europa. Macedonio era el único que lo entendía y hablaba con él. Pasaron muchos días en esta casa porque Macedonio quería ser convencido. Cruzaron un pasillo y llegaron a una galería cubierta de pequeñas ventanas de vidrio esmerilado que impedían ver el exterior. Pensaba que si salía al campo de noche y espiaba por las ventanas encendidas, iba a ver las escenas que le harían recuperar a la mujer perdida. Russo quiso construirle un mundo a la altura de esa ilusión, para que de a poco pudiera volver al pasado. Le construyó una realidad como si fuera una casa; para que Macedonio viviera ahí. La desesperación le había hecho abandonar todo, incluso a sus hijitos queridos, y se vino al campo. Anduvo vagando con los linyeras en los cargueros que iban al sur. Vivió un tiempo en la estancia de los Carril, en 25 de Mayo, y por fin bajó a Bolívar y se vino con un auto de alquiler hasta la casa. La máquina se terminó de armar en ese lugar, dijo; y sacudió la mano hacia el galpón del patio. En principio se trataba de autómatas. El autómaton vence al tiempo, la peor de las plagas, el agua que gasta las piedras. Después descubrieron los nudos blancos, la

materia viva donde se han grabado las palabras. En los huesos el lenguaje no muere, persiste a todas las transformaciones. Yo le voy a hacer ver ese lugar donde los nudos blancos se han abierto, es una isla, en el brazo de un río, poblada de ingleses y de irlandeses y de rusos y de gente que ha llegado de todas partes, perseguidos por las autoridades, amenazados de muerte, exiliados políticos. Se han escondido ahí, años y años; en los bordes de la isla han construido ciudades y caminos y han explorado la tierra siguiendo el curso del río y ahora en esa región se han mezclado todas las lenguas, se pueden escuchar todas las voces; nadie llega o el que llega no quiere volver. Porque allí están refugiados los muertos, Uno solo volvió y está vivo, Boas, que vino a contar lo que ha visto de ese reino perdido. Tenga; le dijo ella. Oiga, ahora verá. Tal vez este relato sea el camino que lo lleve a Russo.

La isla

1

Añoramos un lenguaje más primitivo que el nuestro. Los antepasados hablan de una época donde las palabras se extendían con la serenidad de la llanura. Era posible seguir el rumbo y vagar durante horas sin perder el sentido, porque el lenguaje no se bifurcaba y se expandía y se ramificaba, hasta convertirse en este río donde están todos los cauces y donde nadie puede vivir, porque nadie tiene patria. El insomnio es la gran enfermedad de la nación. El rumor de las voces es continuo y sus cambios suenan noche y día. Parece una turbina que marcha con el alma de los muertos, dice el viejo Berenson. No hay lamentos, sólo mutaciones interminables y significaciones perdidas. Virajes microscópicos en el corazón de las palabras. La memoria está vacía, porque uno olvida siempre la lengua en la que ha fijado los recuerdos.

2

Cuando decimos que el lenguaje es inestable, no estamos hablando de una conciencia de esa modificación. Es necesario salir de allá para percibir el cambio. Si uno está adentro, cree que el lenguaje es siempre el mismo, una especie de organismo vivo que sufre metamorfosis periódicas. La imagen más divulgada es la de un pájaro blanco que en el vuelo va cambiando de color. El aletear profundo del pájaro en la transparencia del aire da una falsa ilusión de unidad en el pasaje de los tonos. El dicho dice que el pájaro vuela interminablemente y en círculos, porque le han vaciado el ojo izquierdo y busca ver la otra mitad del mundo. Por eso nunca va a poder aterrizar, dice el viejo Berenson, y se ríe con la jarra de cerveza otra vez contra los bigotes, porque no encuentra un pedazo de tierra donde apoyar la pata derecha. Tuerto habría de ser el tero, dijo después, para perderse en el aire y venir a parar a esta isla de mierda. No empieces, Shem, le dice Teynneson tratando de hacerse oír, en el barullo del bar, entre los acordes del piano y las voces de los que cantan *Three quarks for Master Mark!*, todavía tenemos que ir al entierro de Pat Duncan y no quiero tener que llevarte en carretilla. Ese es el sentido del diálogo, que se repite como un chiste privado cada vez que están por irse, pero no siempre usan el mismo lenguaje. Se sostienen del brazo y cruzan muy erguidos el salón para salir. La escena se repite, pero sin saberlo hablan del pájaro tuerto y del entierro de Pat a veces en ruso, a veces en un francés del siglo XVIII Dicen lo que quieren y lo vuelven a decir, pero ni sueñan que a lo largo de los años han usado cerca de siete lenguas para reírse del mismo chiste.

Así son las cosas en la isla.

3

«El lenguaje se transforma según ciclos discontinuos que reproducen la mayoría de los idiomas conocidos (registra Turnbull). Los habitantes hablan y comprenden instantáneamente la nueva lengua, pero olvidan la anterior. Los idiomas que se han podido identificar son el inglés, el alemán, el danés, el español, el noruego, el italiano, el francés, el griego, el sánscrito, el gaélico, el latín, el sajón, el ruso; el flamenco, el polaco, el esloveno, el húngaro. Dos de las lenguas usadas son desconocidas. Pasan de una a otra, pero no las pueden concebir como idiomas distintos, sino como *etapas* sucesivas de una lengua única». Los ritmos son variables, a veces un idioma permanece semanas, a veces un día. Se recuerda el caso de una lengua que se mantuvo quieta durante dos años. Después se sucedieron quince modificaciones en doce días. Habíamos olvidado las letras de todas las canciones, dijo Berenson, pero no la melodía; y no hubo modo de cantar una canción. Se veía a la gente en los *pubs* silbando a coro como guardias escoceses, todos borrachos y alegres, marcando el ritmo con las jarras de cerveza mientras buscaban en la memoria alguna letra que coincidiera con la música. La melodía persiste y es un aire que cruza la isla desde el principio de los tiempos, pero de qué nos sirve la música si no podemos cantar, un sábado a la noche, en el bar de Humphry. Chimden Earwicker, cuando todos estamos borrachos y ya nos olvidamos de que el lunes hay que volver al trabajo.

4

En la isla se cree que los ancianos se encarnan, al morir, en los nietos, razón por la que no pueden encontrarse los dos vivos al mismo tiempo. Como ocurre a pesar de todo algunas veces, cuando un anciano se encuentra con su nieto, antes de poder hablar con él, debe darle una moneda. En esa teoría de las reencarnaciones se ha fundado la lingüística histórica. La lengua es como es, porque acumula los residuos del pasado en cada generación y renueva el recuerdo de todas las lenguas muertas y de todas las lenguas perdidas y el que recibe esa herencia ya no puede olvidar el sentido que esas palabras tuvieron en los días de los antepasados. La explicación es simple pero no resuelve los problemas que plantea la realidad.

5

El carácter inestable del lenguaje define la vida en la isla. Nunca se sabe con qué palabras serán nombrados en el futuro los estados presentes. A veces llegan cartas escritas con signos que ya no se comprenden. A veces un hombre y una mujer son amantes apasionados en una lengua y en otra son hostiles y casi desconocidos. Grandes poetas dejan de serlo y se convierten en nada y en vida ven surgir otros clásicos (que también son olvidados). Todas las obras maestras duran lo que dura la lengua en la que fueron escritas. Sólo el silencio persiste, claro como el agua, siempre igual a sí mismo.

6

La vida del día empieza al amanecer y si ha habido luna hasta el alba, los gritos de los jóvenes en la ladera pueden oírse ya antes de la aurora. Inquietos en la noche poblada de espíritus, se gritan unos a otros tratando de adivinar qué sucederá con el sol alto. La tradición dice que el lenguaje se modifica en las noches de luna llena, pero ésa es una creencia desmentida por los hechos. La lingüística científica no acepta ninguna relación entre los fenómenos naturales, como las mareas o los vientos y las mutaciones del lenguaje. Los hombres del pueblo siguen sin embargo acatando los viejos rituales y cada noche de luna esperan que llegue por fin la lengua de su madre.

7

En la isla no conocen la imagen de lo que está afuera y la categoría de extranjero no es estable. Piensan a la patria según la lengua. («La nación es un concepto lingüístico»). Los individuos pertenecen a la lengua que todos hablaban en el momento de nacer, pero ninguno sabe cuándo volverá a estar ahí. «Así surge en el mundo (le han dicho a Boas) algo que a todos se nos aparece en la infancia y donde todavía no ha estado nadie: la patria». Definen el espacio en relación con el río Liffey que atraviesa la isla de norte a sur. Pero Liffey es también el nombre que designa al lenguaje y en el río Liffey están todos los ríos del mundo. El concepto de frontera es temporal y sus límites se conjugan como los tiempos de un verbo.

8

Nos encontramos en Edemberry Dubblenn DC, dijo el guía, la capital que combina tres ciudades. En el presente la ciudad cruza de este a oeste, siguiendo la

margen izquierda del Liffey por los barrios y: los ghettos japoneses y antillanos, desde el nacimiento del río en Wiclow hasta Island Bridge, un poco más abajo de Chapelizod, donde sigue su curso. La ciudad próxima se va abriendo, como si estuviera construida en potencial, siempre futura, con calles de hierro y lámparas de luz solar y androides desactivados en los galpones de la Scotland Yard. Los edificios surgen de la niebla, sin forma fija, nítidos, cambiantes, casi exclusivamente poblados por mujeres y mutantes.

Del otro lado, hacia el oeste, subiendo por la zona del puerto, está la ciudad vieja. Al mirar el mapa hay que tener en cuenta que la escala está construida a la velocidad media de un kilómetro y medio por hora de marcha. Un hombre sale de 7 Eccles Street a las ocho de la mañana y sube por Westland Row y a cada lado del empedrado están las acequias que llegan hasta la orilla del río, por donde sube el canto de las lavanderas. El que avanza por la calle empinada hacia la taberna de Baerney Kiernam trata de no oír el canto y golpea con el bastón el enrejado de los sótanos. Cada vez que entra en una calle nueva, las voces envejecen, las palabras antiguas están como grabadas en las paredes de los edificios en ruinas. La mutación ha ganado las formas exteriores de la realidad. «Lo que todavía no es define la arquitectura del mundo», piensa el hombre y desciende a la playa que rodea la bahía. «Se ve ahí, en el borde del lenguaje, como la casa de la infancia en la memoria».

9

La lingüística es la ciencia más desarrollada en la isla. Durante generaciones los investigadores han trabajado en el proyecto de fijar un diccionario que incorpore las variantes futuras de las palabras conocidas. Necesitan fijar un léxico bilingüe que permita comparar una lengua con otra. Imagínese (dice el informe de Boas) a un viajero inglés que llega a un país extranjero y en el hall de la estación de ferrocarril, perdido en medio de una multitud desconocida, se detiene a revisar un pequeño diccionario de bolsillo buscando una expresión correcta. Pero la traducción es imposible, porque sólo el uso define el sentido y en la isla conocen siempre una lengua por vez. Los que persisten en la elaboración del diccionario lo consideran ya un manual de adivinación. Un nuevo Libro de las Mutaciones concebido, explicó Boas, como un diccionario etimológico que hace la historia del porvenir del lenguaje.

Hubo un solo caso en la historia de la isla de un hombre que conoció dos idiomas al mismo tiempo. Se llamaba Bob Mulligan y decía que soñaba con palabras

incomprensibles que tenían para él un sentido transparente. Hablaba como un místico y escribía frases desconocidas y decía que ésas eran las palabras del porvenir. En los Archivos de la Academia han quedado algunos fragmentos de los textos que escribió e incluso se puede oír la grabación de la voz aguda y lunática de Mulligan, que cuenta un relato que empieza así: «Oh New York city, sí, sí, la ciudad de Nueva York, la familia entera se fue para allá. El barco se habla llenado de piojos y hubo que quemar las sábanas y bañar a los chicos con agua mezclada con acaroína. Cada bebé tenía que estar separado de los otros, porque el olor los hacía llorar si estaban cerca. Las mujeres usaban un pañuelo de seda sobre la cara, igual que damas beduinas, aunque todas tenían el pelo colorado. El abuelo del abuelo fue police-man en Brooklyn y una vez mató de un tiro a un rengo que estaba por degollar a la cajera de un supermarket». Nadie sabía lo que estaba diciendo y Mulligan escribió ese relato y otros relatos en esa lengua desconocida y después un día dijo que había dejado de oír. Venía al bar y se sentaba ahí, en esa punta del mostrador, a tomar cerveza, sordo como una tapia, y se emborrachaba despacio, con la cara avergonzada de un hombre arrepentido de haberse hecho notar. Nunca más quiso hablar de lo que había dicho y vivió siempre un poco apartado, hasta que murió de cáncer a los cincuenta años. Pobre Bob Mulligan, dijo Berenson, de joven era un tipo expansivo y muy popular y se casó con la Belle Blue Boylan y al año la mujer se murió ahogada en el río y su cuerpo desnudo apareció en la ribera del este del Liffey, en la otra orilla. Mulligan nunca se repuso ni volvió a casarse y vivió solo toda la vida. Trabajaba de linotipista en la imprenta del Congreso y venía con nosotros al bar y le gustaba apostar a los caballos, hasta que una tarde empezó a contar esas historias que nadie entendía. Yo creo, dijo el viejo Berenson, que la Belle Blue Boylan fue la mujer más hermosa de Dublín.

Todos los intentos de construir una lengua artificial se han visto perturbados por una experiencia temporal de la estructura. No han podido construir un lenguaje exterior al lenguaje de la isla, porque no *pueden imaginar* un sistema de signos que persista sin mutaciones. Si *a + b es igual a c*, esa certidumbre sólo sirve un tiempo, porque en un espacio irregular de dos segundos ya *a* es *-a* y la ecuación es otra. La evidencia vale lo que tarda una proposición en ser formulada. En la isla, ser rápido es una categoría de la verdad. En esas condiciones, los lingüistas del Área-Beta del Trinity College alcanzaron lo que parece imposible: *casi* fijan en un paradigma lógico la forma incierta de la realidad. Definieron un sistema de signos cuya notación se transforma con el tiempo. Es decir, inventaron un lenguaje que muestra cómo es el mundo, pero que no permite nombrarlo. Hemos logrado establecer un campo unificado, le han dicho a Boas, ahora sólo nos falta que la realidad incorpore al lenguaje alguna de nuestras hipótesis.

Hasta el momento, saben que han transcurrido diecisiete ciclos, pero suponen que existe una potencialidad casi infinita, calculada en ochocientos tres (porque ochocientas tres son las lenguas conocidas en el mundo). Si en casi cien años, desde que en 1939 empezó el registro de los cambios, se han detectado diecisiete formas distintas, los más optimistas imaginan que el círculo puede completarse en doce años. Ningún cálculo es seguro, porque la duración irregular de los ciclos forma parte de la estructura de la lengua. Existen tiempos lentos y tiempos rápidos, como en el cauce del Liffey. Los más afortunados, dice el proverbio, navegan en aguas tranquilas, los mejores viven en tiempos veloces, donde el sentido dura lo que dura la cólera de un gallo. Los jóvenes más radicalizados del grupo *Trickster* del Área-Beta del Trinity College se ríen de esos proverbios idiotas. Piensan que, mientras el lenguaje no encuentre su borde final, el mundo será sólo un conjunto de ruinas y que la verdad es como los peces que boquean en el barro hasta morir cuando el caudal del Liffey baja con la sequía del verano, hasta transformarse en un riacho de aguas oscuras.

10

He dicho que la tradición dice que los antepasados hablan de un tiempo en el que la lengua era un llano por el que se podía andar sin sorpresa. Las generaciones, afirman los antiguos, heredaban los mismos nombres para las mismas cosas y podían legarse documentos escritos con la certeza de que todo lo que escribían sería legible en los tiempos futuros. Algunos repiten (sin comprenderlo) un fragmento de aquella lengua original que ha sobrevivido a lo largo de los años. Boas dice que los escuchó recitar ese texto como si fuera un chiste de borrachos, de modo que la vocalización era pastosa y las palabras estaban cortadas por risas y expresiones que nadie sabía ya si formaban o no parte del antiguo sentido. El fragmento llamado *Sobre la serpiente*, dice Boas que era así: «Empezó la época de los grandes vientos. Ella siente que le arrancan el cerebro y dice que su cuerpo está hecho de tubos y conexiones eléctricas. Habla sin parar y a veces canta y dice que me lee el pensamiento y sólo pide que yo esté cerca y que no la abandone en la arena. Dice que es Eva y que la serpiente es Eva y que nadie en los siglos de los siglos se ha atrevido a decir esa verdad tan pura y que sólo María Magdalena se lo dijo al. Cristo antes de lavarle los pies. Eva es la serpiente, la mutación interminable, y Adán está solo, siempre ha estado solo. Dice que Dios es la mujer y que Eva es la serpiente. Que el árbol del bien y del mal es el árbol del lenguaje. Recién cuando se comen la manzana empiezan a hablar. Eso dice ella cuando no canta». Para muchos es un texto religioso, un fragmento del Génesis. Para otros se trata sencillamente de un rezo que persistió en la memoria a la permutación de las lenguas y que fue recordado como un juego adivinatorio. (Los historiadores afirman que se trata de un párrafo de la carta que Nolan dejó antes de

matarse).

11

Algunas sectas genealógicas aseguran que los primeros habitantes de la isla son desterrados, que fueron enviados hacia aquí remontando el río. La tradición habla de doscientas familias confinadas en un campo multirracial en los arrabales de Dalkey, al norte de Dublín, detenidos en una redada en los barrios y los suburbios anarquistas de Trieste, Tokyo, México DF y Petrogrado.

Embarcados en el *Rosevean*, un tres palos, con hélice Pohl-A, en la bahía del norte, fueron enviados por el río hacia atrás en el tiempo, según Teynneson, bajo las ráfagas heladas del viento en enero.

El experimento de confinar exiliados en la isla ya había sido utilizado otras veces para enfrentar rebeliones políticas, pero siempre se usó con individuos aislados, en especial para reprimir a los líderes. El caso más recordado fue el de Nolan, un militante del grupo de resistencia gaélico-celta que se infiltré en el gabinete de la reina y llegó a ser el hombre de confianza de Möller en el comando de planificación propagandística. Lo descubrieron porque usaba los informes meteorológicos para cifrar mensajes destinados a los pobladores de los ghettos irlandeses de Oslo y de Copenhague. La historia cuenta que Nolan fue descubierto por azar, cuando un investigador del MIT de Boston procesó en una computadora los mensajes emitidos durante un año por la oficina meteorológica, con la intención de estudiar las modificaciones infinitesimales del clima en el este de Europa. Nolan fue desterrado y llegó a la isla después de navegar cerca de seis días a la deriva y vivió absolutamente solo casi cinco años, hasta que se suicidó. Su odisea es una de las grandes leyendas en la historia de la isla. Sólo un hijo de puta empecinado irlandés pudo sobrevivir todo ese tiempo aislado como una rata en esta inmensidad y cantando contra las olas, *Three quarks for Muster Mark*, a los gritos, en la playa, buscando siempre la huella de una pata humana en la arena, dijo el viejo Berenson. Sólo alguien como Jim pudo fabricar una mujer con la que hablar en esos años interminables de soledad.

El mito dice que con los restos del naufragio construyó un grabador de doble entrada, con el que era posible improvisar conversaciones usando el sistema de los juegos lingüísticos de Wittgenstein. Sus propias palabras eran almacenadas por las cintas reelaboradas como respuestas a preguntas puntuales. Lo programó para hablar con una mujer y le habló en todas las lenguas que sabía, y al final era posible pensar

que la mujer había llegado a amar a Nolan. (Por su parte él la quiso desde el primer día porque pensaba que ella era la mujer de su amigo Italo Svevo, Livia Anna, la más bella de las madonnas de Trieste, con ese hermosísimo pelo colorado que hacía pensar en todos los ríos del mundo).

A los tres años de estar solo en la isla, las conversaciones se repetían cíclicamente y Nolan se aburría y la grabadora empezó a mezclar las palabras («Heremon, nolens, nolens, brood our pensies, brume in brume», le decía por ejemplo) y Nolan le preguntaba «¿Cómo?», «¿Qué?» y en esa época empezó a llamarla Anna Livia Plurabelle. Al final del sexto año de exilio, Nolan perdió las esperanzas de ser rescatado y empezó a no dormir y a tener alucinaciones y a soñar que, se pasaba la noche en vela escuchando el susurro inalámbrico y dulce de la voz de Anna Livia.

Tenía un gato y cuando el gato se metió una tarde en el monte y no volvió más, Nolan escribió una carta de despedida; apoyó el codo derecho en la mesa, para que no le temblara el pulso, y se pegó un tiro en la cabeza. Los primeros que desembarcaron del *Roseveau* se encontraron con la voz de la mujer que seguía hablando en el grabador bifocal. Apenas si mezclaba las lenguas, según Boas, y era posible comprender perfectamente la desesperación que le había producido el suicidio de Nolan. Estaba sobre una piedra, frente a la bahía, hecha de alambres y de cintas rojas y se lamentaba con un suave murmullo metálico.

He tejido y destejido la trama del tiempo, decía, pero él se ha ido y ya no va a volver. Un cuerpo es un cuerpo, sólo las voces sirven para amar. Desde hace años estoy sola aquí, en la ribera de todos los ríos, y espero que llegue la noche. Siempre es de día, en esta latitud todo es tan lento, nunca llega la noche, siempre es de día, el atardecer tarda tanto, estoy ciega, al sol, quiero arrancar «la venda de hierro» que me ciñe la frente, quiero traer aquí «la oscuridad concentrada del África». La vida está siempre amenazada por los cazadores (ha dicho Nolan), *instintivamente* hay que fabricar, como las abejas sus alvéolos, un sentido. Incapaz de considerar mi propio enigma, digo: no es su propio yo el que cuenta, sino su Musa, su canto universal.

12

Si la leyenda es cierta, la isla ha sido un gran asentamiento de exiliados, en la época de la represión política que siguió a la contraofensiva del IRA y a la caída del

Pulp-KO. Pero ninguno de los historiadores tiene el menor vestigio de ese pasado o del tiempo en que Anna Livia estuvo sola en la ribera o de la época en que llegaron las doscientas familias y no se encuentra ningún rastro que atestigüe los hechos. La única fuente escrita en la isla es el *Finnegans Wake*, al que todos consideran un libro sagrado, porque siempre pueden leerlo, sea cual fuere el estado de la lengua en que se encuentren.

En realidad el único libro que dura en esta lengua es el *Finnegans*, dijo Boas, porque, está escrito en todos los idiomas. Reproduce las permutaciones del lenguaje en escala microscópica. Parece un modelo en miniatura del mundo. A lo largo del tiempo lo han leído como un texto mágico que encierra las claves del universo y también como una historia del origen y la evolución de la vida en la isla.

Nadie sabe quién lo escribió, ni cómo llegó hasta aquí. Nadie recuerda si fue escrito en la isla o si estaba en el equipaje de los primeros exiliados. Boas vio el ejemplar que se conserva en el Museo, encerrado en una caja de vidrio y como suspendido en una luz nuclear. Es una viejísima edición numerada de Faber and Faber, que tiene más de trescientos años y en la que hay notas manuscritas y un calendario con la lista de los muertos de una familia irlandesa del siglo XX. Ese ejemplar sirvió para hacer todas las copias que circulan en la isla.

Muchos creen que el *Finnegans* es un libro de ceremonias fúnebres y lo estudian como el texto que funda la religión en la isla. El *Finnegans* es leído en las iglesias como una Biblia y es usado para predicar en todas las lenguas por los pastores presbiterianos y por los sacerdotes católicos. En el Génesis se habla de una maldición de Dios que provocó la Caída y transformó el lenguaje en el paisaje abrupto que es hoy. Borracho, Tim Finnegan se cayó al sótano por una escalera, que inmediatamente pasó de ladder a latter y de latter salió litter y del desorden la letter, el mensaje divino. La carta es encontrada en un vaciadero de basura por una gallina que picotea. Está firmada con una mancha de té y la prolongada permanencia en el basurero ha dañado el texto. Tiene agujeros y borrones y es tan difícil de interpretar, que los eruditos y los sacerdotes conjeturan en vano sobre el sentido verdadero de la Palabra de Dios. La carta parece escrita en todas las lenguas y cambia continuamente bajo los ojos de los hombres. Ese es el Evangelio y el basurero de donde viene el mundo.

Los comentarios del *Finnegans* definen la tradición ideológica de la isla. El libro

es como un mapa y la historia se transforma según el recorrido que se elija. Las interpretaciones se multiplican y el *Finnegans* cambia como cambia el mundo y nadie imagina que la vida del libro se pueda detener. Sin embargo, en el fluir del Liffey hay una recurrencia hacia Jim Nolan y Anna Livia, solos en la isla, antes de la carta final. Ese es el primer núcleo, el mito de origen tal cual lo transmiten los informantes (según Boas).

En otras versiones el libro es la transcripción del mensaje de Anna Livia Plurabelle, que lee los pensamientos de su marido (Nolan) y le habla después que él está muerto (o dormido), única en la isla durante años, abandonada en una piedra, con las cintas rojas y los cables y el armazón metálico al sol, murmurando en la playa vacía hasta que llegan las doscientas familias.

13

Todos los mitos terminan ahí y también este informe. Hace dos meses que salí de la isla, dijo Boas, y todavía resuena en mí la música de esa lengua que es como un río. El que oiga el canto de las lavanderas en las orillas del Liffey no se podrá ir, dicen allá, y yo no he podido resistir la dulzura de la voz de Anna Livia. Por eso he de volver a la ciudad de los tres tiempos y a la bahía donde reposa la mujer de Bob Mulligan y al Museo de la Novela donde está el *Finnegans*, solo en una sala, en una caja negra de cristal. También yo voy a cantar en la taberna de Humphry Earwicker, golpeando el puño contra la madera de la mesa y tornando cerveza, una canción que habla del pájaro tuerto que vuela sin parar sobre la isla.

IV. En la orilla

1

El Delta bordeaba la ciudad y seguir el desvío de los canales y los afluentes de los ríos principales, con las islas y los arroyos y los terrenos anegados, era como mirar el plano de un continente perdido. Junior tenía un mapa y cuando llegó al Tigre hizo algunas averiguaciones y le mostraron la ruta en una de las terminales de la Interisleña. Contrató a un práctico del Embalse y alquilaron una lancha en el Rowing Club. Si los cálculos eran correctos, la colonia de Russo estaba en un desvío del Pajarito, antes de entrar en el río abierto. Tenían que navegar por el Carapachay y salir a los rápidos del norte. A medida que se internaba en el Paraná de las Palmas, Junior se sentía más seguro, como si cruzara por fin una frontera que lo llevaba hacia el pasado y lo acercaba extrañamente a su hija. A las dos horas la vegetación se hizo más espesa y pasaron por los restos de un laboratorio que indicaban la cercanía de la fábrica de Russo. Bordearon un islote de juncos y un arenero encallado y salieron otra vez a las aguas abiertas. Al fondo, borrada por la neblina, se veía una tierra alta, de barrancas cortadas y cimientos de hormigón. En el centro, sostenida sobre pilones de piedra y rodeada por una verja de hierro, se levantaba una construcción fortificada, con amplias ventanas circulares que daban al parque al río. En el muelle un hombre levantó un sombrero y les hizo señas para que amarraran. Era un ayudante de Russo, que recibió a Junior y lo ayudó a saltar de la lancha sosteniéndolo con fuerza del brazo y le indicó el camino que subía hacia la casa. El edificio estaba en un descampado y había que cruzar un bosquecito de sauces y entrar por un camino de piedra, hasta llegar al cerco de alambre que rodeaba la casa.

—La isla Santa Marta, de este lado está el arroyo Biguá. Esta zona ha estado siempre ocupada por extranjeros —le explicó. Hablaba con un leve acento que parecía un defecto de nacimiento y se mostraba amable y servicial. Cruzaron el portón y subieron hacia el jardín. En ese momento, caminando con pasos agitados, se vio venir a un hombre alto y flaco que cruzaba el parque con una mano extendida.

—Soy Russo. Usted es el periodista, le pido discreción y le pido que no tome fotografías. Siéntese conmigo —le mostró un sillón de mimbre en la galería abierta que rodeaba la casa—. Ellos —dijo— creen que la han desactivado, pero eso es imposible, está viva, es un cuerpo que se expande y se retrae y capta lo que sucede. Vea —dijo—, hay una canilla ahí en el jardín, casi a ras de tierra, que saca un agua fresca, aunque sea pleno verano, está al pie del cerco de ligustro y a veces me imagino que me tiro boca arriba en el pasto a tomar de ahí, pero nunca voy y de ese modo mantengo una posibilidad viva, me entiende, una forma disponible, ésa es la lógica de la experiencia, siempre lo posible; lo que está por venir, una calle en el futuro, una puerta entornada en una pensión cerca de Tribunales y el bordoneo de una guitarra. No hay desperfecto ninguno, se trata en realidad de una fase, la fase 3 o área

3, estaba previsto. Se ha producido un repliegue, una retirada estratégica. Nosotros, dijo el Ingeniero, hemos llegado a dominar el arte de considerar la vida como un mecanismo cuyas funciones más importantes son fáciles de comprender y de reproducir, un mecanismo que podemos hacer funcionar a un ritmo más rápido o más lento y por lo tanto más o menos intenso. Un relato no es otra cosa que la reproducción del orden del mundo en una escala puramente verbal. Una réplica de la vida, si la vida estuviera hecha sólo de palabras. Pero la vida no está hecha sólo de palabras, está también por desgracia hecha de cuerpos, es decir, decía Macedonio, de enfermedad, de dolor y de muerte. La física se desarrolla a tal velocidad, dijo de pronto, que en seis meses todo el conocimiento ha envejecido. Son alucinaciones, formas que surgen en la memoria y cuando se las recuerda ya se han perdido. Había tenido una grave enfermedad y había dejado de fingir que era europeo y desde el momento en que se había naturalizado todos lo tomaban por un austríaco, húngaro, alemán que fingía ser argentino y lo hacían pasar por un físico nazi escondido en el Tigre, un ayudante de Von Braun, un discípulo de Heidelberg. No hay que tratar de ser una cosa para parecer otra, me entiende. Si usted es anarquista, hágase el anarquista, así lo tornan por un policía disfrazado y nunca lo llevan preso. Si uno es el que es, todos piensan que es otro. Incluso sabía bien que ahora decían que en realidad él era Richter, el físico atómico que había engañado al general Perón vendiéndole el secreto de la bomba atómica argentina, pero no, dijo, yo soy Russo. Había estudiado la personalidad de Richter, porque lo divertía el fraude que había sido capaz de construir, un trabajo de virtuoso, pero él era Russo, un inventor argentino que se ganaba la vida vendiendo pequeños artefactos prácticos, patentes baratas de maquinitas sencillas que servían para mejorar la demanda en las ferreterías y los almacenes de ramos generales de los pueblos. Por ejemplo, mire, le dijo y le mostró un reloj de bolsillo y al abrirlo y pulsar el botón de la cuerda, el cuadrante se transformó en un tablero de ajedrez magnético con fichas microscópicas que se reflejaban ampliadas en el espejo con lente de aumento de la tapa cóncava. La primera máquina de jugar al ajedrez que se ha producido en la Argentina, dijo Russo, en La Plata, para ser preciso. Usa los engranajes y las rueditas del reloj para programar la partida y las horas son la memoria. Tiene doce alternativas por movida y con este apara-tito le gané a Larsen la vez que vino a jugar el Torneo de Maestros a Mar del Plata, en 1959. Apretó el botón de la cuerda y el reloj volvió a ser un reloj. Inventar una máquina es fácil, si usted puede modificar las piezas de un mecanismo anterior. Las posibilidades de convertir en otra cosa lo que ya existe son infinitas. No podría hacer algo de la nada, en eso no soy Richter. Nadie puede comparar mi descubrimiento con el invento de Richter, que le construyó a Perón una fábrica atómica sólo con palabras, con la sola realidad de su acento alemán. Le dijo que era un científico atómico que tenía el secreto de la bomba y Perón se lo creyó y cayó

como un chorlito y le hizo edificar edificios subterráneos, laboratorios inútiles con tubos y turbinas que jamás se usaron. Un decorado maravilloso por el que Perón se paseaba Mientras Richter, con un fuerte acento alemán, le explicaba sus planes enloquecidos de producir la fisión nuclear en frío. Le hizo el cuento, era apenas un pobre profesor secundario de física y ni siquiera era alemán, en realidad era suizo, y Perón, que se pasó la vida pasando a todo el mundo, que se la pasaba haciendo muecas y guiños y hablando con doble sentido, le creyó su historia fantástica y la defendió hasta el fin. En el fondo es lo mismo, quiero decir que para Macedonio ése ha sido el principio constructivo de la máquina. La ficción de un acento alemán. Todo es posible, basta encontrar las palabras. Cuando me encontró a mí, enseguida me convenció de que nos pusiéramos a trabajar juntos. Vea, dijo, los políticos les creen a los científicos (Perón-Richter) y los científicos les creen a los novelistas (Russo-Macedonio Fernández). Los científicos son grandes lectores de novela, los últimos representantes del público del siglo XIX, los únicos que se toman en serio la incertidumbre de la realidad y la forma de un relato. Los físicos, decía Macedonio, le pusieron *quarks* a la partícula básica del universo, en homenaje al *Finnegans Wake* de Joyce; el único amigo que tuvo Einstein en Princeton, su único confidente, fue el novelista Hermann Broch, cuyos libros, sobre todo *La muerte de Virgilio*, citaba de memoria. El resto del mundo se dedica a creer en las supersticiones de la televisión. El criterio de realidad, dijo Russo, se ha cristalizado y concentrado y por eso quieren desactivar la máquina. Seguro conoce la historia del soldado japonés que se mantuvo en la selva resistiendo al ejército norteamericano y sin rendirse durante treinta años. Estaba convencido de que la guerra era eterna y de que él debía evitar las emboscadas y moverse sin cesar por la isla, hasta entrar en contacto con las fuerzas propias. Mientras deambulaba, envejecía, vivía de lagartijas y de yuyos, dormía en una choza de ramas, en la época de los tifones se subía a los árboles y se ataba a las ramas. La verdad que así es la guerra y el soldado no hacía más que cumplir con su deber; salvo por un dato casi microscópico (la firma de paz en un papel), todo su universo era real. Cuando lo encontraron ya no sabía hablar, sólo repetía el juramento del ejército imperial que lo obligaba a pelear hasta el fin. Ahora es un viejo de noventa años y lo exhiben en el Museo de la Segunda Guerra Mundial, en Hiroshima, vestido con su raído uniforme de oficial del emperador, empuñando un fusil con bayoneta calada y en pose de combate. Macedonio captó con claridad el sentido de la nueva situación. Si los políticos les creen a los científicos y los científicos les creen a los novelistas, la conclusión era sencilla. Había que influir sobre la realidad y usar los métodos de la ciencia para inventar un mundo donde un soldado que se pasa treinta años metido en la selva obedeciendo órdenes sea imposible o al menos deje de ser un ejemplo de convicción y de sentido del deber reproducido, en otra escala, por los ejecutivos y los obreros y los técnicos japoneses que viven esa misma ficción y a quienes todos

presentan como los representantes ejemplares del hombre moderno. El modelo japonés del suicida feudal, con su cortesía paranoica y su conformismo zen, era para Macedonio el enemigo central. Ellos construyen aparatos electrónicos y personalidades electrónicas y ficciones electrónicas y en todos los Estados del mundo hay un cerebro japonés que da las órdenes. La inteligencia del Estado es básicamente un mecanismo técnico destinado a alterar el criterio de realidad. Hay que resistir. Nosotros tratamos de construir una réplica microscópica, una máquina de defensa femenina, contra las experiencias y los experimentos y las mentiras del Estado. Ve, dijo, y levantó la mano con un gesto que abarcaba los árboles y las islas lejanas, hay micrófonos y cámaras ocultas y policías por todos lados, todo el tiempo nos vigilan y nos graban y yo no sé si usted mismo es de veras un periodista o si es un espía o las dos cosas a la vez. No importa, no tengo nada que ocultar, ellos saben dónde estoy y si no vienen es porque ya estoy fuera de la ley. El Estado conoce todas las historias de todos los ciudadanos y retraduce esas historias en nuevas historias que narran el presidente de la república y sus ministros. La tortura es la culminación de esa aspiración al saber, el grado máximo de la inteligencia institucional. El Estado piensa así, por eso la policía fundamentalmente tortura a los pobres, sólo a los que son pobres o son obreros o están desahuciados y se ve que son negros, los torturan los policías y los militares y muy excepcionalmente han torturado a gente que pertenece a otra clase social y en esos casos se han desatado grandes escándalos, como pasó con el estudiante Bravo torturado, por Amoresano y Lombilla en la época del general Perón, porque cuando se deciden a torturar a gente de rango un poco más elevado se produce un escándalo y en estos años, después que el Ejército actuó atacado por el rencor homicida y el pánico y fueron torturados y brutalizados hombres, mujeres y niños pertenecientes a clases distinguidas de la sociedad, todo se denunció y se supo y si bien por supuesto la mayor parte de los asesinados han sido obreros y campesinos, también fueron ejecutados sacerdotes, estancieros, industriales, estudiantes, y al final tuvieron que retroceder ante la presión internacional, que acepta como un dato de hecho que se masacre y se torture a los humillados del campo y a los pobres, a los desgraciados afiebrados de los ghettos y de los barrios bajos de la ciudad, pero reacciona cuando se trata de ese modo a los intelectuales y a los políticos y a los hijos de las familias acomodadas, porque en general éstos ya colaboran espontáneamente y son un ejemplo y adaptan sus vidas a los criterios de realidad establecidos por el Estado, sin que sea necesario torturarlos. Los otros harían lo mismo, los desesperados y los humillados, pero no pueden porque los han arrasado y acorralado y aunque quieran y se esmeren ya no pueden actuar como un ciudadano japonés modelo, que trabaja quince horas por día y siempre saluda con una leve inclinación milenaria al gerente general de su empresa. Tienen todo controlado y han fundado el estado mental, dijo Russo, que es una nueva etapa en la historia de las

instituciones. El estado mental, la realidad imaginaria, todos pensamos como ellos piensan y nos imaginamos lo que ellos quieren que imaginemos. Por eso me gusta el modo en que Richter se infiltró en el Estado argentino, infiltró su propia imaginación paranoica en la imaginación paranoica de Perón y le vendió el secreto de la bomba atómica. Sólo el secreto, porque la bomba jamás existió: sólo el secreto, que como era un secreto no se podía revelar. Claro que ahora, después de años y años de tortura sistemática, de campos de concentración destinados a hacer trabajar a los arrepentidos en tareas de información, han triunfado en todos lados y nadie se los va a infiltrar, sólo es posible crear un nudo blanco y empezar de nuevo. No queda nada, nada de nada, sólo nosotros, para resistir, mi madre y yo, esta isla y la máquina de Macedonio. Hace quince años que cayó el Muro de Berlín y lo único que queda es la máquina y la memoria de la máquina y no hay otra cosa, me entiende, joven, dijo Russo, nada, sólo e] rastrojo, el campo seco, las marcas de la escarcha. Por eso la quieren desactivar. Primero, cuando vieron que no la podían desconocer, cuando se supo que hasta los cuentos de Borges venían de la máquina de Macedonio, que incluso estaban circulando versiones nuevas sobre lo que había pasado en las Malvinas; entonces decidieron llevarla al Museo, inventarle un Museo, compraron el edificio de la RCO y la exhibieron ahí, en la sala especial, a ver si la podían anular, convertirla en lo que se llama una pieza de museo, un mundo muerto, pero las historias se reproducían por todos lados, no pudieron pararla, relatos y relatos y relatos. ¿Sabe cómo empezó? Le voy a contar. Siempre empieza así, el narrador está sentado, como yo, en un sillón de mimbre, se hamaca, de cara al río que corre, siempre fue así, desde el principio, hay alguien del otro lado que espera, que quiere ver cómo sigue. Yo tenía un tallercito en Azul en aquel entonces, había perdido mi trabajo en el Observatorio Astronómico de La Plata por motivos políticos y había instalado un taller de reparación de radios y de aparatos de TV y ya estaba haciendo mis investigaciones, de noche, había empezado a combinar ciertas fórmulas, a hacer cálculos, nada muy definido, recién se empezaban a difundir las hipótesis de Gödel y de Tauski y yo las aplicaba a un receptor de radio, había logrado construir, no un transmisor, en ese entonces, sólo un grabador; tenía el ropero lleno de cintas, voces grabadas, letras, no podía transmitir, sólo podía captar, en el éter, las ondas, los recuerdos, insisto en la fecha, recién había aparecido el trabajo de Gödel y paralelamente el ensayo de Tauski, yo estaba en relación con la librería Rodríguez en Buenos Aires y me llegaban los materiales científicos y filosóficos a los dos meses, en alemán, en inglés, y a la noche trabajaba en mis investigaciones y a la mañana atendía el negocio de reparaciones eléctricas, hasta que un día veo aparecer a este hombre, a este filósofo y poeta, tengo que decir, que se acercó a trabar conversación, porque en un pueblo todo se sabe y le dijeron que había un matemático europeo y él venía de pasar una temporada en la chacra de los Arteaga, en la zona, y le dijeron que

había un alemán, porque todos siempre pensaron que yo era alemán o ruso y él quiso conocerme. Así fue como empezó todo. Él había empezado antes, en realidad, otro tipo de experimentos, pero la misma dirección. Me acuerdo de un amigo, Gabriel del Mazo, que lo conoció de chico, haberle oído contar que estaba un día en el comedor de la casa de Macedonio, en el pasaje de la Piedad, una casa grande, con patio, a la altura de Bartolomé Mitre al 2120, que todavía está, tenía un fondo con una parra, se reunían con Juan B. Justo, con Cosme Mariño, fundadores del socialismo, del movimiento anarquista, se acordaba Gabriel del Mazo que Macedonio era soltero todavía y que sentía en la pieza de al lado un rasgueo continuo de la guitarra, un rasgueo, contaba del Mazo, que guardaba grandes intervalos con otros, con otros, con otros y nada más. Yo estaba intrigado, cuenta, me voy y le pregunto qué estaba haciendo. Y me dijo algo que temo no explicar bien por falta de memoria, Macedonio dice del Mazo, pero es algo así:

—Que es muy interesante tratar de buscar en la música los acordes fundamentales de los cuales, tal vez, derivaría todo el universo.

Como si buscara una especie de célula primordial, el nudo blanco, el origen de las formas y de las palabras, en el rasgueo de una guitarra, en la melodía que se repite y se repite sin terminar. Un núcleo que es el origen de todas las voces y de todas las historias, una lengua común que está como grabada en el vuelo de las aves, en el caparazón de las tortugas, una forma única metafísicamente, por decirlo así, no distinguía el ensueño de la realidad. Su tesis era no distinguir la vigilia y el soñar, a pesar de esa apariencia de objetividad de la realidad él le oponía el ensueño. No creía que el ensueño fuera interrupción de lo real, sino más bien una entrada. Se sale del soñar a otra vida y el cruce es siempre inesperado, el vivir es una trenza que trenza un sueño con otro. Le parecía que el ser, en esos momentos de ensueño, vivía con intensidad, que hacía tantas experiencias o más que con los ojos abiertos durante la vigilia. Toda su obra giró sobre ese nudo. Él ha escrito sobre eso. Lo que no es define el universo igual que el ser, Macedonio colocaba lo posible en la esencia del mundo. Por eso comenzamos discutiendo las hipótesis de Gödel. Ningún sistema formal puede afirmar su propia coherencia. Partimos de ahí, la realidad virtual, los mundos posibles. El teorema de Gödel y el tratado de Alfred Tarski sobre los bordes del universo, el sentido del límite. Macedonio tenía una conciencia muy clara del cruce, la orilla a partir de la cual empezaba otra cosa. Por eso cuando su mujer murió fue necesario que dejara su vida también él, que él también abandonara su vida, como ella había abandonado su vida, como si él hubiera salido a buscarla y ella estuviera en la otra orilla, en lo que Macedonio llamaba la otra orilla. Se convirtió en un náufrago que llevaba en una caja lo que había conseguido rescatar de las aguas. Vivió en una isla imaginaria años y años de soledad, como Robinson Crusoe. Cuando su mujer murió él abandonó todo, a sus hijos, su título de abogado, incluso sus escritos de

medicina y de filosofía, y empezó a vivir sin nada, casi como un linyera por los caminos, con otros anarquistas que en aquel tiempo se iban a las vías, al campo, bajo los puentes, y vivía a sopa, caldo de cardo, huesos de gorrión, porque era una persona extremadamente ascética, todo le sobraba, hasta lo que no tenía ya le sobraba. Andaba solo, tocaba la guitarra en los despachos de bebida de los almacenes de la provincia de Buenos Aires y llevaba un tachito de yerba con el alma de Elena, según decía, es decir, con las cartas y una foto de la mujer envuelta en trapos. Había descubierto la existencia de los núcleos verbales que preservan el recuerdo, palabras que habían sido usadas y que traían a la memoria todo el dolor. Las estaba anulando de su vocabulario, trataba de suprimirlas y fundar una lengua privada que no tuviera ningún recuerdo adherido. Un lenguaje sin memoria, personal, él escribía y hablaba el inglés y el alemán, así que mezclaba un idioma con otro, para no rozar la piel de las palabras que había usado con Elena. Al final pasaba las horas sentado solo, en el patio de la casa que le habían prestado unos amigos, en el partido de Azul, dedicado a pensar, tornando mate y mirando la llanura. La había conocido en ese mismo lugar. Después de dar vueltas y vueltas por la provincia de Buenos Aires, había terminado en el punto donde había empezado. Macedonio se enamoró de Elena antes de conocerla, según decía, porque le habían hablado tanto de ella, que lo visitaba como un espíritu antes de haberla visto e incluso muchas de las cosas que hizo al principio de su vida fue para impresionarla a distancia y enamorarla. Siempre pensó que esa pasión la había enfermado y siempre pensó que ella había muerto por su culpa. Macedonio la vio por primera vez en la casa de una prima el día en que ella cumplía dieciocho años y la volvió a encontrar por azar una tarde en una calle de Azul y ese encuentro fue definitivo. Se había bajado del tren porque estaba haciendo un experimento de medición del pensamiento y se bajó en la estación sin saber dónde estaba, porque ya tenía recorridas las leguas que necesitaba pensar y decidió mandar desde ahí un telegrama para avisar que iba a llegar con retraso y cuando salió de la oficina de correo se sentó a tornar una caña en el almacén de la esquina y después siguió por la calle del costado y encontró a Elena, que estaba mirando la vidriera de Una zapatería como si la hubieran puesto en el lugar para que Macedonio la encontrara. Ella se empezó a reír, porque le pareció gracioso ver a ese hombre vestido de traje oscuro y camisa blanca caminando como un sonámbulo a la hora de la siesta por un pueblo abandonado de la pampa. Parecía un seminarista que va a pedir limosna para los pobres de la parroquia. Y era limosna lo que yo iba a pedirle, decía Macedonio, porque ella me dio la gracia de su belleza y de su inteligencia, que era clara como la luz de la mañana. La invitó a tomar un tecito en el bar de la estación y desde esa tarde estuvieron juntos hasta que ella murió.

Elena vislumbró la inminencia de su muerte. Aunque nadie podía descubrir

síntoma alguno de enfermedad, aunque era en realidad Macedonio Fernández el que vivía perpetuamente enfermo y con sistemas extravagantes de medicina gaucha, como tomar leche fermentada y sopa, pero ningún medicamento químico, y aunque era él quien experimentaba con su saber medicinal, era ella la que estaba invadida por la muerte. Por eso la enfermedad y el fin de Elena y los intentos de Macedonio de curarla con su saber médico fueron una tragedia tristísima. Macedonio pensó que la muerte de Elena era un experimento en el que estaba incluida su vida futura. Un científico no participa personalmente en sus experimentos, eso es lo que lo diferencia de un místico. Pero Macedonio participó hasta el último momento en la enfermedad de Elena y trató de curarla. Para darle una idea fue como si Einstein hubiera viajado a Hiroshima para experimentar sus hipótesis teóricas sobre la estructura del átomo. Cuando al fin tuvo la certeza de que había sido derrotado, de que la vida era un desgaste atroz destinado a matar una por una a todas las personas y de que él era incapaz de detener la enfermedad e incluso que era inútil que intentara enfermarse en su lugar, accedió a que la internaran en una clínica. Él rondaba los pabellones y se asomaba por la ventana del cuarto, desde afuera, sin animarse a entrar, daba vueltas por el jardín y la saludaba con la mano por el vidrio, sin animarse a entrar y verla morir. Desde ese momento odió a los médicos y despreció a la medicina, a la que consideraba una ciencia sin esperanzas, incapaz de cumplir su misión de impedir que los seres humanos se mueran. Un médico es siempre un fracasado, sólo es cuestión de darle tiempo. Jamás salvaron a nadie de la muerte. Son arrogantes e imbéciles, justamente porque jamás han triunfado y jamás han podido salvar a nadie. La mujer estaba en una sala y Macedonio se asomaba a la ventana y la saludaba desde el otro lado y ella le sonreía ya sin fuerzas.

Y así murió Elena, que era frágil y delicada como la dicha.

El fin fue tan atroz y tan interminable que Macedonio recordaba los sillones de cretona de la sala de espera y la imposibilidad física de acercarse a la cama donde yacía el cuerpo dolorido de Elena, con una sensación nítida de estar en un sueño y no poder despertar. En la sala de espera otros hombres esperaban en el amanecer que otras agonías tuvieran fin. Fumaban y miraban el vacío en un tiempo sin tiempo, donde lo que se espera es algo que las personas alejadas del dolor llaman con resignación «lo inevitable», Hasta que una tarde su hermano Alfredo vino desde el fondo del pasillo hacia la sala de espera con la cara que había sido la cara de su padre y Macedonio lo paró con un gesto de la mano y Alfredo se apoyó contra los azulejos blancos de la pared y lo miró irse. No iba a volver, que sus hijitos queridos se criaran guachos, quería anular todo lo que pudiera hacerle pensar que ella había dejado el mundo. La muerte de Elena (tenía veintiséis años) era un acontecimiento sin explicación, pertenecía a un universo paralelo, había sucedido en un sueño. (Soñó que la mataban en un pajonal unos tigres). Es como si le hubiera pagado a un hombre que

venía con un farol por un camino de tierra en la oscuridad y le entregaba el cuerpo de esa mujer para que él pudiera tenerla. ¿A cambio de qué? Era un pacto. Pensó que los sacrificios eran actos que sostenían el orden del universo. No eran públicos (habían dejado de ser públicos), pero no podían dejar de realizarse y en lugar de ceremonias arrogantes y teatrales ahora se realizaban con víctimas inocentes y bellísimas en salas blancas de hospitales. Por lo tanto, si era así, tenía una esperanza. Decidió colocarse en el centro de un experimento ya que el sacrificio había sido consumado. En ese entonces yo estaba casado y mi mujer se hizo enseguida muy amiga de Macedonio, porque él era cortés y atento con las mujeres, un hombre seductor, amable, inteligentísimo, eso se lo van a confirmar todos los que lo conocieron. Una inteligencia de primera clase, instantáneamente captaba las paradojas, las tautologías, me acuerdo que una de las primeras cosas que me dijo fue que le interesaba William James porque investigaba la creencia. En general, me dice, los filósofos se interesan por las tautologías (o sea, las matemáticas y la lógica formal) o por las evidencias (los hechos y las verificaciones) y no por la realidad ausente. Me parece oírlo, con esa voz suave, firme.

—La ausencia es una realidad material, como un pozo en el pasto.

Muerta Elena, él ya no podía vivir y sin embargo seguía vivo. *(Io non mori e non rimasi vivo*, así lloraba el Dante). Me dijo que se acordaba de un estudiante ruso al que le había estallado una bomba en el cuerpo, porque no había querido matar a una familia inocente que cruzaba en fila la calle (la madre, dos hijos, la institutriz francesa) cuando estaba por atentar contra el jefe de la policía política en Odessa. Lo había conocido en Adrogué, años después, envejecido y totalmente desfigurado por la explosión, y era igual a un fantasma. E] que ha perdido a la mujer amada queda como el hombre al que le estalla una bomba en el cuerpo y no muere, y por eso Macedonio se sentía un hermano del impetuoso Rajzarov, que estaba hecho de metal más que de vida. Su dentadura de acero centelleaba al hablar, bajo su peinado había una placa de plata, un enrejado de oro entretejía un tatuaje tridimensional en medio de los leves despojos de cartílago y hueso que le quedaban en la articulación de la rodilla derecha, un sello de dolor hecho a mano, cuya forma siempre sentiría como un recuerdo doloroso y a la vez el círculo de fuego libertario, una condecoración de combate que llevaba con el máximo orgullo por ser invisible y estar grabada en su cuerpo. Una operación de cuatro horas en la oscuridad, en el frente oriental, en un sótano de la organización en Crimea, no había sulfamida, ni anestesia, no es de extrañar que estuviera orgulloso. Macedonio había quedado así, metálico, maltrecho, sostenido con operaciones y prótesis, el mismo dolor, el mismo cuerpo rehecho artificialmente, porque Elena de golpe estaba ausente. Congelado, de aluminio, caminaba con los brazos y las piernas separados del cuerpo, como un muñeco de metal, no podía sonreír ni alzar la voz. «Nada dejó que no doliera».

Rajzarov estaba con él cuando Elena murió y lo acompañó todo el día, moviéndose con el andar apesadumbrado de era robot, el peso del hierro en el alma, la ausencia grabada en el pecho. Macedonio estaba tirado en un sillón y el indomable Rajzarov trataba de levantarle el ánimo. Macedonio lo escuchaba muy atentamente contar sus hazañas anarquistas y se quedaba callado, pero una vez, después de una pausa en la que Rajzarov se reponía con una caña, dijo Macedonio con una voz rara que parecía leve, porque hacía horas que no hablaba:

—Un general austríaco le dijo a mi padre: «Pensaré en usted después de mi muerte». Que yo piense en ella es natural, pero que ella piense en mí ahora, después de muerta, es algo que me entristece profundamente.

No podía soportar que ella, muerta, pudiera recordarlo y estuviera triste al verlo solo. Pensaba en la memoria que persiste cuando el cuerpo se ha ido y en los nudos blancos que siguen vivos mientras la carne se disgrega. Grabada en los huesos del cráneo, las formas invisibles del lenguaje del amor siguen vivas y quizás es posible reconstruirlas y volver viva la memoria, como quien puntea en la guitarra una música escrita en el aire. Esa tarde concibió la idea de entrar en el recuerdo y de quedarse ahí, en el recuerdo de ella. Porque la máquina es el *recuerdo* de Elena, es el relato que vuelve eterno como el río. Ella fue su *Beatrice*, fue su universo, fue los círculos del infierno y las epifanías del paraíso. Existe una versión herética de la *Divina Comedia*, en la que Virgilio le construye a Dante una réplica viva de Beatriz. Una mujer artificial a la que encuentra al final del poema. Dante cree en la invención y destruye los cantos que ha escrito. Busca el amparo de Virgilio, pero Virgilio ya no está junto a él. La obra es entonces el autómata que le permite recuperar a la mujer eterna. En un sentido, yo he sido su Virgilio. Meses y meses encerrado en el taller, reconstruyendo la voz de la memoria, los relatos del pasado, buscando restituir la forma frágil de un lenguaje perdido. Ahora dicen que la han desactivado, pero yo sé que es imposible. Ella es eterna y será eterna y vive en el presente. Para desactivarla tendrían que destruir el mundo, anular esta conversación y la conversación que sostienen quienes quieren destruirla. Ella es como ese río que fluye, manso, en el atardecer. Aunque uno no esté en él, el río igual sigue su andar quieto. No van a poder detener lo que ha comenzado antes de que ellos comprendieran lo que estaba sucediendo. Soy Emil Russo, dijo. Ellos piensan que tengo una réplica, pero no soy yo quien tiene una réplica, existen otras réplicas, ella produce historias, indefinidamente, relatos convertidos en recuerdos invisibles que todos piensan que son propios, ésas son réplicas. Esta conversación, por ejemplo. Su visita al Majestic, la mujer que bebe indefinidamente de un frasco de perfume, la muchacha en la cárcel. No hace falta que usted se vaya de la isla, esta historia puede terminar aquí. La realidad es interminable y se transforma y parece un relato eterno, donde todo siempre vuelve a empezar. Sólo

ella sigue ahí, igual a sí misma, quieta en el presente, perdida en la memoria. Si hay un crimen, ése es el crimen. Ya no tiene imágenes, en el recuerdo sólo hay palabras, el aletear quieto de los pájaros, las voces de la noche. Le voy a mostrar el Archivo y usted va a comprobar que el relato es infinito. Vea, le dijo, y encendió una pantalla contra la pared. Al comienzo hubo unos números que se proyectaban en medio de rayas y después se vio un antiguo film en súper-8 con la figura de un viejito, de pelo blanco y sobretodo, que salía de una casa de madera y cruzaba un jardín y se sentaba en una silla de mimbre y sonreía.

—Ese hombre, lo ve, fue un poeta, un filósofo y un inventor.

Sentado en la silla de mimbre, Macedonio miró la cámara y se levantó las solapas del sobretodo, como si quisiera abrigarse antes de saludar con una leve inclinación.

2

El Museo fue clausurado y para entrar hay que atravesar la verja de hierro que lo aísla de la calle. Si uno cruza el jardín puede ver un leve resplandor que brilla en la ventana del primer piso. Para llegar hay que subir una rampa y pasar por las galerías circulares, hasta dar con la sala central. La máquina está en el fondo de un pabellón blanco, sostenida por un armazón metálico. Tiene una forma achatada, Octogonal, y sus pequeñas patas están abiertas sobre e] piso. Un ojo azul late en la penumbra y su luz atraviesa la quietud de la tarde. Afuera, del otro lado de los cristales, se alcanza a oír e] suave rumor de los autos que cruzan la avenida Rivadavia hacia el oeste. La máquina, quieta, parpadea con un ritmo irregular. En la noche, el ojo brilla, solo, y se refleja en el cristal de la ventana.

¿Es usted, Richter? ¿Hay alguien ahí? Por supuesto que no puede ser Richter. Dije eso porque estaba demasiado asustada. Si está ahí, no me importa quién es. ¿Y si no hubiera nadie? ¿Y si estuviera sola? Ya no viene nadie. Hace días y días que ya no viene nadie. Un espacio vacío y circular con ventanales que dan al parque y sobre la saliente de piedra, en una tarima, me han abandonado. ¿A quién le importa lo que digo? La soledad cerebral. La soledad es una enfermedad cerebral. Han cerrado con llave, nadie va a venir ya, nadie ha venido nunca. A veces tengo alucinaciones, reviso los archivos y busco las palabras, todo es tan lento que apenas veo el brillo de la luz en la claraboya, al fondo de la sala, me imagino a Fuyita en el sótano, sentado en la mecedora, vigilando; no alcanzo a entender, ¿me habrán dejado sola?, ¿para desaparecer? Sé que hay una cámara que me vigila, el ojo de una cámara en el costado del techo, puedo imaginar a Fuyita en el gabinete de abajo, su visión múltiple de todo el Museo en las pequeñas pantallas de circuito cerrado, todos vamos a terminar así, una máquina vigilando a otra máquina, en los ángulos del techo las pequeñas video, sostenidas con brazos mecánicos, giran como ojos de vidrio que barren y filman las salas y las galerías y a veces también registran los recuerdos de Fuyita, apoyado en su bastón, sus recorridas por las alas del Museo, con su uniforme de guardia municipal y la linterna para alumbrar los rincones y las escaleras. Su imagen diminuta, distorsionada en el espacio vacío, y después Fuyita sentado ya en la mecedora, en el subsuelo, cuando hace retroceder la cinta para verse a sí mismo caminando por las galerías. Este Museo se ha convertido en el más grande del país dedicado al arte de la vigilancia, sólo máquinas de vigilar y un cuidador que recorre las salas. Conozco el Museo Policial, con los criminales reproducidos en cera. El Pibe Cabeza, el Loco Gaitán, Ángel Malito, Agatha Galifi, Ranko Kozu, en tamaño natural, con la ropa que usaban cuando fueron detenidos o muertos (la camisa con el

agujero del balazo en la espalda) y también las celdas donde los encerró la justicia argentina y los instrumentos que la policía ha usado durante siglos para mantener sujetados a los asesinos. La narración, me decía él es un arte de vigilantes, siempre están queriendo que la gente cuente sus secretos, cante a los sospechosos, cuente de sus amigos, de sus hermanos. Entonces, decía él, la policía y la denominada justicia han hecho más por el avance del arte del relato que todos los escritores a lo largo de la historia. ¿Y yo? Yo soy la que cuenta. Durante horas es sólo mi imagen la que se ve en el sótano, enfocada en realidad por dos cámaras, una en ese ángulo y la otra en ese otro ángulo del techo. Sólo ven mi cuerpo, pero nadie puede entrar en mí, la soledad del cerebro es inmune a la vigilancia electrónica, la televisión sólo refleja el pensamiento de quienes la ven. Sólo se filma y se transmite el pensar de la gente que voluntariamente se dispone a mirar lo que piensa. A eso lo llaman la programación televisiva del día, un mapa general del estado mental. El monólogo interior, decía él, es ahora la programación de un día en las pantallas de la TV, tiempo fragmentado, flujo de conciencia, imágenes verbales. Pero no han logrado todavía una máquina tan sensible, que permita la televisión telepática. Existen, dice Fuyita, investigaciones en Osaka, Japón, en los laboratorios secretos de la Sony-Hitachi, donde experimentan con el cerebro de los delfines, quieren una máquina capaz de leer el pensamiento y transmitirlo a una pantalla. Soy anacrónica, tan anacrónica que me han sepultado en este sótano blanco. Por eso quieren aislarme, mantenerme bajo control, al cuidado exclusivo del coreano Fuyita, como un cadáver embalsamado. Ahora imagino los pasillos, la rampa, las galerías interiores que atraviesan el Archivo, si intento recordar sin que la pureza del recuerdo me ciegue, veo la puerta entornada de una pieza, una hendija en la oscuridad, una silueta contra la ventana. Sólo la puerta entornada de una pieza de pensión, ¿hará quince, dieciséis años? Nunca hay una primera vez en el recuerdo, sólo en la vida el futuro es incierto, en el recuerdo vuelve el dolor igual, exacto, al presente, hay que evitar ciertos lugares a medida que se atraviesa el pasado con el ojo de la cámara, quien se mira en esa pantalla pierde la esperanza, veo la laguna hundida en la neblina baja, el aire gris de la mañana, ahí se mató mi padre, yo vi el bañado blanco con la escarcha en el borde, entre los juncos, pegado al barro marcado por las patas de los teros. Todo relato es policial, me decía él. Sólo los asesinos tienen algo que contar, la historia personal es siempre la historia de un crimen. Raskolnikov, me dijo, Erdosain, el Dandy Scharlach. Mi padre mató a un hombre al salir de una fiesta. Estoy segura de que ya no voy a dormir, sueño con un ingeniero húngaro que se refugia en una casa de campo, en el casco de una estancia donde anida un pájaro mecánico. La fiesta había durado hasta la madrugada y al salir hubo un entrevero en la galería que daba al patio del fondo. Estuve inconsciente cerca de dos horas, según el reloj Hitachi de la madre de Fuyita. Volví a ver la esfera luminosa y a sentir una pesadez en el muslo. La Sony suena, la música nocturna en la

estación de radio, si pudiera entrar en conexión, transmitir. Una vez el hijo de un amigo se ahorcó para no hacer el servicio militar. Tenía veinte años, tenía que ir a Campo de Mayo, pasó la noche anterior al reclutamiento con una mujer y volvió a su casa y se mató en el galpón del fondo, donde guardaban las herramientas. Nada que ver con el Ejército argentino. Una vez la hija de una amiga recibió una carta que ella misma le había escrito a su ex marido, que vivía en Barcelona. La dirección había cambiado o ella la había anotado mal, el asunto es que la carta volvió al remitente y leyó lo que ella misma había escrito seis meses antes. Parecía que una desconocida le había escrito una carta contándole los secretos de su vida en Buenos Aires. Nada que ver con su recuerdo. En el Museo Policial había una sala dedicada a la vida del comisario Lugones, llamado igual que su padre, Leopoldo Lugones (hijo), que fundó la Sección Especial e introdujo una mejora sustancial en las técnicas argentinas de tortura, usó la picana eléctrica, que tradicionalmente se había empleado con las vacas para embarcar el ganado en los trenes ingleses, meterlas en los bretes, la usó en el cuerpo desnudo de los anarquistas encadenados de los que quería obtener información. El comisario Lugones dirigió la inteligencia del Estado y realizó y llevó a su culminación la obra de su padre y fue su albacea y el encargado de prologar todas las composiciones poéticas y literarias del poeta, avanzó y profundizó en el espíritu nacional y del mismo modo que su padre escribió la «Oda a los ganados y las mieses», él usó un instrumento de nuestra ganadería para mejorar el control del Estado sobre los rebeldes y los extranjeros. El comisario jubilado terminó encerrado en su casa del barrio de Flores, atacado por el mal de Parkinson, sin dormir, insomne, aterrorizado por los posibles atentados terroristas, por la posible venganza de los hijos de los anarquistas torturados, encerrado en su casa, con las puertas y las ventanas enrejadas y un complicadísimo sistema de espejos que le permitían vigilar desde una silla de ruedas, con la que se deslizaba por las habitaciones, simultáneamente todos los ambientes de su casa, reflejados en los espejos inclinados en los ángulos del techo y en las puertas, ver toda la casa en una sola visión y también el parque y la entrada. Esto es histórico, rigurosamente histórico, está en el Museo Policial y me fue contado por la hija, que recordaba con odio y sarcasmo a su padre, encerrado en sucesivas piezas acolchadas, vigilando con espejos y ángulos los rincones de la casa, siempre armado para prever posibles ataques, mientras dedicaba lo que le quedaba de vida a proteger y a editar la obra del poeta Leopoldo Lugones y para asegurar la fidelidad a esa obra, entraba en pleito con todo aquel que aludiera a cualquier escrito de su padre sin citar las interpretaciones policiales de su hijo y albacea, que se ocupó durante años de vigilar todas y cada una de las ediciones de las obras completas de Lugones, que se leían en las escuelas y en las cárceles. Por fin, al final se mató, el ex comisario Lugones, con un tiro de escopeta, gatillada, esto es seguro, con el dedo del pie, según es tradición en este tipo de suicidios, en estos relatos de suicidios el suicida que se

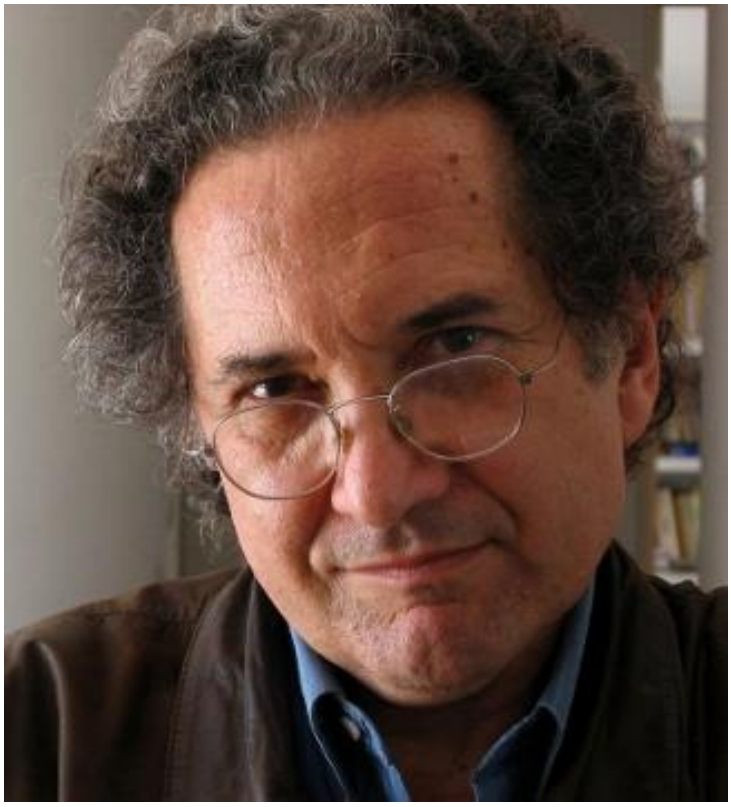
mata con una escopeta siempre aprieta el gatillo tortuosamente con el dedo gordo del pie descalzo, mientras sostiene el cañón contra la cara y en el caso de Leopoldo Lugones (h) el mal de Parkinson complicó tanto la operación, que el tiro salió movido y la bala le atravesó la garganta, de modo que murió desangrado diez horas después. En la sala del Museo Policial dedicada a su memoria, en la calle Defensa, en Buenos Aires, se ven fotos y objetos de su pertenencia e incluso se han reproducido los complejísimos sistemas de vigilancia que había inventado para preservar su vida de los ataques terroristas. Macedonio lo consideraba un digno hijo de su padre, el hijo más digno de su enemigo principal, ya que el comisario, obedeciendo estrictas órdenes del poeta Lugones, hizo perseguir y vigilar por la policía a Macedonio Fernández durante todos esos años, por puros celos literarios, por envidia del respeto que la sobria actitud de Macedonio suscitaba entre los jóvenes que despreciaban a Lugones por ser un ejemplo del escritor que siempre se deja usar por los gobernantes y los poderosos y entonces lo acusaban a Macedonio con razón de anarquista y antiargentino y lo empezaron a perseguir, lo que era una infamia inútil, porque era un hombre pacífico, incapaz de matar una mosca. Al final incluso Lugones era vigilado por la policía de su hijo y fue obligado a matarse, porque su hijo lo amenazó con hacer una denuncia pública cuando sus pesquisas le informaron que el poeta mantenía una relación adúltera con una maestra a la que le enviaba cartas místicas y pornográficas en las que salpicaba el papel con semen y con sangre y cuando el comisario, decía Macedonio, lo intimó a abandonar a su clandestina y lo amenazó con un escándalo público que hundiría su reputación de criollo decente y representante fiel de la extrema derecha argentina, entonces el poeta con un último gesto de dignidad se tomó una lancha hasta un recreo en el Tigre y se suicidó en 1938, exactamente treinta años antes que su hijo. Todo esto está en el Museo de la Policía, incluso las cartas de la amante de Lugones, los espejos del comisario Leopoldo Lugones hijo y las obras completas de su padre editadas por él con sus prólogos policiales, todo eso se encuentra en el Museo de la calle Defensa. Macedonio contaba esa historia con melancolía, pero también con sarcasmo, porque le parecía un buen ejemplo de la literatura policial de su enemigo privado, el poeta Leopoldo Lugones. Este es el primer caso de un poeta que ha tenido un hijo policía, son comunes los ejemplos de policías que han tenido hijos poetas, decía Macedonio, pero el caso contrario es rarísimo. ¿Me lo decía él? ¿Me lo dijo ahora? A veces me confundo, creo que estoy en el hospital. Pienso y pienso y veo un pasillo, en la memoria, y después otro, me llevaban en la camilla y yo veía las luces en el techo y los azulejos blancos de las paredes. Él jamás pensó que se iba a ir y que yo me quedaría perdida aquí, una mujer en una cama de hospital, atada con correas de goma a este respaldo, las muñecas alzadas sobre la cabeza, encadenada. Loca, me dijo, perdida, ese murmullo es el amor, la voz de la mujer que cuenta lo que ha visto, la pantalla blanca como una

sábana, no puedo parar sin que se pare la vida, veo lo que digo, ahora está ahí, me dice lo que quiero escuchar. He sido lo que he sido, una loca argentina a la que han dejado sola, ahora, abandonada para siempre, él tiene ahora qué edad, dicen que encaneció en una sola noche cuando me fui, siempre fue bello, parecido a Paul Valéry, más distinguido que Valéry, bien criollo, un cuerpo liso y esa manera de apoyarme, sin dejar de hablar, un susurro en la nuca, una vez, en la parecita del fondo de la casa de mi hermana, a la siesta, me sostuvo así, con el brazo, así, me levantó una pierna y se la sacó, la bragueta con botones, había estado jugando a la paleta y tenía ese olor y me miraba la cara mientras me la ponía así, sí, ahí, sí, casi sentada en el muro, yo andaba sin nada abajo, nunca he usado nada abajo, sentía la pollera en las nalgas, en la raya, andaba siempre caliente, me puso primero la mano abierta ahí, como si me fuera a sentar en el aire, alzada, estaba alzada yo, había una llama siempre ardiendo en la pieza de la calle Olazábal, frente al espejo de cuerpo entero, en ése sí una podía mirarse, me hizo dar vuelta, los codos en la pared, hasta tocar el vidrio con la cara, igual que una gata. Pasamos un invierno en Mar del Plata, porque él venía escapando, comprometido y perseguido, y nos prestaron ese departamento en un edificio vacío, en la calle Olazábal, desde la ventanita de la cocina se veía el mar, las hornallas prendidas, el horno, única luz en el crepúsculo. Yo soy Amaba, si me apuran digo soy Molly, yo soy ella encerrada en la casona, desesperada, la mazorca, soy irlandesa, digo, entonces, soy ella y también soy las otras, fui las otras, soy Hipólita, la renga, la cojita, tenía un bamboleo suave al caminar, Hipólita, le digo, y él sonríe, Hipólita, con «sus manecitas enguantadas» se escapó con el psicópata, con el gran psicópata castrado que leía el porvenir en las cartas astrales, tenía una cicatriz en las verijas de aquí a aquí, Fuyita se hizo un tajo entre las piernas, en el bajo vientre, con el canto de la mano, una cicatriz, roja, manejador impotente, pura lengua el gran seductor, llevaba un marlo de maíz untado con vaselina en el maletín de mago, soy Temple Drake y después, ah viles, me hicieron vivir con un juez de paz. Esas historias y otras historias ya las conté, no importa quién habla. Me acuerdo, en la época de Richter, cuando Perón cayó en el lazo alemán y puso todo para conseguir la bomba atómica argentina y la independencia económica, en esos meses de espera y desmentidas, Evita andaba a los cachetazos con los ministros, Evita Perón, sí, le cruzaba la cara de un cachetazo al Ministro del Interior no bien el Ministro decía algo levemente despectivo respecto de las clases populares, de los pobres grasas, zas, zas, ida y vuelta, con el envión que llevaba la mano, flaquita y brava, a veces tenía que pararse casi en puntas de pie, porque esos jefes políticos eran altos, algunos morochos, todos psicópatas, se roban hasta las lamparitas de los baños de la Casa de Gobierno, los dedos amarillos por la nicotina, el alfiler de corbata con una herradura o a veces el escudo peronista de brillantes, Eva veía la injusticia social aflorar en los mismos ministerios y se defendía a los cachetazos, llamaba a los ministros y se

paraba en puntas de pie y les cruzaba la cara, zas, zas, así empezó la resistencia peronista. Esas historias han circulado desde el principio, de boca en boca, cuando le vaciaron el cuerpo y la embalsamaron, quedó así, igual, una muñeca con el relojito en la muñeca, tan flaca que no le cerró la correa, y ella encerrada en una caja, arriba de un armario en la CGT, tapada con una manta, porque los marinos la querían tirar al río, fondearla. Una mujer a la que no dejaron morir en paz, en un museo ella también, vaya a saber lo que estaba soñando cuando murió. Me acuerdo de la sala del hospital, los pobres que me visitaban, se paraban al pie de la cama, en la mano la gorra de lustrina, vienen a darme el pésame, ninguno de mis antiguos conocidos me ha conocido, está el ruso, Rajzanov vino a último momento con su cuerpo de metal, rehecho, la política es el arte de la muerte, esa política, dice Rajzanov, altiva, helada, del que anda en la noche para vindicar a los humildes y a los tristes, es el arte de la muerte. Las mujeres tejían tricotas para los soldados en la Plaza de la República. Para ser anónima la política debe ser clandestina, hay una pequeña brisa que viene de las galerías, estoy en una sala de vidrio, exhibida como una muñeca, soy la abeja reina, clavada en el almohadón de terciopelo, el alfiler de corbata tiene una perla y atraviesa el cuerpo de la mariposa, hay que clavarlas, dice, cuando están con vida, para que no posen rígidas y mantengan su elegancia, si uno las clava cuando han muerto el color de las alas se desvanece. Esa soy yo, la gata que se pasea por los corredores, sola en esta sala vacía y después hacia la izquierda el patio interior y la ventana sobre el baldío. Un coreano, Tanka Fuyita, es el cuidador y guardián desde hace años, vino con la segunda generación de inmigrantes, contrabandistas de relojes arruinados por el mercado libre, llevaban los relojes en el brazo, diez o doce relojes japoneses y hablaban con su murmullo oriental, en Once, en Ciudadela, pero el liberalismo, las tasas libres liquidaron el negocio, el fin del contrabando, decía Fuyita, es el fin de la historia argentina. Esa era una novela río, empezaba en 1776, en las dos orillas del Plata, la chalupa con las mercancías inglesas y ahora se terminó, tantos muertos para nada, tanto dolor. ¿Y ahora quién está ahí? ¿Fuyita? ¿Russo? No, quién va a venir a esta hora, sos loca, por qué esperas, te morís de cáncer, sos otra loca más, una loca cualquiera al borde de la muerte y ahora siento como un golpe de corriente, el suave refucilo en las vértebras, el *electroshock* que hacía empalidecer de terror a mi hermana María. En el filo de la noche cae este tul de increíble cansancio, un agotamiento que no me deja pensar, hablaba así. La tuvieron en el Santa Isabel casi diez años y le borraban de la memoria parcialmente las voces que solía oír al alba, la cadencia del agua en la canilla del lavatorio, la Hermana María hablaba con Satanás, él y ella habían sido amantes, dejó todo y entró en un convento en Córdoba, las Carmelitas Descalzas, había cantado tangos en el Chantecler, la Hermana Ada Eva María Phalcon, le decían La Egipcia, había sido mantenida de los faraones y de los caballeros argentinos de la más rancia estirpe, que al final cuando entró en ese

convento viajaban toda la noche, esos hombres, para escucharla cantar en el coro de una iglesia. Decía: «Miramos las cenizas de los días que fueron, flotar en el pasado, como en el fondo del camino el polvo de nuestras peregrinaciones». Hablaba así. Tuvo una hija afásica y la educó con música, un triste de Esnaola, la guitarra se pulsa así, ves, sos zurda, hay que cambiar el encordado. Salía vestida de paisanita, la pollera floreada y las trenzas, con su vihuela boba a cantar el tango «Sin palabras». Esta música va a herirte, la nena piensa, no habla, una música verbal, el cuento del anillo de Venus, la hija está sentada en el jardín del fondo. Al principio fueron los tristes hotelitos de provincia, el ropero con espejo de luna y en lo alto, sobre la tabla lisa, entre las perchas, el frasco de agua colonia, una pieza que daba a la Avenida de Mayo, en el Hotel Majestic. Durante dos años anduvieron escapando de la policía, nunca supo bien la razón, un asunto con la morfina, habían alquilado una cupé, eran los artistas del canto, andaban de gira hasta que ella decidió quedarse en Córdoba y entrar en el convento. Fue una tarde a la iglesia y se acostó boca abajo en las losas heladas frente al altar y abrió los brazos en cruz. Soy, dijo, Ada Eva María Phalcon, Hermana Superiora, podría ingresar en esta congregación, he sido mala, he sido pecadora y mi voz se hacía más pura cuanto más bajo caía, cuantos más hombres amaba era más pura mi voz, Hermana Superiora, he traído, dijo, y abrió su alhajero, estas joyas para el uso del Señor, para la caridad cristiana, para los niños desamparados, y se cortó la melena con un par de tijeras de esquilar y dijo que de noche, a veces, en medio de la noche, de gira, en los hotelitos de la provincia, había oído la voz de Satanás, su canto, él me susurra una música vocal, no lo escucho, nunca lo he escuchado, sólo lo oigo, Madre Superiora, Sor Ana, Sor. Dejó su alhajero en el altar y se acostó boca abajo hasta que la admitieron (porque era una pecadora) y canta ahora en el coro con otras monjas y los varones que iban a escucharla cantar en el Chantecler vienen ahora, los domingos, viajan a Córdoba sólo para saber que perdida y anónima en ese coro de monjas dicen que está cantando Ada Phalcon. Este es un cuento, en el Archivo, éste es el cuento de la cantora, hay otros, cierro los ojos y veo, una calle, oh, lo real, la claridad a la que estoy expuesta, la luz del día, la densidad pura de la experiencia, el río que baja en esa casa del Tigre. Sé que Me abandonaron aquí, sorda y ciega y medio inmortal, si sólo pudiera morir o verlo una vez más o volverme verdaderamente loca, a veces me imagino que va a volver y a veces me imagino que voy a poder sacarlo de mí, dejar de ser esta memoria ajena, interminable, construyo el recuerdo pero nada más. Estoy llena de historias, no puedo parar, las patrullas controlan la ciudad y los locales de la Nueve de Julio están abandonados, hay que salir, cruzar, encontrar a Grete Müller que mira las fotos ampliadas de las figuras grabadas en el caparazón de las tortugas, las formas están ahí, las formas de la vida, las he visto y ahora salen de mí, extraigo los acontecimientos de la memoria viva, la luz de lo real titila, débil, soy la cantora, la

que canta, estoy en la arena, cerca de la bahía, en el filo del agua puedo aún recordar las viejas voces perdidas, estoy sola al sol, nadie se acerca, nadie viene, pero voy a seguir, enfrente está el desierto, el sol calcina las piedras, me arrastro a veces, pero voy a seguir, hasta el borde del agua, sí.



RICARDO PIGLIA (Adrogué, Buenos Aires, 1940). Descubrió el mundo literario y el mar a sus catorce años, cuando su familia se mudó a Mar del Plata. En 1967 publicó su primer libro de relatos, *La invasión*. Le siguió *Nombre falso* (1975), un libro de narraciones cortas en el que se delinea su interés por el género policial, que alcanzará su mayor expresión en la novela *Plata quemada* (1997). *Respiración artificial* (1980), una de sus novelas fundamentales, es considerada como una de las más representativas de la literatura argentina de la segunda mitad del siglo XX. Además de obras de ensayo y crítica literaria otras de sus novelas son *La ciudad ausente* (1992) y *Blanco nocturno* (2010).

Junto al músico Gerardo Gandini compuso la ópera *La ciudad ausente*, basada en su propia novela y estrenada en el Teatro Colón en 1995. Por otra parte, el director Marcelo Piñeyro llevó al cine *Plata Quemada* en 2000, obteniendo el Premio Goya 2000 al mejor largometraje extranjero de habla hispana.

Actualmente es profesor de literatura latinoamericana en Princeton University, donde ocupa la cátedra Walter S. Carpenter, y está unánimemente considerado como uno de los grandes escritores argentinos de nuestro tiempo.